

PROFR. DEMETRIO RODRÍGUEZ OROZCO

29 NOVIEMBRE 1933 - 09 DICIEMBRE 2024



Edición No. 15

15 mayo 2025



ASOCIACIÓN NACIONAL DE EXALUMNOS "EMILIANO ZAPATA" DE LA ESCUELA NORMAL RURAL "GRAL. MATÍAS RAMOS SANTOS" DE SAN MARCOS, LORETO, ZAC. A.C.

Principios

- Sentido de la responsabilidad.
- Apego irreestructo a la verdad.
- Insobornable amor a la libertad.
- Acendrado amor a la Patria.
- Respeto a la dignidad humana.
- Vocación de servicio.
- Vinculación a las luchas populares.



CONSEJO DIRECTIVO:

HALLIER ARNULFO MORALES DUEÑAS	PRESIDENTE
GERARDO VELÀZQUEZ MONREAL	SECRETARIO
GREGORIO LÒPEZ DURÀN	TESORERO
CLAUDIA RENOVATO LERMA	VOCAL

CONSEJO EDITORIAL:

Antonio Ortiz Garay
J. Refugio Medina Arenas
Gregorio López Durán
Luis Arturo Montoya C.
J. Guadalupe Domínguez Luna

DISEÑO EDITORIAL:

Xochitl Citlali Ortiz Castillo

**Compañeros, amigos y hermanos
sanmarqueños todos:**

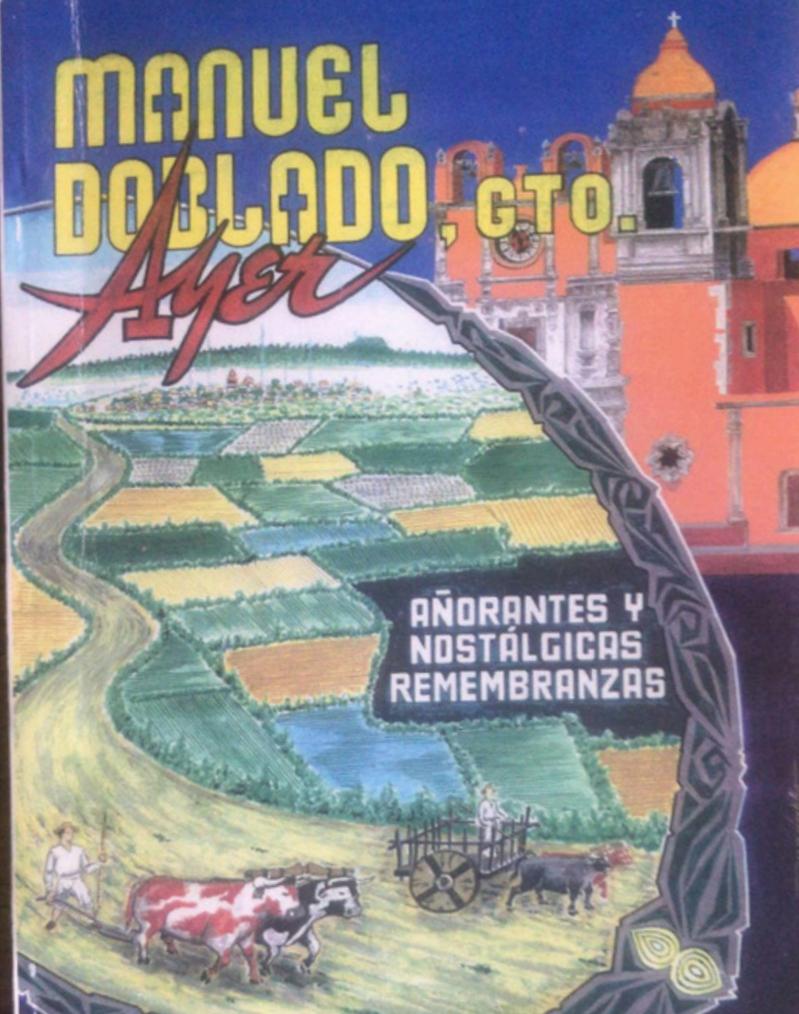
La Comisión Editorial de nuestra Asociación Nacional de Exalumnos Emiliano Zapata A.C. de Escuela Normal Rural "Gral. Matías Ramos Santos" de San Marcos, Loreto, Zac., presenta a ustedes la revista "Espíritu Sanmarqueño" No. 15 como un sincero y merecido homenaje a uno de sus hijos que fuera ejemplo de entrega, trabajo, dedicación y honestidad en su desempeño profesional, maestro de muchas generaciones en distintos lugares de la República Mexicana, que fuera en dos ocasiones presidente de nuestra Asociación y que el 9 de diciembre de 2024 dejara este plano terrenal, dejándonos vivencias y recuerdos imperecederos y un exquisito legado literario en sus libros "CIUDAD MANUEL DOBLADO, GTO., Ayer", "Chiquihuitillo con Aventuras de Varita", "Memorias de un estudiante de internado" y "Memorias de un maestro normalista rural", obras de las cuales presentamos extractos en esta revista porque retratan de manera fiel la vida campirana del siglo pasado y las vicisitudes de las personas de escasos recursos económicos para poder estudiar, situaciones en las que una gran cantidad de sanmarqueños nos hemos visto inmersos y que hemos tenido que enfrentar.

Hoy, 15 de mayo de 2025, día en que se festeja la labor del maestro en nuestra Patria hacemos un merecido homenaje al Maestro DEMETRIO RODRÍGUEZ OROZCO, G. 55 y con ello deseamos hacer un reconocimiento a todos aquellos sanmarqueños que han sido ejemplo de vida y de vergüenza profesional incondicional para ir a enseñar a las regiones más apartadas del territorio zacatecano y de nuestra amada Patria.

**SAN MARCOS VIVE
¡VIVA SAN MARCOS!**

PRESENTACIÓN





MANUEL DOBLADO, GTO. AYER

DE CHIVERO A PEON

EL NIÑO PASTOR

Pedrito, el niño menor de la familia, con sus escasos seis años ya era un pastorcito, cuidaba unas cuantas chivas de su padrino Macario Bustamante más tres cabras lecheras de su papá Pancho. Su mamá Juanita, antes de que el sol saliera, lo levantaba para que se vistiera el único calzoncito y camisa de manta corriente, que cada ocho día, los domingos, ella le lavaba; envolviendo al niño, en el materno delantal, mientras el sol secaba su ropita. Diariamente le daba un jarrito de calentita y espumosa leche de chiva, recién ordeñada, acompañada de quemantes tortillitas pescadas del rojo comal de barro. En una saca de ixtle con jareta, le ponía su bastimento del día: tres enchiladitas de tomate de milpa, chile guajillo y ajo, molidos en el molcajete. En la misma saca el pastorcito guardaba su honda y su resortera.

Temprano salía Pedrito arreando a su hatajo, con una larga vara ganchuda en la

mano y saca de ixtle al hombro, acompañado de su inseparable perro, el "Solovino". Se encaminaba lentamente con su ganado, pastando indistintamente, por las orillas del poblado o por los caminos reales que conducían a las haciendas de Frías, de Maravillas, de Atotonilquillo o del Sauz, cercanas al pueblo; vías que colindaban con éstas u otras haciendas. En los caminos reales, propiedad federal, había a los lados, tanto en el camino como al otro lado de las altas y gruesas cercas de piedra o de ramas secas de mezquite: pasto, hierbajales, mezquites y huizachales; cuyos retoños, follaje y vainas eran succulento alimento para las cabras. El pastorcito, con su gancho jalaba las ramas altas de los huizaches, tepames y mezquites y, con un aleccionador silbido llamaba a su rebaño. Ni tardas ni perezosas las retozonas chivas, corriendo, se arremolinaban en torno a él y en pocos minutos, paradas sobre sus patas traseras, consumían los racimos de vainas o las tiernas hojitas de las ramas. Rutina que realizó durante miles de días. Con el paso de los años el pastorcito y el rebaño fueron creciendo y, cuántos recuerdos gratos y desagradables, propios de esa convivencia, se fueron acumulando; sólo registraremos unos pocos como botones de muestra.

POBREZA Y REVOLUCIÓN

La situación de pobreza extrema en que se debatía el pueblo mexicano lo llevó a levantarse en armas el 20 de noviembre de 1910. Más del 90 por ciento de la población era analfabeta y el campesinado vivía un verdadero estado de opresión. Las grandes concesiones porfiristas de terreno a sus favoritos y a las inversiones extranjeras, constituían un gravísimo perjuicio para los campesinos que, habían sido víctimas durante siglos, desde la colonia hasta este momento de convulsión, la revolución; tanto de los despojos de sus tierras como de la explotación que sufrían en los latifundios.

Al estallar la Revolución Mexicana, un movimiento fundamentalmente agrario, que cegó más de un millón de vidas humanas y se prolongó por varios años; motivó que surgieran los nombres de varios caudillos: Madero, Carranza Obregón, Villa, Zapata; siendo éstos, Francisco Villa y Emiliano Zapata los que más luchaban por alcanzar los anhelos de las clases oprimidas, obtener mejores condiciones de vida, en especial las de los hombres del campo, que constituían el grueso de la población y que soñaban con tener un pedazo de tierra para asegurar su sustento.

Al triunfo de la revolución los anhelos de justicia social se cristalizaron en la Constitución de 1917, particularmente en el Artículo 27, para dotar al pueblo de tierra, libertad y escuelas cambiando de esta manera las sufridas condiciones de vida de los hombres del campo.



GRAL. ZAPATA, SÍMBOLO DEL AGRARISMO, "TIERRA Y LIBERTAD"

LA LUCHA POR LA TIERRA

Sabedores de esta conquista legítima, los campesinos de Ciudad Manuel Doblado, Gto., con base en la Ley Suprema, solicitaron al Gobierno, la restitución de tierras el 10 de septiembre de 1918. Solicitud que por múltiples motivos tardó más de 17 años para convertirse en realidad; pues el reparto de las tierras afectaría grandes intereses, lo que motivó una fuerte reacción, de parte de los hacendados que serían afectados; éstos apoyados por el clero político opusieron una abierta resistencia al propósito del Gobierno de aplicar la Ley consagrada en el Artículo 27 Constitucional y, en 1926 surge la guerra cristera; movimiento armado azuzado y organizado por el alto clero que costó muchas vidas al país.

Los cristeros al grito de “Viva Cristo Rey”, se enfrentaban a grupos agraristas y atacaban a los maestros de la escuela socialista. Esta guerra se prolongó hasta mediados de los años treinta y se extendió por los estados de Jal., Nay., Mich., Col., Gto., Qro., Ags. y el sur del estado de Zac.

Fue hasta día 14 de abril del año de 1936 cuando una Comisión Gubernamental, encargada del caso, vino a Cd. Manuel Doblado a dar posesión legal de las tierras que en dotación definitiva se otorgaron al ejido de esta población; por Decreto Presidencial de fecha 22 de enero de 1935, firmado por el Gral. Lázaro Cárdenas del Río, Presidente de la República.



AÑORANZAS INFANTILES

MIS ANCESTROS

Con verdadero deleite plasmo en estas notas algunos de los recuerdos de mi lejana infancia; desde que tuve uso de razón, en este mi querido terruño, en donde vi la primera luz y escuché el dulce canto de las aves en consonancia con el amoroso arrullo de mi madre.. mi añorado, apartado y lejano San Pedro Piedra Gorda.

Empezaré por mis ancestros, mis abuelos paternos: Francisco Rodríguez Bustamante y Juana Rubio; él campesino de fuerte carácter e incansablemente trabajador; hijo de Joaquín Rodríguez y Ma. del Carmen Bustamante. Ella bondadosa mujer de hogar al servicio de su esposo y de sus hijos, hija de Candelario Rubio y de cuya madre no tengo referencia. Mis abuelos maternos José Ma. Orozco y Eduarda Ramírez, él socarroncito y desobligado, ella sumisa y abnegada, creando los hijos que Dios le diera y viviendo al amparo de sus suegros, mis generosos bisabuelos, Genaro Orozco y Lina Ferrer, bisabuelitos, éstos, que sólo en fotografía conocí.

LA CASA DEL ABUELITO

Entre los gratos recuerdos de mi primera y segunda infancia, me veo en la grande y rústica casa que mi abuelito Pancho compró, en la calle Vicente Guerrero, a principios de la primera década del siglo

próximo pasado. Casa que, habiendo sido mesón, lucía un enorme marco de cantera con un portón de dos hojas de gruesos tablones de mezquite.

Portón que fue reducido a la tercera parte de su tamaño. Vivienda formada por un enorme zaguán, un cuarto a cada lado de aquél, paralelos a la calle y una oscura cocinita, todos con pisos de empedrado y tierra, con altas paredes de adobe y techos de teja. La superficie del terreno era un cuadro de cincuenta por cincuenta metros cuadrados, ocupando la finca un rectángulo irregular como de veinte por siete metros cuadrados, lo que permitía contar con un corral para encerrar el ganado y un amplio solar para la siembra.

Mi padre, ya casado y con tres pequeños hijos siempre vivió en la casa de sus padres con excepción de dos cortas temporadas, en las que se le subía lo Rodríguez al abuelito y nos corría, tan solo para vivir, más no para trabajar a su lado, a otra casa contigua al Templo del Perdón ubicada en la calle Juárez.

Siendo yo muy pequeño varias veces desperté en medio de los abuelitos, en su viejo catre de de tablas y petate; en la noche dormido me llevaban a su lecho para prodigarme sus caricias; me colmaban de besos y me hacían cosquillas. Pienso que en

su subconsciente sentían que su vida se prolongaba en mi existencia. Guardo en mis recuerdos su calor humano, su tierno mirar y sus delicados cuidados, ocupados en que durmiera calentito hasta que el sol me despertara; pues ellos, en la madrugada, silenciosamente se levantaban rezando y persignándose para iniciar la faena del nuevo día, a veces yo los escuchaba pero me hacía el dormido. Él se ocupaba en ordeñar las pocas vacas que había en casa y marchar al campo a atender las labores agrícolas. Ella, con la opaca luz de los humeantes aparatos de petróleo, a moler el nixtamal en el metate, en compañía de mi madre y de la tía Lolita, hermana mayor de mi padre, hacer las tortillas, preparar el almuerzo y llevarlo al campo a los hombres, para después continuar con las múltiples ocupaciones del hogar.



CASA DEL ABUELITO



PEDRO RODRÍGUEZ RUBIO

A CABALLO

Desde muy pequeño mi papá me llevaba al campo en su caballo, el Canciller; primero delante de él, en la silla para protegerme, después en ancas, aferrado fuertemente de su cinto o a los agujeros de la teja de la silla, y con cariño me recomendaba: “agárrate bien Prieto.” Yo más agarrado que una chancharra, disfrutaba del paseo, de los paisajes campestres y de las tonadas que él bellamente silbaba, mientras cabalgábamos...

¡Cuántas cosas interesantes adquirí de su experiencia y de sus amorosos consejos.!

SABIDURÍA EMPÍRICA

De él aprendí entre muchas otras cosas:

_ Que cuando las cigarras y las tarengas empiezan a cantar; aquéllas en el mes de mayo y éstas en plenas aguas, anunciaban y/o llamaban la lluvia. Misma tarea se le asignaba al fino o ronco croar de las ranas y los sapos.

_ De igual manera que cuando las hormigas rojas se amontonaban en torno al agujero de su hormiguero antes de salir el sol o, apresuradamente metían o sacaban comida de sus galerías subterráneas anunciaban algún cambio meteorológico.

_ Que la madera, para construir los instrumentos de labranza agrícola, debía cortarse en luna llena para que no se apolille pronto.

_ Cuando una nube grande y algodónada, a la que se le llamaba, "la Colimota", aparecía sobre la punta del Cerro Grande, anunciaba el seguro inicio del tiempo de aguas.

_ Que las nubes que nos traen las lluvias, generalmente, corren en la misma dirección del sol.

_ Aprendí a distinguir entre las nubes, las que desparramarán agua, aire, frío o las que amenazaban con una granizada que acabaría con la milpa en espiga o en jilote.

_ De igual modo que cuando una inmensa nube está a punto de soltar la lluvia y empieza el viento a soplar fuertemente, éste la desbarata y ya no hay aguacero.

_ Que por el tipo del estruendoso trueno

que se genera en las tormentas se sabe si el "verano" o espacio de tiempo entre una lluvia y otra se aproximará.

_ Aprendí a calcular la hora nocturna por la posición de las estrellas y el canto de algunos animales.

_ Supe que la luna siempre da la espalda al sol y, que sus cuatro fases van acompañadas de cambios meteorológicos: lluvias, tormentas, frío, calor, verano, etc.

_ También aprendí a distinguir cuando un animal traía la rabia o andaba en celo y las precauciones que debían de tomarse en cada caso. Además me enseñó a conocer algunas de las plantas silvestres comestibles, medicinales y venenosas.

_ Y cuando, en la madrugada, se levantaba a emprender la dura faena del campo o en la noche se disponía a dormir, aprendí de él, a encomendarme a Dios, a través de sus oraciones que nacían de su corazón y que, con su recta conducta, me servía de ejemplo.

LA SIEMBRA

Mi padre con su yunta de mansos bueyes, a principios del mes de diciembre, iniciaba la siembra del garbanzo, raya sobre raya, en su parcela ejidal de la Cayetana; con su arado de fierro de ala, cadena y yugo corto volteaba la negra y brillante tierra para depositar el grano, siguiendo la parte oreada que el agua iba dejando al descubierto. El arado de palo, el barzón y el yugo largo de siete cuartas, un jeme y tres dedos, que él hábilmente fabricaba, los utilizaba, para la siembra, escarda y asegunda del maíz.



SEMBRANDO EN HUMEDAD



Garrocha en mano, mientras avanzaba abriendo rayas, cantaba y silbaba con buena entonación la “indita mía si no me quieres, si no me quieres ten compasión, mira que el hombre que te idolatra se encuentra herido del corazón” o aquella de un “viejo amor ni se olvida ni se deja, de nuestra alma si se aleja pero nunca dice adiós.”

Más otras viejas y hermosas canciones que yo aprendía con gusto, sin descuidar en ningún momento mi grato oficio de sembrador... Luego con una rastra de ramas de mezquite, de huisache o de madera, jalada por la propia yunta, arrojaba la tierra para desbaratar los terrones y facilitar la germinación de la semilla.

No lejos de la parcela, la superficie del agua en lento descenso, semejaba un gran espejo donde se retrataban las nubes y las aves..

Me impresionaba ver la blancura de las garzas que como enormes sábanas en movimiento, se desplazaban por las parcelas, me embelesaba su lento y cadencioso vuelo a ras de suelo y la forma tan elegante en que se posaban en el agua.

EL MONTE DE LAS MAJADAS PEDERNAL, YESCA Y ESLABÓN

Para llevarle el almuerzo a mi padre, a la parcela de las Majadas, tenía que atravesar un extenso bosque, transitando por un angosto camino, sombreado por enormes y abundantes mezquites y otros árboles y arbustos que formaban un monte casi impenetrable; cuyas altas ramas se entrelazaban entre sí formando verdaderos túneles en donde, a cierta distancia, se abrían espacios soleados que me daban ánimo y me permitían ver el cielo; pues el miedo a los coyotes y a infinidad de animales que poblaban aquel bosque, me llevaban de prisa y vigilante. En uno de esos espacios, enredadas en el tronco de un mezquite, descubrí serpientes inmóviles que llamaron mi atención, sobre todo porque escamudos lagartijos pasaban lentamente sobre ellas y no las despertaban.

Absorto estaba en esta contemplación cuando al voltear mi cara en otra dirección vi que, desde las alturas de un árbol, los redondos ojos de un desconfiado tecolote me miraban agresivamente. Pronto me quité mi sombrero e hice el ademán de tirárselo y... tremendo susto me llevé: el ave se abalanzó sobre mí con un raro chillido y con sus afiladas garras estuvo a punto de herirme en mi rapada cabeza, si no me hubiera agachado instintivamente y gritado, al mismo tiempo que me cubría con el sombrero. Corriendo fui a contarle a mi padre lo sucedido. La respuesta fue: ten mucho cuidado mijo, no hay que torear a los animales porque cuando andan en celo son muy peligrosos.

En este proceso de cortar, trasladar y afinar el garbanzo trabajaban el dueño de la cosecha y varios peones; entre éstos don Dorito (Doroteo Zamarripa). Persona mayor, morena, alta, enjuta, seria y célebre por su sencillo y oportuno humorismo. Quien al salir a la cabecera de la parcela, en compañía de los demás peones, se enderezaba para descansar de ir agachado cortando las matas de garbanzo y exclamaba: ¡ay diosito mío, mándame otra rabadilla que no me duela tanto, o aunque sea quítame de pobre!; o le gritaba a uno de sus compañeros: “no se deje, don”... a lo que el otro contestaba “no me dé, jodón”

Pero lo que más me maravillaba era ver a don Dorito sacar de su árgana su hoja de maíz y tabaco para hacer su largo cigarro. Lentamente extraía de su saca una pequeña y rajueleada “piedra de lumbre”, eslabón de acero y yesca y, sujetando ésta sobre la piedra y el pulgar de su mano izquierda, con un certero rozón del eslabón, de arriba hacia abajo, en el borde de la piedra, como por arte de magia, saltaban chispas que encendían la yesca; la que con un ligero sopladito se avivaba, haciéndose el milagro del fuego, con el que don Dorito encendía su cigarro. Con la misma yesca, puesta sobre unos pasajos (pajosos), secos de asno y unas rajillas (rajas), o boñigas de res, encendía la lumbre para calentar nuestros alimentos.

LA TRILLA

Mi padre pocas veces sembraba trigo pues su cultivo exige una mayor inversión y más trabajo; en tanto que el garbanzo solo se siembra y se cosecha. El trigo necesita de dos a tres riegos y una vez maduro; en aquellos tiempos, era necesario ocupar varios peones para que, con hoces trigueras, lo cortaran pronto y no se desgranara por la resequedad; lo amanojaron y lo sacaron en carretas, a la era en donde se acomodaba en un montón llamado hacina, en donde otros compañeros ejidatarios también colocaban sus propias hacinas, a esperar que llegara la trilladora estacionaria para que lo afinara; dejando el grano limpio de paja y polvo.



PEDRO RODRÍGUEZ RUBIO

CONVIVENCIA LABORAL

Aunque mi padre era de un carácter fuerte, era amigable y a veces bromista; le gustaba andar alegre con su gente sin necesidad de tomar una sola gota de alcohol; en raras ocasiones se fumaba un cigarro cuando alguien se lo ofrecía. A los peones los estimulaba brindándoles calabazas, cañas, y cacahuates en sus visitas a casa y, cada medio año sacrificaba un marrano gordo y grande, engordado en la propia casa, motivo por el que todos juntos, peones y familia nos reuníamos a convivir en casa para saborear las ricas carnitas. Los vecinos también eran tomados en cuenta pues se les mandaba a domicilio: carnitas, chicharrones, rellena y hasta porciones de manteca. La longaniza, el pozole, mole y tamales generalmente, los consumíamos en familia. Era imposible que tal hecho, la fiesta del marrano, pasara desapercibida pues los chillidos del animal en la madrugada, al estarlo sacrificando, despertaban a medio mundo, más el chismoso olor de los chicharrones, delataban el acontecimiento.

“CAMINITO A LA ESCUELA”

LAS PRISAS

En una fresca mañana, de los primeros años de la década de los cuarenta del Siglo XX, mi joven madre Consuelo Orozco, después de haber madrugado para llevar el nixtamal al molino, haber torteado, hincada sobre su metate, con su olla de machigües a un lado y cocido en un comal de barro, las suficientes tortillas para toda la familia; preparado el almuerzo para, a las nueve de la mañana, llevárselo a mi padre a la labor; apresuradamente, con un trapito húmedo, nos limpió la cara, porque andábamos muy chamagosos y nos peinó a Toño, mi hermano menor, y a mí para llevarnos, por primera vez, a inscribirnos a la escuela primaria. Pocos minutos faltaban para que el reloj de la iglesia sonara las ocho de la mañana. Casi corriendo salimos de nuestra casa tomados, cada uno, de las manos de ella. Los hermanos sentíamos frío pues nuestra pobre vestimenta se componía de un pantalón de mezclilla azul, de tirantes y pechera, una camisa y unos calzones cortos de manta que mi madre nos hacía en su maquinita de coser manual; más el indispensable sombrero de palma de ala ancha y nuestros huaraches de piel, tejidos.

La calle lucía vacía, solo la adornaba una hilera de viejos fresnos que, en la acera sur y a lo largo de una superficial acequia, vigilaban las cristalinas aguas que manaban de los pocitos. Acequia que diariamente se engalanaba con la algarabía de risueñas mujeres que, hincadas en el suelo, lavaban sus

quimiles de ropa a la orilla del agua, sobre unas piedras planas, bajo el amparo de la fresca sombra de los árboles. Corriente y fresnos, llegaban hasta la esquina de las ruinas del Templo de San Juan para atravesar la calle y a cielo abierto, correr unos cuantos metros para luego internarse al oriente y esconderse entre los carrizales de los solares. Tuve la impresión de que los fresnos, al igual que nosotros, titiritaban de frío pues el invierno los había despojado de sus hojas.

No muy entusiasmados recorrimos las cuatro cuadras del camino más corto, para ir a la escuela. Atravesamos el jardín principal y caminamos sobre la banqueta norte del sobrio y viejo mercado de tipo colonial; edificio que junto con la iglesia eran las construcciones más imponentes del pueblo; para llegar al espacioso inmueble de la Escuela Primaria Estatal “Manuel Doblado”, exclusiva para niños, hoy Casa de la Cultura.

LA ESCUELA DE NIÑOS

Parado en la puerta de la Dirección de la Escuela, estaba el Maestro Juan Carmona, Director de la Institución, quien amablemente recibió a mi mamá y con tiernas palabras nos alentó: "pásenle muchachitos." Ella nos bendijo con devoción y nos soltó de sus manos, alejándose lentamente de nosotros. Quedamos mudos ante la nueva experiencia y al instante, temeroso, corrí llorando para alcanzarla. Toño, tranquilo, se quedó observando. Trabajo les costó, al Maestro y a ella, para animarme, más que para convencerme, de que me quedara.



" ESCUELA "MANUEL DOBLADO"

LAS PRIMERAS LETRAS

Al ingresar a esta escuela ya conocíamos las primeras letras pues mi madre con una perseverancia a toda prueba y un cordial empeño nos instruía, a ratos, en el Silabario de San Miguel. Folletito que me fascinaba por contemplar en su portada, al arcángel San Miguel con su flamígera y mortal espada partiéndole la "M" al horrible diablo, causante de todos los males de este cambiante mundo. En ese antiguo Silabario nos iniciamos en el conocimiento de las vocales, apresadas en un cuadrado corralito llamado "cuarterón" que, aunque guardaba las cinco vocales, las repetía en su seno veinticinco veces; obedeciendo la regla de que una de las bases del aprendizaje es la repetición. Había que visualizarlas, pronunciarlas, distinguirlas, dibujarlas, hasta aprenderlas de memoria para unir las con una consonante y formar sencillas sílabas, hasta llegar a la construcción de elementales palabras del afecto y conocimiento del niño: mamá, mío, papá, sal, sol, etc. Con este antecedente, no se nos dificultó mucho aprender a leer y a escribir pronto, seguramente, porque no éramos tan burros y además porque teníamos una muy buena maestra.

A LA ESCUELA DE NIÑAS

Al concluir el cuarto grado, con la boleta de calificaciones, podíamos pasar a inscribirnos a los grados complementarios, quinto y sexto, a la Escuela Primaria Estatal de niñas, "Benito Juárez". Edificio que adaptado como escuela, estaba contiguo a la Presidencia Municipal en la calle Hidalgo, frente al colonial mercado.

Mi visionario papá, nos inscribió en esta Escuela para que completáramos la educación primaria.

Tuvimos el gusto de que otros seis compañeros más, de nuestro grupo, también se inscribieran: J. Ascensión Araiza, Eladio Elías, José González, Rafael León, Miguel Razo, Antonio Rodríguez, Demetrio Rodríguez y Manuel Rodríguez, fuimos los jovencitos afortunados para culminar la preciada aspiración de nuestros padres. Aunque al principio nos sentíamos muy cohibidos por estar entre compañeras no tardamos mucho tiempo en adaptarnos a la nueva realidad y al cabo de algunas semanas éramos ya, un grupo fraterno. ¡Qué breves se nos hicieron los dos años que convivimos!. Nuestra nueva escuela era más reducida que la anterior. En la corta nave, paralela a la calle, estaban instalados dos grupos: el sexto en el extremo oriente, el quinto en el extremo poniente; en medio, frente la puerta que daba a la calle, un pequeño pasillo conducía al interior, donde estaban tres aulas más, un patiecito y los baños. Los recreos matutinos y vespertinos los disfrutábamos afuera, en la empedrada calle, teniendo como espléndido marco el frente de la iglesia y el frente del mercado.

EL GRITO DE INDEPENDENCIA

Al caer la tarde, del quince de septiembre,

alegremente se iniciaba la fiesta con la banda de música tocando en el kiosco del jardín principal perfumado por fragantes flores, lluvia de confeti y serpentinas multicolores, kermés, estallidos de cohetones, cohetes de luz, juegos pirotécnicos: trompos, toritos y castillo.. hacían un ambiente inolvidable. ¡Corta se hacía la noche para que llegara la hora del "Grito"!. Para muchos niños, este acto era vedado por sus padres, pues al terminar el festival literario musical que se desarrollaba frente al Altar de la Patria, con la presencia de las autoridades y selectos ciudadanos, se daba el "Grito de Independencia", seguido de la antaño costumbre de disparar balazos al viento. Acontecimiento que representaba un peligro por alguna bala perdida que pudiera herir a cualquier paseante.

Después del "Grito" seguía el tradicional acto de abrir la puerta de la cárcel, por parte del Presidente Municipal, para dejar en libertad a los borrachitos, que con toda intención habían sido apresados la tarde de ese día. Dejarlos en libertad constituía un acto simbólico y una remembranza de lo que hiciera el Cura Don Miguel Hidalgo y Costilla, en el Pueblo de Dolores, aquella madrugada del 16 de septiembre de 1810. Enseguida Autoridades y pueblo recorrían algunas calles con un generalizado y contagioso júbilo, en donde la banda de música que precedía el recorrido, despertaba a la madrugada del nuevo día y a los moradores que ya dormían. Nuevo día que desde el amanecer hasta la media noche invitaba a divertirse con los diversos actos festivos, preparados con tal motivo: honores a la bandera, desfile, carros alegóricos, tablas gimnásticas, programas literario musicales, juegos organizados, charreadas, coleaderos, carrera de caballos, palo encebado, etc..

LA FIEBRE AFTOSA EN CIUDAD MANUEL DOBLADO

PUEBLO APACIBLE

En el año de 1935, el Gobierno Federal dio posesión provisional de 4,000 hectáreas de tierra, distribuidas en 414 parcelas, a los ejidatarios del municipio de Ciudad Manuel Doblado que, aunque ostentaba el nombre de ciudad, no dejaba de ser un rancho grandote pues carecía de los servicios urbanos más elementales. Este acontecimiento, el reparto de la tierra, vino a cambiar el estado anímico y socioeconómico de los pobladores. Al librarse, la peonada, del trabajo de las haciendas, los ejidatarios ya fueron más independientes y se sintieron más seguros de sí mismos, al verse dueños del producto de su trabajo.

La inmensa mayoría de los habitantes se ocupaban en las labores agrícolas, principalmente en la siembra de maíz, garbanzo, trigo, frijol, calabaza, cacahuate, camote, etc.

Dentro del propio pueblo, en muchas casas, había grandes corrales donde encerraban reses, caballos, burros y cabras al cuidado de sus dueños; animales de los que obtenían leche, carne, pieles y sobre todo aprovechaban su fuerza de trabajo para las labores del campo.

En las mañanas y en las tardes era un hermoso espectáculo ver salir y entrar, por las calles del lugar, las domesticadas manadas de ganado, alegrando el tranquilo ambiente con sus bramidos, balidos, relinchos, rebuznos; todo esto, acompañado con el ladrido de los perros

y las voces y silbidos de los vaqueros y pastores; así como el diario amanecer de humildes labradores que, a pie, en burro o a caballo se desplazaban a su parcela. Por las terregosas calles del pueblo transitaban campesinos con sus yuntas de bueyes uncidas, llevando sobre el yugo, el arado o jalando carretas cargadas de leña, estiércol, pastura o productos agrícolas.

Todos los días madrugadoras mujeres, apresuradamente, por las quietas calles del lugar caminaban llevando sus cubetas de nixtamal al molino; mientras otras, con su cántaro al hombro, se dirigían a los pocitos o, a la noria de doña Albina para traer “el agua de beber”. Manantiales que están cerca uno del otro. Otras tantas aguadoras o aguadores acudían a los hidrantes que estaban instalados en distintos lugares del pueblo, cuya agua venía, cuesta abajo, entubada, desde el “Ojo de agua del Carmen”.

En cada casa, generalmente, había un pozo para proveerse del agua necesaria para los usos más elementales. Los baños de regadera eran escasísimos y los corrales de los animales, en muchísimas casas, servían como excusados.

Eran muy frecuentes los pregones mañaneros, que desde lejos se escuchaban, de sencillos comerciantes que por las calles anunciaban: “la raíz”, camote tatemado con su rica miel o... “telerrés”, menudo crudo, mercancías

que cargaban en bateas de madera, sobre sus cabezas o el pan calentito, acomodado en una canasta de carrizo cubierta con un blanco y limpio mantel; así como otras mercancías que las vecinas, al escuchar el grito, salían de su casa a comprar. Entre los pregoneros no podía faltar el afilador de tijeras y cuchillos que anunciaba su presencia con el alegre y melodioso silbido de una flautilla.

También era muy común ver a los sencillos arrieros, con sus burros, ofreciendo sus cargas de leña o con costalitos de tierra roja para la fabricación de las ollas de barro que se hacían en las alfarerías del pueblo; acarreando salitre de las playas del Cerro de los Salados, así como llevando y trayendo otros productos de pueblos circunvecinos; a la vez que, siendo portadores de las más sobresalientes noticias del diario acontecer, aunque fuera con algunos días o semanas de retraso.

Una de tantas noches, la luna llena, en todo su esplendor, favorecía nuestros juegos y rondas infantiles. Conformábamos, el pequeño grupo, niños y niñas, todos vecinos de la calle Vicente Guerrero, en donde nuestras casas se hermanaban y la calle ancha y polvorienta, cubierta de fina arena que bajaba del cerrito de la cruz, en tiempo de aguas, servía de mullida alfombra para caminar, rodar, correr, saltar y todo cuanto nuestros juegos requirieran; sin preocuparnos de peligro alguno de atropello, pues en el pueblo no existían más de cuatro vehículos de motor y sólo en contadas veces pasaba algún vecino o labriego que, la noche lo había alcanzado en su regreso a casa. Mi amigo Francisco y yo éramos los mayores del grupo, apartados y sentados sobre unas grandes piedras que servían de banca, puestas a un lado de la puerta de mi casa paterna, contemplábamos

absortos, la asombrosa belleza del infinito firmamento, cruzado a ratos, por mantos de tenues nubes que, con cambiantes y caprichosas imágenes, lentamente, volaban de sureste a noroeste, haciendo palidecer, por momentos, la cascada lunar... Inquietos comentábamos sobre el run run de que iban a llegar soldados a matar el ganado. Valientes y decididos afirmábamos: nos llevaremos todas nuestras vacas, bueyes y becerritos a esconderlos por las barrancas del páiste, la de los caballos o en la de la cachorra que, hay en el cerro grande y, allí cuándo los van a encontrar, los soldados...

COMO PLAGA MALDITA

A los pocos días empezaron a invadir el pueblo caravanas de jeeps y camiones repletos de militares acompañados de asesores gringos que, vestían de blanco. Convocaron a reunión, en la casa ejidal, a las autoridades civiles y ejidales, así como a ejidatarios y campesinos de la comarca, para informarles que venían a combatir la FIEBRE AFTOSA y que todo mundo estaba obligado a obedecer sus órdenes.

Los dobladenses, mirábamos con azoro y curiosidad a los vehículos y a sus ocupantes. Se instalaron en nuestra tierra. Tendieron un cordón sanitario en torno al poblado, bloquearon las calles y sólo dejaron tres entradas en las que montaron retenes militares; a ras del suelo, pusieron atarjeas con aserrín, agua y sosa cáustica, en donde eran obligados a pisar, quienes tenían la necesidad de entrar o salir del poblado, además de rociarlos, de la cabeza a los pies, con una bomba aspersora, que para que no se regara el microbio que producía la enfermedad.

La ciudad se convirtió en centro de

operaciones militares. Como ola agitada por el mar, rápidamente, invadieron las rancherías del municipio para inspeccionar si el ganado vacuno estaba infectado por la fiebre aftosa.

Como por decreto presidencial o como por castigo de Dios la fiebre aftosa estaba implantada en la región y había que acabar con ella... Falso de toda falsedad, pregonaba la protesta callada de los lugareños, ya que meses o semanas antes del arribo de los soldados, estuvieron volando sospechosas avionetas, a baja altura, sobre los agostaderos y aguajes de la región... ¿Con qué objeto?.. Al poco tiempo se hablaba de que había algunas reses enfermas de fiebre aftosa. ¿Sembraron la enfermedad?.. ¿Cómo llegó esto que se prestó a sospecha?...

Nunca fue aclarado... La orden del gobierno era acabar con la fiebre aftosa. ¿Cómo...? matando a todo el ganado... Se acabó el maravilloso espectáculo que, diariamente mañana y tarde, se vivía en las calles del lugar, con la salida y entrada del ganado. Exigieron a sus dueños, ejidatarios y pequeños propietarios, que poseían desde una o varias decenas de reses, las concentraran en determinados sitios, previamente seleccionados por los militares, a la vez que, obligaron a los dueños de los animales, centenas de campesinos, a excavar enormes fosas como de 40 metros de largo, por 6 de ancho y 3 de profundidad, con paredes verticales y una rampa de entrada en uno de sus extremos; trabajo que les llevaba de una o dos semanas de agotadoras jornadas. La primera y única vez que alguien se negó a trabajar, el jefe militar le allegó una golphiza con un varejón de cazaguante, como escarmiento para que los demás peones supieran lo que les esperaba. Las herramientas de trabajo: talaches, palas, escrepas, carretillas, reatas y botes las proporcionaba el ejército. El trabajo no era gratis pagaban



Unión México - American
POR LA ERRADICACION DE LA FIEBRE AFTOSA -

a cada trabajador, doce pesos y una medida de maíz a la semana, trabajando de sol a sol bajo la mirada y exigencia permanente de soldados. De triste memoria, por su crueldad y arrogancia, sobresale un Mayor del ejército, de apellido Horta. Presenció la hechura de las tres fosas más próximas al pueblo: la del Alambrado, la del Sauz y la de la Cayetana.

PREPARANDO LA EJECUCIÓN

Una vez concluida cada una de ellas ordenaban, que a temprana hora, se concentrara todo el ganado de la zona correspondiente, al pie de la fosa. En la de la Cayetana, con el pecho oprimido de angustia, tristeza y asombrado lloré, al igual que muchos campesinos que no pudieron contener sus lágrimas, al contemplar la forma tan cruel, sangrienta e inhumana en que mataban a nuestros amados animales. En nosotros se experimentaba una profunda y verdadera "zoolatría (pasión sentimental orgullosa, bien arraigada en todo ganadero)." Ordenadamente se iniciaba la sangrienta tarea: a un lado de la fosa colocaban el ganado con dos cordones humanos, el del centro formado por soldados, el del exterior, con "voluntarios" campesinos, reforzados por soldados y lugareños que, a caballo, estaban listos para atajar, lazar y regresar a los bueyes ariscos que intentarían huir.

Exigían a los campesinos para que, por la rampa de la fosa, a gritos y a garrotazos fueran metiendo a los bueyes, en pequeñas partidas, hasta

que no cupiera uno más... allá abajo, sólo se miraban las cabezas con sus enormes cuernos y sus ojos desorbitados de espanto y de dolor.

RIFLE SANITARIO EN ACCIÓN

A ambos lados de la fosa, soldados armados de potentes rifles, el terrible RIFLE SANITARIO, iban descargando certero balazo en la frente de cada buey, que caía instantáneamente muerto, hasta acabar con el último; enseguida bajaban a la fosa varios soldados, con largos y afilados cuchillos, para rasgar las voluminosas panzas de los cadáveres que, por las horas transcurridas, se habían inflado como globos e impedían un mayor espacio.

Ahora tocaba el turno a las vacas y toretes que lazados uno a uno eran arrimados a la orilla de la fosa, sobre el enorme bordo de tierra, para con una pistola, apuntada a la nuca del animal, darle el tiro mortal y de un ligero empujón lanzarlos hasta el fondo... Los becerritos eran los últimos en ser sacrificados, con ellos se ahorraban parque, porque simplemente los degollaban y al hoyo... al final tiraban a la fosa todas las reatas de mazote que habían utilizado. Antes de cubrir con tierra, ramas de mezquite y nopal la gigantesca sepultura, regaban cal sobre todos los cadáveres. La ingrata tarea se prolongaba desde el amanecer hasta el anochecer... en el mismo rostro de los soldados se percibía cansancio y angustia, en el de los lugareños: dolor, quejas y lamentos, desesperación e incertidumbre... ya que el ganado era parte de su vida. Cada ejidatario tenía

sus vacas y su yunta de bueyes para trabajar su tierra, de su ganado dependía su sustento. Con este proceder del Gobierno, el campesino veía amenazada su existencia misma. Durante varios días guardias de soldados vigilaban el lugar para que nadie se fuera atrever a desenterrar a sus muertos. Así acabaron con miles de reses en estas tierras del bajío guanajuatense. Concluido este martirio, los dueños de los animales aniquilados recibían con desgano el pago, en efectivo, a cambio del daño causado.

POLÍTICA DE ESTADO

Para complementar lo que vi, escuché y viví es importante agregar que a fines de 1946 aparece en México la fiebre aftosa, enfermedad que desde hacía tiempo ya los campesinos y ganaderos conocían y sabían que era benigna y no altamente contagiosa; pero el presidente de la República, Miguel Alemán Valdés, presionado por Estados Unidos elabora, un plan de emergencia, con una determinación radical: si un animal tiene fiebre aftosa en un poblado, morirá todo el ganado bajo las balas de los rifles, lo que los campesinos bautizaron como el “rifle sanitario”. Se formó una Comisión Mixta por ambos Gobiernos, comprometiéndose el Ministerio de Agricultura de Estados Unidos, a proporcionar los especialistas, el material e incluso el dinero necesarios. Nuestro Gobierno, seguramente, por intereses de carácter político y de otra índole declara zona aftosa a 17 estados del centro y del sur; la región más poblada del país, y en donde más se trabajaba con yuntas de bueyes. Cerca de 500,000 cabezas de ganado fueron sacrificadas con un costo de más de \$350 millones de pesos de aquellos, lo que motivó que el campo entrara en una efervescencia a veces peligrosamente cercana a la insurrección, en gran parte de la zona de referencia, a tal



grado que en junio de 1947, “un veterinario, un oficial y seis soldados resultaron muertos en Senguio, Michoacán”. Acontecimientos trágicos, el de la fiebre aftosa y el de Senguio, que ni el Gobierno ni los periódicos locales y nacionales daban a conocer a la nación. “Ante la resolución de los campesinos, se suspende la destrucción del ganado, primero sólo en Michoacán, luego en toda la República.” En noviembre del mismo año, “la comisión mexicano-estadounidense de la fiebre aftosa, propone abandonar el rifle sanitario y reemplazarlo por la vacuna”

“Entre 1948 y 1950, sesenta millones de inyecciones fueron administradas a quince millones de animales.” Para entonces algunas regiones del centro del país ya habían quedado sumidas en la miseria; las tierras estaban sin sembrar, vacías, se había perdido además, la confianza que empezaba a nacer en el campo de México.

Estas matanzas de ganado se ejecutaron en varios Estados, principalmente en muchos lugares de Michoacán, Guanajuato y parte de Jalisco.

EL TRACTOR

DESPUÉS DE LA FIEBRE AFTOSA

El tío Felipe, hermano mayor de mi padre, con el dinero que recibió del pago de las reses, propiedad de ambos, que mataron con motivo de la fiebre aftosa; sin conocer absolutamente nada de maquinaria agrícola y sin asesoría alguna compró un tractor nuevo, a crédito, aportando la mitad de su valor; marca Case con ruedas de fierro de grandes aspas y con la rodada delantera al centro con sus respectivos arado de ala, rastra de discos y segadora. Tractor no apropiado para la siembra y su cultivo. Contrató un tractorista en la Cd. de León, para que nos instruyera durante un mes, en el manejo de la moderna tecnología, desconocida por nosotros. El día último de octubre, los alegres adquirientes del tractor y gentes curiosas que se acercaron a ver la

demostración, nos quedamos con la boca abierta, al admirar como la segadora cortaba tres surcos de milpa y hierbajal con la facilidad con la que el peluquero, con su máquina manual, corta el pelo. Mi papá fue el aventajado aprendiz de tractorista y yo aprovechando ratos libres, fines de semana y las vacaciones escolares de invierno (diciembre y enero), no me bajaba del tractor en todo el día y puedo presumir que resulté un buen tractorista.

Con el afán de salvar la deuda contraída con la agencia de ventas de maquinaria agrícola, sembramos alrededor de veinte hectáreas de trigo y barbechamos varias tierras de temporal. En la siembra del trigo, en la tierra húmeda y floja, las

aspas de las ruedas de la pesada máquina escarban y se atascaban en el lodo y, a punta de talache, barra y pala nos pasábamos horas en limpiarlas para continuar sembrando. En el mes de enero se cumplió el plazo para aportar el primer pago de la deuda contraída y no hubo forma de cumplir; el día treinta de abril había que cubrir el segundo y último pago de dicha deuda y tampoco fue posible; pues las cabañuelas y las plagas de ratas y hormigas ahogaron el sueño de levantar una cuantiosa cosecha de trigo. El día tres de mayo un camión grande se llevó el tractor, dejándonos tristes sin recursos económicos y sin bueyes para seguir cultivando la tierra, único sustento de la familia. Amargas experiencias, como esta que escribo, y otras peores, las sufrimos los campesinos por la maldita fiebre aftosa y las decisiones perversas del mal Gobierno.



TRACTOR DESOBEDIENTE

Una tarde, antes de que el sol se ocultara, en cuanto salí de la escuela primaria, corrí a la huerta del tío Felipe, distante cuatro cuadras de mi escuela. El tractorista, mi padre, todavía no comía. Le pedí que se fuera a comer en tanto el tío cogió el tractor para continuar el trabajo; yo me subí a su lado. La dirección que llevaba el tractor en el terreno que barbechaba, apuntaba hacia un redondo estanque con agua, como de seis metros de diámetro por dos de profundidad, rodeado por tupidas matas de carrizo. Al irse acercando la máquina a ese lugar mi tío giró el volante completamente hacia el lado derecho para evadir el peligro, pero las ruedas centrales seguían empujando hacia delante y solo pisando el freno correspondiente daban el giro deseado. Mi

tío ignoraba que era necesario pisar el freno y cuando vio que el tractor avanzaba hacia el estanque, asustado empezó a gritar: oh, oh, chooh, ¡párate cabrón!!,..oh..oh... al tiempo que yo también asustado le gritaba: ¡jale el cloch, tío, jale el cloch...! su respuesta fue: cual chingao clocho... momento en que desesperadamente alcancé la palanca manual del cloch y el tractor se detuvo bruscamente. Mi tío despavorido se bajó del mueble y sonándose fuertemente la nariz a espacio abierto, sacó su pañuelo rojo de su pantalón de pechera para limpiarse el sudor y polvo que cubría su rostro. Las costumbres se hacen leyes. Los bueyes mansamente obedecían el oh.. el chooh y los insultos que se les profirieran. El tractor era cosa aparte. Pasado el susto continué barbechando hasta que mi padre regresó, ya casi para oscurecer.

NOCHE DE DESVELO

Hijos levántense y vámonos para el pueblo, mañana temprano saldremos para Tacámbaro, Mich. La noticia nos sorprendió a mi hermano y a mí. Ignorábamos que estuviera haciendo trámites para llevarnos a estudiar a un internado de segunda enseñanza. Su compadre don Zacarías Escamilla, lo motivó, informándole detalladamente como su hijo Silvestre (Tito) había ingresado a aquella institución. A las diez de la noche estábamos con nuestro bondadoso Maestro Juan Carmona, frente a un pizarrón en la escuela primaria “Manuel Doblado”, para que nos instruyera sobre la suma, resta, multiplicación y división de los quebrados, que era donde teníamos algunas dudas; pues al tercer día tendríamos que enfrentarnos a un examen de selección. Después de regresar de la escuela, mi hermano Toño y yo nos fuimos hasta la parcela a traer su inseparable sombrero que, con la sorpresa y las carreras, había dejado olvido en el torito. Era media noche, la luna se asomaba sombría y misteriosa entre las ramas de los árboles que había en nuestro camino y el frío empezaba a calarnos, aprovechando nuestra desnudez. Mi madre, con la inesperada noticia, triste y llorosa por nuestra próxima partida, a la luz de una tenue llama de un aparato de petróleo, revisaba y zorcía nuestra escasa ropa para meterla en una saca de ixtle y nos la lleváramos como equipaje.

VIAJEROS

Poco dormimos, a las cuatro de la madrugada mi padre nos levantó. Mi madre afligida, con la señal de la santa cruz nos bendijo y después de basar su mano e intercambiar sollozos y lágrimas nos despedimos de ella. Emprendidos el viaje: nuestro benefactor, el Maestro misionero J. Jesús Hernández Ortiz, mi padre, mi hermano y yo. El viejo camión pasajero con dos largas y laterales bancas de madera que servían de asientos y un espacio al centro, partió rumbo a San Francisco del Rincón a las cinco de la mañana. Avanzó entamente, haciendo paradas en cada rancho, subiendo o bajando bultos de semilla, calabazas, chilacayotas o animales domésticos como: gallinas, guajolotes y puerquitos que, con su alboroto y sus correspondientes olores hacían el viaje más cansado y enfadoso, provocando náuseas en algún pasajero.

El armatoste se desplazaba a una velocidad de entre cinco y diez kilómetros por hora, entre lomas y planicies, por una brecha flanqueada de mezquites y huizaches, levantando una polvareda que nos bañaba a todos los pasajeros. Transbordamos en San Francisco a otro camión rumbo a León, también desplazándose por brecha pero a mayor velocidad que el anterior y sin la presencia de animalitos irracionales y molestas cargas.



AMANECIMOS EN TACÁMBARO

En León abordamos un camión flecha amarilla que nos llevaría hasta Morelia y de allí otro, hasta Tacámbaro, Mich., a donde llegamos a las cinco de la mañana. ¡Veinticuatro horas de viaje!... sin dormir, mal comer y con la nostalgia de sentirnos cada vez más lejos de nuestro terruño y de nuestras querencias.

A las ocho de la mañana nos esperaba el examen de selección para hacernos acreedores a una beca en el internado de esa Ciudad. El inesperado aviso de nuestro viaje nos cogió desprevenidos, de tal manera que mi hermano y yo cargamos en nuestro cuerpo muestras de polvo de nuestra tierra más el acumulado en el camino.

BAÑO RUSO

Somnolientos, hambrientos y mugrientos descendimos del autobús; por sugerencia de nuestro Maestro fuimos en busca de un baño público que nos suprimiera una de nuestras visibles lacras. Para colmo de nuestro estado anímico el señor que nos atendió en dicho baño no era ni muy amable ni muy explícito; puso en nuestras manos: toalla, estropajo y jabón, y nos preguntó: quieren baño ruso o de regadera. Nosotros jamás habíamos escuchado esas palabras de ruso o de regadera. Titubeantes nos miramos uno al otro sin saber qué contestar. El empleado nos volvió a hacer la misma pregunta, desean baño ruso o de regadera. Sin pensarlo dos veces le respondí: ruso. Nos pasó a un cuarto cuya puerta era de lámina, indicándonos que allí nos desvistiéramos y entráramos a otro cuartito interior con puerta de lámina que



cerraba herméticamente. Ya encerrados en aquel cubículo nos aterrorizamos al escuchar un raro zumbido al tiempo que salía, cerca de nosotros, una enorme cantidad de vapor que al instante nos invadía... lo que nos hizo correr al rincón más alejado de donde procedía el vapor, con los ojos desorbitados y el corazón acelerado. Poco a poco pasó nuestro susto y caímos en cuenta de lo que era el baño ruso, además de conocer las regaderas y comprender para qué servían.

EXAMEN DE SELECCIÓN

Desvelados, cansados, friolentos, temerosos y en ayunas nos presentamos al examen de admisión en el amplio portal del Internado de Enseñanza Secundaria para hijos de Trabajadores, Núm. 2, "Nicolás Régules". Los resultados del examen los darían hasta el día siguiente por lo que mi padre y el Maestro retornaron al terruño, pues ambos tenían compromiso de trabajo. Antes de su partida

nos arreglaron para que la piadosa mujer dueña de un tabaretito donde comimos menudo, nos permitiera por una noche, alojarnos en su casa, con la creencia de que a la siguiente, ya podríamos hacerlo en el Internado. Nos dejaron solos, confiados en que aprobaríamos; con la recomendación de que nos quedáramos los dos inscritos o ninguno. Las condiciones en que nos presentamos al examen no garantizaban el éxito deseado; al aparecer las listas de aspirantes seleccionados, lo comprobamos; yo aparecí en los nada honrosos últimos lugares y Toño, por ningún lado. De nada sirvieron mis súplicas para que el maestro que estaba inscribiendo, aceptara a mi hermano. Ante su negación los dos hermanos nos retiramos tristes, lagrimeando, resignados; con pesar e incertidumbre porque no nos quedamos y con gusto porque pronto respiraríamos los aires de nuestra añorada tierra.

REGRESO AL TERRUÑO

Solo que ahora se nos presentaba otro problema, nada más teníamos el suficiente dinero para el pasaje de uno y gracias a la bondad de aquella compasiva señora, que nos dio hospedaje, dos noches, en su humilde casita y que nos prestó quince pesos, pudimos regresar a nuestro destino; después de casi dos días sin probar alimento y haber pasado una helada noche acostados sobre las piedras negras, del piso, del mesón San Rafael, en San Francisco del Rincón, Gto., sin más abrigo que la ropa que vestíamos; soportando un fuerte olor a estiércol y a pastura; escuchando los rebuznos de los burros y el pataleo de las mulas y, en donde el inclemente frío de la madrugada provocó

que los orines calientitos de mi hermano, acurrucado a mi lado y después sumamente frescos, me despertaran en la madrugada al sentir mi espalda mojada. Felices retornamos a nuestro hogar en donde fuimos recibidos como héroes, con inmenso cariño y sin ningún reproche, después de haber vivido esta aleccionadora aventura, que gracias a nuestra reciedumbre campesina soportamos con naturalidad.

CHIQUIHUITILLO CON AVENTURAS DE VARITA



LA VIDA EN EL CAMPO

Cuando Varita tuvo uso de razón su vida transcurría feliz en el campo acompañando a su padre en la parcela de aventura o de humedad, al norte del cerrito de la Cayetana o en la tierra de temporal de Santa Luarda que era bañada por las cristalinas aguas del arroyo que bajaba del rancho de La Ladera. Parcela donde su papá cultivaba algunos surcos de caña de castilla en los que habitaban unas enormes e inofensivas víboras negras conocidas con el nombre de “limpiadoras” o boas, a las que se tenía prohibido matar porque se alimentaban de las ratas que perjudicaban al cañaveral; lugares a donde Varita se encaminaba muy

temprano a pie o en burro soportando el intenso frío del invierno y por la tarde, ya oscuro, ansioso regresaba a su hogar.

Posteriormente lo sigue acompañando en la parcela cercana al arroyo del Sauz no lejos del pueblo donde vivían; en esa tierra su progenitor trabajó por muchos años de manera apasionada e incansable: cultivando su parcela, ampliándola, abonándola permanentemente, construyendo junto a ésta, una presita con sus propias manos, a largo plazo y dos grandes corrales con enormes piedras, uno para encerrar las reses, el otro para guardar el rastrojo.

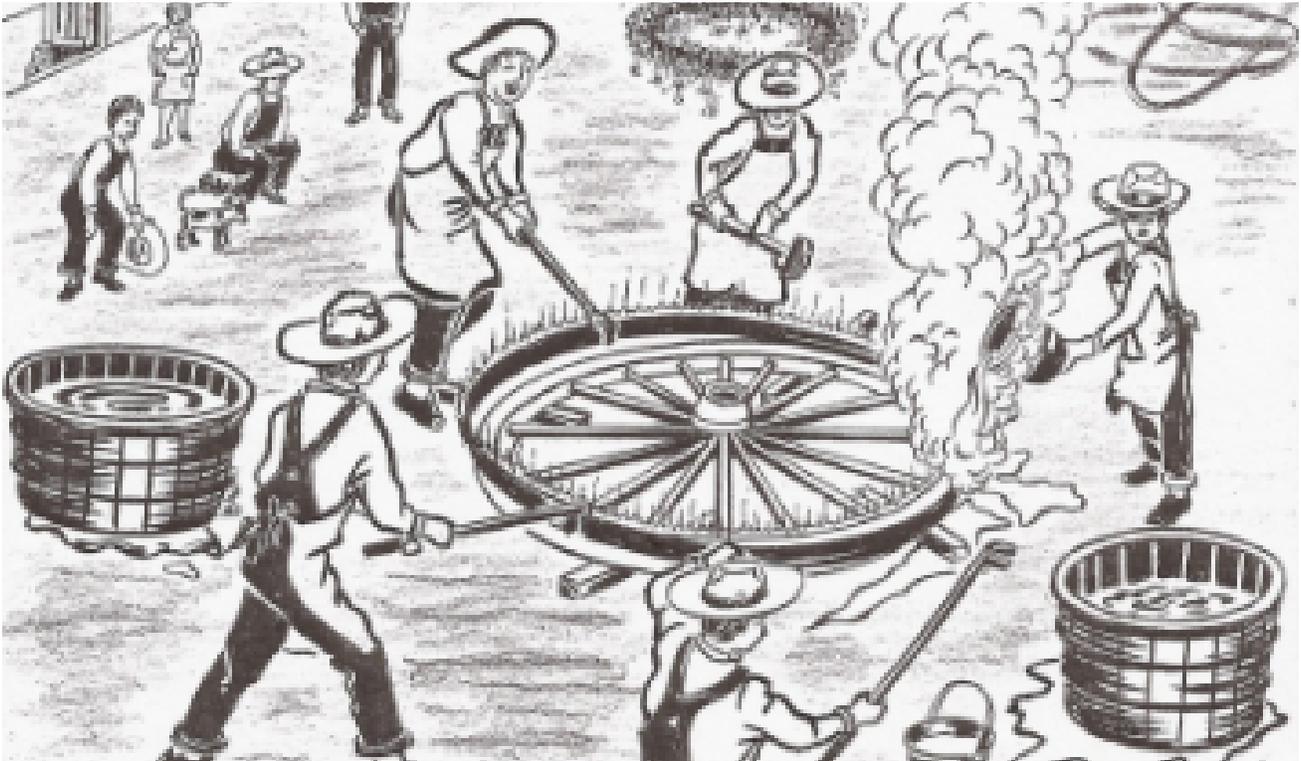
La vida en el campo transcurría tranquila, pues los campesinos, que recientemente habían recibido sus tierras, se hermanaban por los mismos intereses y las mismas ocupaciones, sintiendo la diferencia entre ser

peones de hacienda y ahora dueños del producto de su propio trabajo.

Varita y el ejido de Ciudad Manuel Doblado nacieron paralelos pues, la tierra se entregó provisionalmente a los campesinos en el año de 1934 y la dotación definitiva se hizo al siguiente año.

Cuando se repartieron las parcelas, expropiadas a las haciendas, todo el territorio y lugares limítrofes del ejido estaban densamente poblados de mezquites, huizaches, sauces, tepames, juncos, gatuños, jarillas, tule, diversas y abundantísimas hierbas y extensos pastizales que cubrían las tierras de cultivo; y árboles como robles, encinos, pinos, sabinos, tepames, paloduces, pochotes, palo blanco, manzanilla, cazahuates, magueyes, nopales, xoconoxtles, etc., en los terrenos destinados a agostadero. A esta riquísima flora correspondía una innumerable fauna silvestre: venados, coyotes, zorras, gato montés, tejones, mapaches, tlacuaches, zorrillos, etc., infinidad de aves de armoniosos cantos y bellos colores alegraban la vida campestre; multitud de reptiles, batracios, peces e insectos poblaban los campos.

SU PUEBLO



El pueblo donde vivía Varita dormía temprano, estando en tinieblas, sólo lo iluminaba la lejana luz de las estrellas y, las resplandecientes noches de plenilunio, lo desvelaban. Cuando el alba empezaba a despejar la oscuridad de la noche, una sinfonía de ruidos y voces lo despertaba: ladridos de perros que se comunicaban de un barrio a otro, el aleteo y sonoro canto de los gallos, los mugidos, rebuznos, relinchar de caballos y... el monótono tac, tac, tac, de los motores de los molinos para moler nixtamal, de los señores Manuel Godínez, Aurelio Estrada y de don Exiquio Ramírez, lo ponían en acción.

Pueblo mañanero, como laboriosas abejas, todos los habitantes se levantaban a trabajar. La mayoría se dedicaba a la agricultura y a la pequeña ganadería. Otras gentes a la

fabricación de ollas de barro, comales, cántaros, macetas y otros trabajos artesanales. El comercio era escaso debido al autoconsumo de los productos de las actividades rurales, (maíz, frijol, garbanzo, huevo, carne, productos lácteos, etc.).

Al poniente del pueblo, cerca del Ojo de Agua del Carmen y paralelo al arroyo de los machigües, había varios talleres de curtiduría de pieles, talabarterías y guaracherías. Talleres que vaciaban sus desperdicios a la orilla de esa corriente lo que ocasionaba un pestilente olor a lo largo de su recorrido por el lado norte del poblado. Riachuelo que era lavado por las abundantes aguas, que por él fluían, en tiempo de lluvias.

Eran famosas las carpinterías de don Nicolás Torres en donde con una rueda de madera,

parecida a la de una carreta, por medio de una banda de cuero, se hacía girar un torno con el cual se daba forma a las patas de las sillas, mesas y camas así como para fabricar trompos, baleros, yoyos u otros juguetes y, la de don Pablo Hernández en donde, además de la confección de muebles domésticos; en plena y terregosa calle del perdón, se encendía en el piso, una circular fogata para calentar los aros metálicos y la madera de roble con que se ensamblaban las enormes ruedas de largos rayos y fuertes masas, a base de agua y potentes marrazos descargados por los recios brazos de los carpinteros, para las

carretas de madera jaladas por yuntas de bueyes que circulaban en el pueblo y en las haciendas cercanas. En ambas carpinterías, en la banqueta de la calle tenían un bote con agua, sobre una pequeña fogata en donde preparaban en "baño maría", un hediondo pegamento, "cola", (elaborada con cuero, cartílago o hueso de animal), para pegar las diversas uniones de los muebles que fabricaban. También en esas carpinterías se hacían con urgencia los ataúdes o cajones de muerto después de que el carpintero iba a tomar las respectivas medidas del difunto.



EL PRIMOGÉNITO

Varita fue el mayor de doce hermanos. Antes de cumplir diez años de edad ya había convivido con seis de sus hermanitos: Antonio, María, Magdalena, Felipe, Francisco y Emilio; de los cuáles, la tercera, el cuarto y el sexto, "volaron al cielo" a temprana edad.

Siempre que iba a nacer un nuevo hermanito, apresuradamente, iba el padre de Varita a traer a la partera, señora doña Luz Aguilera; persona muy experimentada en estos menesteres; pues en aquellos tiempos sólo había un doctor en el pueblo y los recursos económicos de sus habitantes eran muy limitados por lo que generalmente, todo niño que llegaba a este mundo lleno de lágrimas, caía con todo y lágrimas, en manos de la partera. A Varita, como a todos los niños, le estaba vedado saber nada de este tipo de acontecimientos. Todo acontecía de manera muy discreta, en un cuarto tan oscuro como una noche sin luna, en donde sobre una descolorida repisa de madera descansaba unaveladora cuya leve llama apenas dejaba ver un cuadrito de la virgen de Guadalupe,

consuelo y esperanza de la familia, para que todas las actividades que realizara, resultaran bien, "con el favor de Dios", la intercesión de esa santísima virgen y del santo patrono del lugar, "Nuestro Padre Jesús". De dicho cuarto, Varita miraba que su padre entraba y salía apresurado y nervioso, abriendo y cerrando la puerta varias veces, sin hablar una sola palabra. Después de pasado largo rato se escuchaba el tierno chillido de un recién nacido y la angustia mezclada con felicidad se reflejaba en la cara del padre, quien se dirigía al solar de la casa a "enterrar el ombligo", (la placenta).

Era costumbre que algunas vecinas, amigas o familiares de la parturienta le llevaran, como regalo, un canasto copeteado de bien doradas tortillas de maíz con azúcar fundida (cristalizada) y una "olla atolera" de sabrosísimo champurrado. Alimentos que quien primero los probaba era Varita que, curioso se acercaba a su madre, más que para conocer al nuevo hermanito, por el deseo de saborear aquellos manjares. Ella, cariñosa le ofrecía ambas golosinas y él, posteriormente, por su cuenta, a hurtadillas las seguía consumiendo.

Varita a cambio de saborear tan gustados alimentos, estaba obligado como hermano mayor, a ayudar a cuidar a sus hermanos. En una ocasión, mientras su madre torteaba las tortillas para preparar el almuerzo le encargó a su hermanita María, de escasos tres meses, para que la meciera en la frágil cuna que colgaba de una de las vigas de madera del techo, en el amplio y empedrado pasadizo de la casa. En cada vaivén que Varita imprimía a la cuna, levantaba sus piernitas, por debajo de la misma, para columpiarse placenteramente. Después de varias columpiadas, el lazo que pendía del techo, no resistió el peso de ambos infantes y al suelo

fueron a dar con el consecuente susto y llanto de Varita y el despertar de la niña, envuelta en un "molote" de ropa. La madre sorprendida y asustada se levantó apresurada del metate donde remolía la masa, para recoger a su niñita y reprender al inquieto y ocurrente niño, que lloraba más que la propia niña. Transcurrieron cuatro años y otro incidente fraterno sufrió Varita: Panchito, que era el niño chiquito, de pocos meses de edad, fue puesto en brazos de su hermano mayor, para que por un rato lo cargara. Al no abrazarlo adecuadamente se le resbaló hasta llegar al piso, sin sufrir ningún daño; lo que motivó que el padre de Varita lo regañara fuertemente. Razón por la cual el regañado, con profundo sentimiento, sin que nadie se diera cuenta, salió de su casa rumbo a la parcela de la Cayetana, atravesando una tupida huizachera bajo un candente sol; parcela en donde encontró al ejidatario José Villanueva, un amable y sonriente señor, amigo suyo y de su padre, quien tenía su parcela limitando con la de su progenitor. Con lágrimas en los ojos, Varita, le contó lo sucedido. José cariñosamente lo consoló, le asó garbanzos tiernos, le dio de comer unas sabrosas gorditas, calentadas en las brasas y lo invitó a correr las parvadas de pájaros que se asentaban sobre los garbanzales en elote. Al atardecer, lo llevó a su casa, donde sus padres estaban muy preocupados por no saber "qué paradero" hubiera tenido su hijo. José le dijo al padre del niño: no me andes regañando a mi amiguito porque podemos perder la amistad. Sonrisas, miradas de agradecimiento y satisfacción fueron las respuestas de ambos amigos al despedirse.



LOS PRIMOS

Era el más pequeño de todos sus primos hermanos, hijos de los hermanos de su padre. Cinco de esos primos: Manuel, Trino, Pedro, Valentín y Alberto eran los que más convivían con el niño, al que por delgadito y flexible, lo bautizaron con el apodo de "Varita". Se reían de sus gracias al tiempo que le jugaban bromas y sencillas travesuras. Un día Alberto y Valentín se lo llevaron al campo, por el rumbo de la parcela del Monte de las Majadas, al sureste del Cerrito de la Cayetana y para divertirse, tuvieron la ocurrencia de montarlo a un borrico que, al sentir el peso del infante, con un ligero respingo lo tiró al suelo. Los primos asustados lo levantaron y sorprendidos descubrieron que se le había torcido (luxado) un bracito, lo que le provocaba intensos dolores y permanente llanto. En silla de brazos se lo llevaron hasta el pueblo, distante aproximadamente un kilómetro y con remordimiento y avergonzados le avisaron al tío, papá de Varita. Él preocupado fue en busca de un "sobador", amigo suyo, Victoriano (Vindiola); hombre rechoncho, bonachón y bromista. Vindiola preparó un amasijo de harina, huevo, miel y aceite de comer y acomodándole el bracito al niño se lo

cubrió con una "bilma", doblándoselo hacia el hombro y sujetado al pecho con un pañuelo. No menos de dos meses Varita trajo su brazo en aquella incómoda posición. Cuando "Vindiola" le quitó la "bilma", el bracito le quedó tieso; sólo podía mover los dedos de su mano. Este singular personaje, todos los días por la tarde, venía a ver al niño, le contaba adivinanzas, le cantaba algunas tonadillas y lo hacía reír; le pedía que con la punta de los dedos de la mano del brazo que se luxó, se tocara el hombro y por cada toque le pagaría un centavo, ejercicio imposible de alcanzar. Le daba varias varitas y él, Vindiola, se quedaba con otras tantas para invitar al niño a jugar a ver quien las tiraba más alto al viento, simulando que eran cohetes, lanzándolos con su respectiva onomatopeya: pssstum, pssstum, (terapia de rehabilitación que resultó muy efectiva). Ambos entablaban reñidas competencias y con toda intención, Vindiola le hacía la pala al niño para que le ganara en el lanzamiento de los cohetes. Este incidente, cuya culpa fue de los primos, ocasionó que Varita perdiera su primer año en la escuela primaria pero que ganara un amiguito más, Vindiola.

EL PIOJITO

No vamos a hablar de los muchos piojitos que retozaban en la despeinada cabellera de Varita y que, por falta de aseo cotidiano se multiplicaban hasta salirse del redil; sino de un solo piojo que causó una tremenda vergüenza en la familia. Sucede que un día sus tíos Felipe y Pachita fueron a visitar a unos parientes a la Ciudad de Guanajuato, llevando de paseo a Varita, que era su sobrino consentido. Viajaron en el tren hasta aquella capital a donde llegaron a temprana hora; recomendándole encarecidamente a su sobrinito, que se portara muy bien en casa ajena, que no hiciera travesuras y no fuera a decir malas palabras; pues ya sabía muchas que oía de su tío y de otras personas.

El recibimiento de los parientes fue muy afectuoso. En torno a una mesita, en donde se acomodaron los únicos cuatro adultos que había en casa y el niño, sirvieron olorosas tazas de espumoso chocolate y pusieron sobre una limpia charola calientitas piezas de pan que, al instante, despertaron el glotón apetito de Varita. Antes de iniciar el desayuno acomodaron sus manos en posición de oración, dándole gracias a Dios por el don del alimento; costumbre que en el medio rural no se tenía. En amena charla, frotándose las manos y la vista fija en las olorosas tazas, el señor de la casa elocuentemente pronunció el siguiente proverbio popular: "El chocolate es tan santo, que de rodillas se muele, juntas las manos se bate y viendo al cielo se bebe." ¡Salud, señores!

Discretamente la tía le aconsejó al sobrino que se quitara su sombrero de paja y lo pusiera a un lado de su silla. En el momento preciso de saborear el rico chocolate, Varita sintió comezón a media cabeza y al rascarse, se trajo atrapado en una de sus largas uñas, a un negro piojo del tamaño de un grano de trigo. Asombrado, lo mostró a su tía y en alta voz le dijo: -¡mire tía, un piojo!- Los parientes sorprendidos agrandaban sus ojos tratando de ver al impertinente parásito. Por unos segundos se guardó silencio, mientras los tíos rojos de vergüenza, seguramente, deseaban que se los tragara la tierra. Tal vez el animalito al sentir frío despertó y empezó su lucha por subsistir. En cuanto salieron de la casa, le regalaron al niño una larga reprimenda, con la amenaza de que jamás lo volverían a llevar de paseo. Varita fue obediente, no dijo malas palabras ni hizo travesuras, mas nunca le advirtieron que hablar de piojos fuera malo.

PITITOS DE HOJAS

Estaba Varita en primer año de educación primaria en la “Escuela Nacional Manuel Doblado”, a donde siempre llegaba corriendo con su bolsa de manta, que su mamá le había hecho, terciada al hombro, en la cual guardaba su cuaderno, lápiz, borrador y navajita; tiraba su sombrero al piso en un rincón del amplio salón, donde todos sus compañeros celosamente amontonaban los suyos. La alegre algarabía de los escolapios se confundía con los gritos de la maestra, pidiéndoles que guardaran silencio para empezar la clase o de lo contrario entraría en acción la flexible varita de membrillo, el jaloncito de greñas o las orejitas de burro para poner en orden a los caballeritos, pues el grupo era exclusivamente de hombres. Entre pase de lista, explicaciones, lectura en coro, garabateo de letras, aplacar a los peleoneros o llevárselos al director para que los castigara, cantos y cuentos, llegaba la hora del ansiado recreo; continuaba la jornada matutina de clase y a las doce del día los niños se retiraban a su casa para regresar a las tres de la tarde. La mayoría de ellos se encaminaba por el lado norte del colonial mercado que estaba cerca de la escuela, lugar donde había algunos puestos de frutas, en especial el puesto de Guille, un bondadoso señor ya entrado en años que, con su amable sonrisa no negaba a ningún escolar la prueba de pencas de mezcal, piña, jícama u otras frutas. En la esquina noreste del propio mercado estaba el Centro de Salud, atendido por el único médico del pueblo, el doctor Felipe Ortiz y la diligente enfermera Socorrito, que siempre estaban prestos para atender cualquier contingencia de los escolares. Éstos

en su caminar, se iban dispersando en pequeños grupos por los andadores del jardín contiguo al mercado. Jardín que lucía pasto, flores, arbustos y varias bancas metálicas a ambos lados de los cuatro andadores principales del mismo. Tiburcio Loza, Goyo Villanueva y Varita eran compañeros inseparables. Uno de los entretenimientos favoritos de los niños, al salir de la escuela a medio día, era cortar hojitas de los truenos que había en el jardín para hacer pititos, encarrujando la hojita y competir unos contra otros, para ver quien hacía el pitito que pitara más grave o más agudo y practicar algunas melodías. En este empeño, Tiburcio subió a una de las bancas que estaba cerca de un trueno y al saltar para alcanzar una hojita, con la boca abierta cayó sobre Varita, clavando sus filosos dientes en la parte superior de su cabeza, causándole una herida que hizo correr la sangre sobre el pelo y el hombro del descuidado niño que estaba parado cerca de la banca. Acontecimiento que puso nerviosos a los tres, al ver la sangre y el llanto de su adolorido amiguito, todos empezaron a llorar, tal parecía que estaban compitiendo en saber quien lloraba más fuerte y quien estaba más asustado. Pasaron los meses, los años y las décadas y la cicatriz de la herida quedó indeleble, como una alcancía, en la dura cabeza de Varita.

LA QUEMAZÓN

Dice un dicho popular que “el pecado acusa” y, ¡vaya que sí es cierto!. Un día Varita tuvo la buena o mala ocurrencia de robarse dos huevos de las gallinas que había en su casa y corrió a venderlos a la tienda de doña Paulina, vecina conocida de sus padres y de su familia. Al recibir los huevos, ella le pregunta: ¿qué vas a llevar muchacho?. Para despistar un poco, el niño le contesta: _una caja de cerillos que mi mamá me encargó, _¿qué más?_ le pregunta ella, _pues... una chorreada. _Te quedan dos centavos, ¿que más quieres?, _pues deme dos bolitas de leche quemada. Varita, contento se fue por uno de los callejones que suben al cerrito de la Cruz y que conducía a la parcela de su papá, comiéndose apresuradamente su pan y sus dulces y limpiándose, cuidadosamente, la boca para que no lo fueran a descubrir que había comido golosinas; pues su padre lo esperaba en la labor para que le ayudara en el trabajo. Al atravesar el cerrito y avanzar cuesta abajo por la loma, le asaltó la inteligente idea de desaparecer los cerillos para que no lo fueran a delatar y, en lugar de tirar la cajetilla al suelo, simuló ir quemando cohetes, encendiendo cerillo por cerillo y lanzándolos al aire, a medida que caminaba por la angosta vereda. Al llegar a su destino contento exclamó: _ ya vine papá, _ está bien hijo. Su padre al ver humo sobre la loma por donde pasó el niño, le pregunta: ¿oye hijo no viste quien le prendió al zacatito, allá por la vereda?. _No, no vi a nadie. _!Gente chingada que nomás se dedica a destruir!.. Aquella afirmación le cayó a Varita como un baño de agua fría, se tragó su culpa calladitamente. _ ¡Vente vamos a apagar la lumbre!. Con dos verdes manojos de varas de jarilla padre e hijo corrieron a apagar las leves llamas que lentamente devoraban el pastito. Aquella travesura quedó en la conciencia del niño como una culpa que al paso del tiempo fue cicatrizando. Don Pedro, su padre, siempre con el ejemplo lo enseñó a cuidar la naturaleza, a tener responsabilidad y adquirir los valores que dignifican al hombre

EL VAQUERITO

Varita creció en contacto con los sucesos, fenómenos naturales y quehaceres propios del medio rural, realizando todos los trabajos que se le encomendaban. Desde muy pequeño, por temporadas, desempeñó el trabajo de vaquero. Después de ayudar a su padre a ordeñar, en el corral de la casa o en el corral de la parcela algunas vacas; llevarlas a pastar al campo, a las praderas que había entre las parcelas ejidales o a la orilla de la presa del Sauz de extenso contorno, donde siempre había zacate fresco, así como a las riberas del arroyo del mismo nombre que la presa. Temprano, cuando el sol sonriente asomaba por el horizonte y los pajarillos alegraban el amanecer con sus diversos cantos, Varita acompañado de su perro, con su saca colgada al hombro, donde llevaba su bastimento del día, arreaba a su ganado. A cada uno de los animales que cuidaba le tenía un nombre que, a fuerza de pronunciarlo, el animal lo hacía suyo, por reflejo condicionado. Entre las vacas había una sumamente mansa, prieta, chaparrita, llamada la "Pulga", a la que Varita todos los días, a medio día, sin pialar, la eligió para acompañar con leche las enchiladitas que su madre le ponía en su morral. La Pulga era tan noble que permitía que el niño le mamara para que bajara la leche. Una vez que la leche bajaba a la ubre, apretando ésta con la fuerza de la mano, saltaba el chorro de leche directamente en la boca del niño para comerse sabrosamente sus taquitos. Después de hacer esto por algún tiempo, Varita descubrió que la leche era ligeramente amarilla, más espesa y salada; cosa que le

platicó a su papá, quien le dijo: "nomijo ya no tomes leche de la Pulga, la vaquita ya está cargada, ya mero tiene becerrito."

El ganado que cuidaba era corriente. Al inicio de las aguas, crecía el "pelillo", zacate tierno que al tragarlo las reses, les provocaba abundante soltura, enfermedad conocida con el nombre de "ranilla". Dos veces al año para purgar y desparasitar al ganado, se les extendía tierra salitre sobre la superficie de algunas piedras anchas y planas; mas no quedaban libres de parásitos. En determinadas épocas del año algunas reses se llenaban de garrapatas. Éstas siendo pequeñas, al chupar la sangre del animal engordaban voluminosamente hasta alcanzar más de un centímetro de diámetro. Varita por diversión y por venganza contra esos parásitos, rascaba las entrepiernas de las reses más garrapatadas, que mansamente se detenían y, arrancaba una por una, muchas garrapatas y las guardaba en las bolsas laterales de su pantalón de mezclilla; parásitos que le picaban, le provocaban comezón y enrojecimiento en sus piernas. Enseguida buscaba un huizache de frondosas ramas y abundantes espinas e iba ensartando cada parásito en cada púa hasta dejar al elegido arbusto adornado con los bichos ensartados.

EL PERRO DEL MAL

A temprana edad, a Varita se le empezaron a encomendar una serie de responsabilidades. Cierta día, su padre le encargó que antes de que saliera el sol, llevara al mediero don Esteban al lugar donde está la parcela ejidal del monte de las Majadas, en la que sembraría el garbanzo. De regreso al pueblo, Varita se vino solo por el lado norte de la espesa y casi impenetrable mezquitera que formaba dicho monte, cuando repentinamente, sin ladrarle, lo ataca un robusto y lento perro pinto que le produce una ligera herida en el muslo externo de la pierna izquierda, rompiéndole su pantalón de mezclilla, de tirantes, que había estrenado en las fiestas del tres de mayo. Con la sorpresa y el miedo al animal, Varita quedó tirado bocabajo en el suelo y el perro a un lado del niño. Cuando éste quería soltar el llanto, reprimido por el susto; el animal a muy poca distancia le mostraba sus grandes dientes con un gesto amenazador. Lentamente el perro se fue retirando. El niño, ya en su casa, informó a su papá lo sucedido. Se sabía en el poblado de la presencia de perros rabiosos que aporreaban a otros, contagiándolos de la enfermedad; por lo que papá de Varita, que había presenciado en su juventud, el sufrimiento indescriptible de la muerte de un vecino a causa de la mordida de un perro del mal, se aterrorizó y sin pérdida de tiempo con la tía Pachita mandó al infante al Centro de Salud de San Francisco del Rincón, donde radicaron más de dos semanas en la casa de un familiar de ella; pues era indispensable aplicarle, lo más pronto posible, catorce dosis de la vacuna

antirrábica, que en 1885 descubrió el insigne sabio francés Luis Pasteur, (1822-1895). Vacuna que solamente en ese Centro de Salud se encontraba, misma que debía aplicarse en ayunas, subcutáneamente a ambos lados del ombligo; piquetito que dolía mucho más que los piquetes de las colmenas de su pueblo, que había quedado allá muy lejos... detrás de los cerros.

En la casa del señor Villanueva, paisano y conocido de la familia, de oficio carpintero, donde se hospedaron, Varita se sentía prisionero, era muy chiquita y de un reducido patio. En ella no había pájaros ni flores, ni perros ni becerritos... ni siquiera un niño con quien jugar y, aunque madrugaba para ir al Centro donde lo inyectaban, los primeros días extrañaba a su tierra y a su familia; pero pronto el grato olor del aserrín de pino y los finos rollitos de madera que tiraba al suelo el cepillo, cuando el carpintero cepillaba las tablas, más pequeños trozos de madera que abundaban en la carpintería, le inspiraron a Varita, solitarios juegos, fabricando corralitos, casitas y castillos que le hacían pasar el rato divertido. El señor Villanueva y su esposa pronto le tomaron cariño y lo consentían. Este amable carpintero le construyó un carrito de madera con sus dos rueditas y sus dos varas para uncir el caballo, mas no le construyó el caballito por lo que Varita, tenía que estirar el juguete con un cordón. El observador niño descubrió un gatito manso y dormilón que gustaba de estar tendido en el suelo, acariciado por los rayos del sol.

Gatito al que Varita le echó el ojo para uncirlo al carro y sirviera como caballo de tiro. Al instante, cariñoso lo tomó en sus manos y acariciándolo, lo acomodó en medio de las varitas del juguete, liándolo como un cohete con tiras de tela que no se supo ni de donde tomó. El animalito más dormido que despierto no presentó resistencia y cuando el niño le ordenó: ¡jarre!... ¡jarre!... ¡jarre caballo!... el gatito tranquilamente cerraba sus ojitos, pero no entendía el lenguaje para él desconocido, no obedecía... por lo que el niño le asestó una fuerte nalgada lo que provocó que el felino asustado corriera a toda velocidad con el carrito a rastras, pegara un salto a una bardita de adobe y de ésta al tejado en donde el carrito se atoró en una teja que, estrepitosamente cayó al suelo, junto con el carro y el gatito; causando un escándalo que hizo que los tres adultos corrieran a ver qué había sucedido en el patio. La tía se avergonzó y reprendió al travieso, los esposos sonriendo nerviosos, justificaron el hecho: son cosas de niños... El gatito en varios días, miraba a su agresor y corría a esconderse, de seguro que el porrazo estuvo fuerte.

EPÍLOGO

Hasta aquí cuenta Varita algunas de las muchas vivencias que experimentó y que quedaron grabadas indeleble y gratamente en su memoria.

Nuestro personaje creció viviendo feliz su infancia, su niñez, su pubertad y parte de su adolescencia. Dejó de ser aquel niño preguntón, inquieto y travieso para convertirse, poco a poco, en un joven con otros intereses y otra visión del mundo que le rodea.

Acompañando a su padre en la ardua tarea de la pizca del maíz, platicaban sobre diversas cosas, entre ellas su progenitor le dice que no le gustaría que él y sus hermanos fueran a seguir una vida de labriegos como la que él, su padre, ha llevado en donde, a pesar del contacto cotidiano con las bellezas de la naturaleza, se viven muchas carencias y sufrimientos, cosa que no quisiera para sus hijos. Le comenta que desde hace tiempo trae una idea fija para que los dos hermanos mayores sigan un destino mejor que, al que a él le tocó vivir y que, “primero Dios”, más delante ustedes pudieran ayudar a sus hermanos más chicos. Con voz quebrantada por la emoción, lo sorprendió diciéndole: mira hijo yo me quedaré aquí solo “volteando los terrones” pero tú y tu hermano se irán muy pronto a estudiar a un internado; ya mi compadre, el Maestro Jesús Hernández Ortiz, de la Misión Cultural, ha hecho los arreglos necesarios para que ustedes puedan alcanzar una beca en una Escuela Normal Rural, allá muy lejos, en el Estado de Zacatecas.

MEMORIAS DE UN ESTUDIANTE DE INTERNADO

EL VIAJE

Cargando como escudo espiritual la devota bendición de su afligida madre en el momento de su partida y, bañados con el tibio bálsamo de sus lágrimas en el abrazo de despedida, sus dos hijos mayores sollozando y suspirando se separaron de ella la madrugada de un día último de enero. Los medios de transporte y comunicación eran muy atrasados, había que recorrer largas y polvorientas brechas para llegar a las grandes ciudades, después de viajar en lentos camiones, transbordar en ferrocarril, por lo que el servicio de correo también era demasiado atrasado; pues una carta para llegar a su destino tardaba de diez a quince días. Estas circunstancias motivaban que una despedida del hogar paterno y del terruño se sintiera en lo más profundo, tanto de quien se quedaba así como de quienes partían hacia rumbos desconocidos; confirmándose aquello: “dicen que la despedidas no son tristes, dile al que te lo dijo que se despida.”

Acompañados de su padre, a las cinco de la mañana abordaron el viejo autobús que los llevaría a lejanas tierras; sólo llevaban una saca de ixtle, si acaso con dos cambios de ropa de cada uno de los hermanos. En el traslado de San Pedro Piedra Gorda que, aunque ya hacía medio siglo que por decreto se le asignó el nombre de Ciudad Manuel Doblado, la fuerza de la costumbre le seguía llamando San Pedro Piedra Gorda; transcurrieron más de cinco horas para llegar a León. Ya en esta ciudad, zapatera por excelencia, caminaron varias cuadras para llegar a la terminal de los autobuses “Flecha Amarilla”, allí abordaron el autobús que los

llevaría a la bella Ciudad de Aguascalientes a donde arribaron como a las cinco de la tarde; cuya terminal estaba al costado oriente del histórico Teatro Morelos, al lado sur de la Catedral. El estado de ánimo de los hermanos era de desasosiego e incertidumbre causado por la desmañanada, la separación de su familia y de su pueblo, al que sentían cada vez más lejos, lo cansado del largo viaje, la falta del alimento acostumbrado y el hecho de contemplar lugares desconocidos.

En la terminal de la flecha amarilla de la Ciudad hidrocálida, su padre indagó sobre qué camiones los conducirían a Loreto, Zac. La respuesta fue que sólo en el tren podrían viajar a ese lugar y le señalaron hacia donde estaba la estación ferroviaria. Lentos pasos los llevaron de poniente a oriente, por la amplia y apacible avenida Francisco I. Madero, la principal de la Ciudad; en la acera sur por donde avanzaban, admiraban aparadores de gruesos vidrios en diferentes comercios que en nada se parecían a las tienditas de su pueblo. Frente a algunos de ellos, aminoraban el paso para ver de pasadita lo que ahí se exhibía, embelesados se detenían a contemplar algunas elegantes residencias con espaciosos jardines, brillosos vitrales y atractivas torrecillas que, Varita asociaba con los castillos y princesas que imaginariamente ya conocía por los mágicos cuentos de las Mil y una Noches, que en noches serenas, magistralmente, su padre les contaba a ellos, sus hijos, y a sus amiguitos vecinos, sentados en el suelo a su alrededor, en la puerta de la casa de la calle donde vivían.



La tarde se despedía del día y algunos edificios de la avenida por donde caminaban, proyectaban paulatinamente su larga sombra en el piso, a medida que el astro rey se aproximaba al ocaso. Al final de la avenida Madero donde terminaba la Ciudad, arribaron a la estación del ferrocarril; cruzaron por un sombreado parque de elevados árboles en donde se respiraba un ambiente de tranquilidad y frescura; en él estaban instaladas muchas grandes bancas de cemento totalmente tapizadas con miles de pedacitos de platos de porcelana, predominando el color blanco. Bancas que estaban colocadas a los lados de los amplios andadores otras, ubicadas en circunferencia en derredor de alguna fuente. Con aquellos trocitos de porcelana, ingeniosamente acomodados, todas las bancas lucían formas de hojas y guías vegetales o círculos florales y en su centro cada una mostraba un medallón ovalado dispuesto en forma

horizontal de mediano tamaño, que ostentaba el nombre de la empresa o persona que la había obsequiado. En una de esas bancas se sentaron a descansar y a disfrutar de la frescura de aquel paraje. Pocas parejas de jóvenes enamorados cautelosamente disfrutaban de aquel apartado lugar.

Se aproximaba la noche, parvadas de pájaros que parecían tordos piaban en distintos tonos, disputándose un lugar para anidar en las altas ramas de los árboles. En el piso, en torno a los árboles, las aves dejaban huella de su permanente estancia nocturna en dicho de lugar, pues se apreciaban blancas manchas de su excremento. Desde donde estaban sentados padre e hijos tenían a la vista al oriente, una hermosa construcción, tan bella que les parecía un palomar.

DORMIR EN LA ESTACIÓN

La muchedumbre que poblaba este lugar poco a poco empezó a retirarse. Muy poca gente permaneció en el andén, al cabo de algún rato, algunas ingresaron a la sala de espera que, se hallaba casi vacía. En ella había no más de unas siete u ocho personas con apariencia de campesinos. Se escuchaba un sordo ruido en los patios de la estación y de vez en vez el fuerte silbido y el rechinado sobre los rieles, al frenar las ruedas, de algún tren que pasaba.

Un trozo de camote tatemado fue el alimento del día...los hermanos y su padre se acomodaron en una de las largas bancas con la intención de dormir, recargados sobre el respaldo de la misma. Acostumbrado a la tenue llama que producía el aparato de petróleo que había en su casa y a dormir en la oscuridad, la fuerte luz eléctrica del foco que estaba sobre la cara de Varita, le lastimaba la vista impidiéndole probar el sueño, a pesar de que con su sombrero de palma, se cubría el rostro. Con la luz encendida durante tantas horas y escuchando los desesperados e intermitentes ronquidos de algunos durmientes que se acomodaron sobre otras bancas, la noche le pareció interminable y en su interior rogaba a Dios, que ya pronto amaneciera. La claridad del amanecer del nuevo día alivió su desesperación, trayéndole regocijo. Desvelado y friolento se asomó a la puerta que daba al parque y alegre percibió el canto de las aves que, revoloteando sobre las copas de los árboles, saludaban a la alborada.

Padre e hijos salieron al andén de la estación. La mañana era fría y pobre el abrigo de ellos.

Llamó la atención de Varita el lento movimiento de dos locomotoras lanzando bocanadas de humo, escupiendo vapor y exhalando ligeros pitidos algo que sus ojos y sus oídos jamás habían presenciado.

Hombres con cachucha y overol azules y visibles guantes, llevando en sus manos instrumentos de trabajo, recorrían las vías y los carros que permanecían parados en el patio, haciendo algunos arreglos. Ya estaba llegando mucha gente y los comerciantes ambulantes ofrecían diversos productos. Desde un día antes no habían probado alimento, la larga noche aumentó su apetito. Unos tamales calientitos y un oloroso jarro de champurrado calmaron su atroz hambre, reanimando su cuerpo.

La circular carátula del reloj ubicado en el exterior de la pared de la planta alta del edificio, que ve hacia el patio de trenes, marcaba con sus negros números que contrastaban con su blanco fondo, las seis con cuarenta minutos de la mañana. Todavía faltaba más de una hora para abordar el tren que los llevaría a Loreto, Zac.

VIAJE EN EL TREN

El día primero de febrero del año de 1949, don Pedro y sus dos hijos mayores Demetrio (Varita) y Antonio, viajaron en el tren de la Ciudad de Aguascalientes a Loreto, Zac., con el propósito de llegar a la Escuela Normal Rural de San Marcos.

A las siete y media de la mañana abrieron una ventanita donde vendían los boletos para viajar en el tren que los llevaría al lugar de referencia. Pronto su padre se formó frente a la ventanilla y adquirió los tres que requerían. ¡Por fin llegó la hora de viajar a Loreto!.

Varita pensaba: ¿Cómo será Loreto?.. ¿Quedará muy lejos de aquí?.. ¿Será tan grande como Aguascalientes?.. El nombre de Loreto le era conocido porque en ese lugar hay un fuerte, donde el General Ignacio Zaragoza, el cinco de mayo de 1862, les ganó la batalla a los invasores franceses; pero si mal no recuerda, ese fuerte no está en Zacatecas, sino en Puebla... éstos y otros pensamientos pasaban por la mente del joven campesino.

En ayunas y desvelados, pues habían pasado la noche engarrados sobre las frías y duras bancas de la estación de los ferrocarriles de la Ciudad. Gustosos y asombrados, por primera vez subieron al tren, al que le llamaban "La burrita", formado por una locomotora de vapor, dos o tres coches para pasajeros y pocos carros para carga. ¡Qué enorme era el vagón al que entraron!. Con muchas ventanas cuadradas, protegidas por gruesos vidrios que se abrían hacia arriba. Muchísimas bancas de madera lisitas, lisitas, de color

crema, estaban cerca de las ventanas, situadas en columna, paralelas a éstas, a ambos lados del vagón, acomodadas por pares dándose el respaldo una contra otra, dejando un pasillo en medio. Se percibía un agradable olor como a pino. Decenas de hombres, mujeres y niños cabían en él. Algunas personas subían sus sacas o pequeñas cajas a las largas canastillas que el vagón tenía en lo alto y a lo largo del mismo. Muchos pasajeros vestían a la usanza campesina y con aspecto silencioso miraban hacia afuera del tren. ¡Increíble!; allí en el vagón estaba un cuartito cerrado donde se podía hacer del "común" y, afuerita del mismo, había una llave de donde salía "agua de tomar" y unos alcatracitos de papel en donde se servía el agua que alguna gente se iba a beber.

A las siete con cincuenta minutos en punto de la mañana, se escuchó un prolongado grito: ¡Vaaamonooooos!... Vaaamonooooos..., la máquina del tren lanzó algunos ligeros pitidos a la vez que se sintió un leve movimiento del convoy, que empezó a avanzar lentamente alejándose de la estación.

A pesar de que Varita ya no era un niño, sino un adolescente, su procedencia de origen campesino ocasionaba que su capacidad de asombro y fantasía estuvieran aún presentes. A través de los vidrios de las grandes ventanas del vagón donde viajaban, vio que las gentes y los edificios de la estación poco a poco se iban alejando del tren. A medida que éste cogía velocidad sentía como que iba trotando y al desplazarse sobre los rieles, le parecía escuchar una rítmica onomatopeya: tzac tzac tzac tzac... tzac tzac tzac tzac... Su

imaginación lo llevó a pensar: vamos rumbo a Zacatecas, parece que el tren nos lo está diciendo.

RUMBO A SAN MARCOS

Padre e hijos salieron rumbo al este, caminando por un ancho camino real con dirección a San Marcos, en donde les informaron quedaba la Normal. Un helado vientecillo mordía los cachetes. El paisaje inmediato era semiárido sólo se apreciaban algunos nopales aislados. Las laderas y las crestas de los cerros cercanos tenían escasa vegetación. Acostumbrado Varita, a ver la abundante vegetación y altos árboles de su tierra, la desnudez de esta serranía le parecía muy extraña. Su padre a poco andar se detuvo en la única curva que había en el camino, (después supieron que le llamaban la Martinica), para calzarse detrás de un matorral rodeado de empolvados nopales, en donde observó un suelo rojizo y miró, no lejos de él, unas norias que le llamaron la atención. No resistió la tentación de acercarse a ellas; eran alargadas, le parecieron sepulturas, de poco de más de un metro de ancho por más o menos dos de largo; una muy cerca de la otra, alineadas en forma paralela. Esto fue lo que más le llamó la atención. El espejo del agua de ambas norias se apreciaba a menos de dos metros de profundidad; norias que se comunicaban en el fondo por medio de un túnel que unía sus aguas. Sobre una de estas norias estaban instaladas dos grandes ruedas giratorias de madera, engranadas por estacas también de madera. Una vertical y otra, horizontal; en aquélla estaba montada una cadena continua de cantaritos de barro amarrados con lazos, todos colocados con la boca en la misma

dirección. La rueda horizontal tenía una lanza hacia el exterior, que era movida en círculo por un manso asno; cadena de cantaritos que, al sumergirse en el agua, salían rebosantes del vital líquido para ser vaciado en una canal, que llevaba el agua a pequeñas hortalizas. A poca distancia estaba una humilde casita campesina.

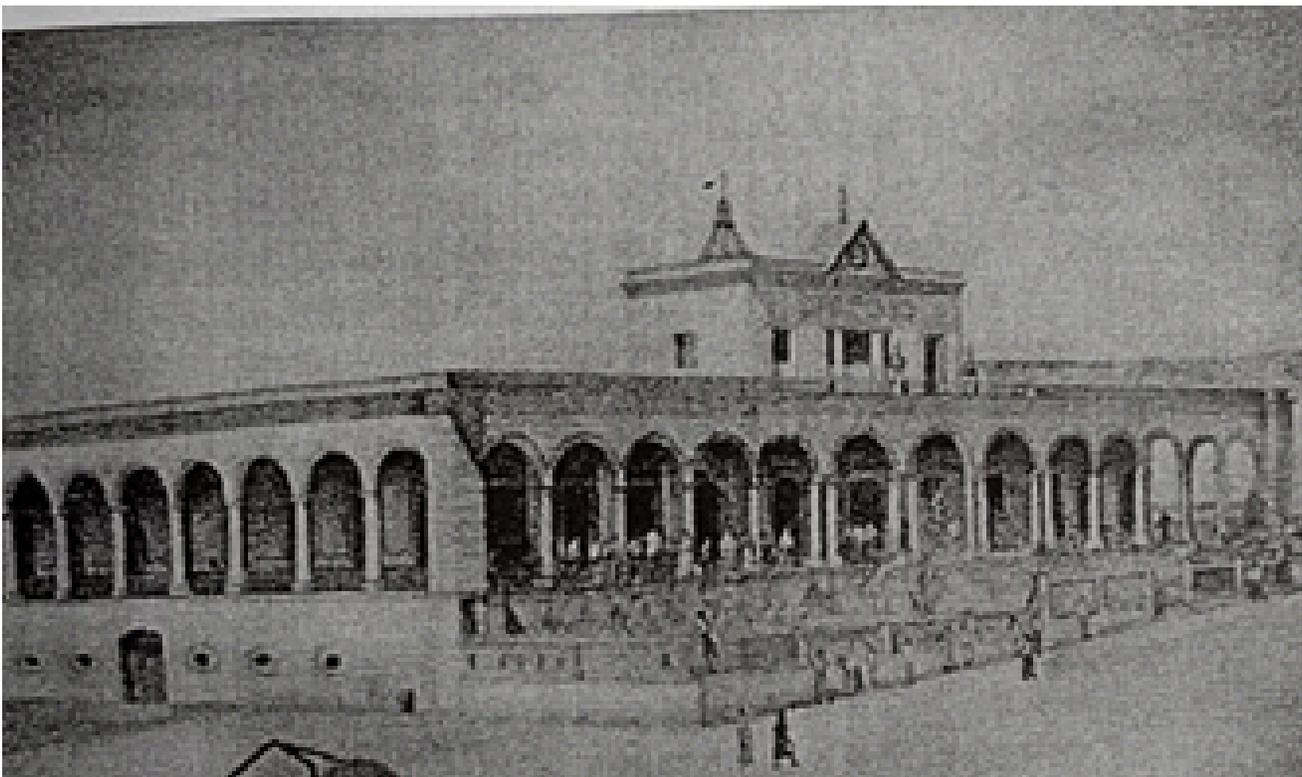
Después de caminar, en la fría mañana, tal vez unos tres kilómetros por el terregoso camino real, arribaron a un ancho arroyo seco con fina arena, arroyo que se atravesaba en el camino en donde, a partir de allí, sintieron menos el ventarrón al internarse en una hermosísima alameda formada por cuatro columnas de vetustos y altos álamos y fresnos, impecablemente alineados, casi desposeídos de su follaje. Entre las dos columnas centrales caminaron por una amplia avenida sin pavimentar, alfombrada de hojas secas, con las que el vientecillo a ratos jugaba, formando ligeros remolinos. Las ramas de ambas columnas de árboles, se abrazaban amorosamente, en lo alto, formando un prolongado techo que dejaba filtrar tibios hilillos de sol. No se escuchaban cantos de aves, pues con la caída de las hojas habían abandonado sus nidos, sólo se miraban pocos zopilotes asoleándose en la cúspide de algunas ramas secas de aquellos gigantescos álamos.

GRATA SORPRESA

Al final de la alameda, entraron por un enorme portón de madera de dos hojas cubiertas de lámina galvanizada en su exterior, mirando al poniente; portón que limitaba la muralla que protegía las instalaciones de la Hacienda de San Marcos,

convertida desde el año de 1933, en la Escuela Normal Rural de San Marcos.

Desde que entraron, su sorpresa fue mayúscula... se quedaron asombrados, al descubrir de frente y a su izquierda, el perfil de un majestuoso edificio de tipo colonial, hermosísimo, que fue la Casa grande de la ex-hacienda. Lentamente caminaron cuesta arriba por una amplia explanada que se extiende frente a este encantador edificio. No había gente en aquel espacioso lugar. Aún no regresaban los alumnos de reingreso de sus vacaciones. Supieron que sólo permanecían en la escuela unos cuantos jóvenes que se habían quedado de guardia durante las vacaci*ones de fin de curso escolar. De casualidad al primer estudiante que encontraron fue al joven Domingo Velásquez Contreras (el Perito), originario del estado de San Luis Potosí, quien les dio toda clase de información y, amablemente los condujo al comedor pues, ya era la hora de la comida.



EXAMEN DE ADMISION

El examen de admisión se aplicaría hasta el siguiente día, por lo que padre e hijos tuvieron tiempo para observar el exterior de las habitaciones que conformaban aquel hermoso edificio; recorrer los amplios corredores exteriores, desde donde se contemplaba un apacible panorama hacia el sur y, hacia el poniente se invitaba a disfrutar de la frescura de la bella alameda, celoso guardián de la institución. Esa noche se dieron el lujo de dormir en el piso y a oscuras en una de las entapizadas piezas de aquella mansión, que a Varita le parecía un palacio encantado.

El escenario del examen fue el acogedor patio central del edificio rodeado por mudas columnas de cantera. A las nueve horas de esa fría mañana del mes de febrero, más de doscientos aspirantes sentados en pupitres metálicos, alineados en columnas se disponían a disputarse una beca para estudiar en ese internado. Dos amables profesores se encargaron de aplicar el examen, después de una previa explicación para orientar a los sustentantes sobre la resolución del cuestionario y para darles confianza. El nerviosismo de todos los aspirantes era notable; con lápiz y borrador en mano, pensativos y preocupados se miraban de reojo; mientras los padres con incertidumbre y expectantes, esperaban afuera del patio los resultados, seguramente implorando a Dios para que sus hijos obtuvieran una beca.

Ese mismo día se publicó la lista de aprobados en el examen de admisión. Padres e hijos ansiaban conocer los resultados...

¡qué pesar para quienes no lograron su objetivo!... ¡qué alegría para quienes, vieron que sus vástagos habían sido seleccionados!... Varita y su hermano aparecían en los últimos lugares de aquella lista esperanzadora. Un vez que su padre se enteró de los resultados, inmensamente feliz se regresó a su tierra, seguramente dándole gracias a Dios por el milagro que le concedió pero, triste por regresarse solo, dejando a sus dos hijos mayores tan lejos de su pueblo. Antes de retirarse le agradeció al joven Domingo Velásquez, el "Perito", el apoyo que les brindó a la vez que le rogó siguiera orientado en todo a sus hijos. El bondadoso Perito, sugirió a los hermanos que pronto se pelaran a rapa para que cuando llegaran los estudiantes de reingreso, no los tijerearan y los maltrataran como era costumbre hacerlo con todos los novatos o sea los alumnos de nuevo ingreso.

En la primera semana de clases, el Maestro José Santos Valdés, Director de la Escuela, estuvo llamando a su oficina a cada uno de los alumnos de nuevo ingreso. Cuando le tocó el turno a Varita, por la caracoleada escalera ya conocida, subió a la oficina de la Dirección. Al estar frente al Maestro se sintió nervioso. El Director con una mirada penetrante y una leve sonrisa en su finos labios, sentado atrás de su escritorio, le hizo pausadas preguntas: - ¿Cómo te llamas, hijito? --¿De qué lugar vienes?, -- ¿Tu papá es campesino?, - -¿Ejidatario? -- ¿Qué siembra tu papá? --¿En qué grado te inscribiste? -- ¿De veras tienes ganas de estudiar?... El alumno fue dando respuesta a cada una de las preguntas y sintió que se fue tranquilizando. Enseguida el Maestro, le entregó un libro y le indicó el párrafo que debía leer lo más rápido que pudiera y durante el tiempo que él le

marcara. Una vez que leyó, el Director se quedó mirándolo fijamente y afirmó: ¡Qué barbaridad!, hijito, leíste noventa palabra por minuto, estás bueno para tercero de primaria. ¡Vete a tu salón y estudia mucho! Esta recomendación sirvió de acicate para que tanto él como su hermano se dedicaran con ahínco a estudiar, a machetearle, para no exponerse a perder su beca si reprobaban tres materias en el primer trimestre.

LOS PAISANOS

En las primeras semanas de estancia en la escuela, Varita conoció a varios alumnos de reingreso originarios del estado de Guanajuato: de San Francisco del Rincón (Fidel Verdín, Agapito Ríos, Roberto Arriaga, Lorenzo Rodríguez, y José Becerra); de Purísima del Rincón J. Guadalupe García Vásquez y de Yuriria, Roberto Cíntora Camargo; con los que él y su hermano se identificaron de inmediato como "paisanos" y de ellos recibieron todo tipo de apoyo, hasta para ubicarlos en el mismo dormitorio donde los paisanos dormían. Este grupo de guanajuatenses cultivaba una gran amistad con compañeros de la Región Lagunera; con quienes formaban el entusiasta equipo de fútbol "Laguna-Guanajuato", donde Adalberto Ramírez, quien llegó un año después que Varita; era un excelente portero. En este equipo Varita jugó como defensa pero lo criticaban por su arrojo, sin considerar que sin conocimiento previo apenas se iniciaba con mucho ímpetu en este deporte. Entre los laguneros hizo amistad y jugó fútbol con Enrique Aguilar, la "Queta", Carlos Sifuentes, Nacho Ruelas, Ernesto Iracheta y Luis Mata Tovar,

contemporáneos suyos y amigos de los paisanos guanajuatenses. Gracias a la protección que recibió, él y su hermano de sus paisanos y de los laguneros, se escaparon de las novatadas que, a pesar del código y de la vigilancia de los maestros, les hacían a los nuevos; desde pelarlos a rapa, hasta darles "moscas", "aceite", "calambres" y baño con agua fría.

Entre los paisanos, recuerda a su paisita Lupe Huerta Gómez (la Tigresa) que ya hacía sus pininos como poeta y escritor de renombre; pues presumía que tenía una novia muy hermosa en la hermana Escuela Normal de Cañada Honda, Ags., cuyo nombre era Luz a quien le compuso un inspirado verso: "Luz, Luz, en las noches, te contemplo por ese tragaluz". Ciertamente en una de las galeras grandes había un tragaluz. O aquella otra inspiración campirana: "Cerca de una laguna estaba cantando un sapo, yo que lo agarro y que se me escapo".



Escalier Javier Mayagoitia y Celso Hernández

Los sábados por las tardes después de la comida, cuando varios alumnos salían el fin de semana a su casa y cesaban las actividades académicas, de talleres y del sector agropecuario, nuestro personaje generalmente se paraba al pie del barandal metálico del corredor principal de la escuela y se perdía por minutos en la lejanía del horizonte con la vista y el pensamiento fijos hacia el sur, tratando de adivinar la dirección y la distancia que lo separaban de su lejano pueblo. Lo dominaba cierta desconocida melancolía al recordar cuando andaba con su yunta y arado de fierro sembrando el garbanzo y viendo pasar de la presa del Sauz rumbo a la laguna Tuerta el rítmico vuelo de las blancas garzas o cargando los largos arados de madera que su padre hacía, para sembrar el maíz, escardar y asegundar la milpa o, también, recordaba con nostalgia como arreaba los bueyes que lentamente jalaban la silenciosa carreta...

En uno de tantos sábados en los primeros días del mes de marzo de 1949 vio a un respetable señor, alto, delgado, moreno, de pelo negro, ligeramente ondulado, con lentes semioscuros, parado y meditativo mirando hacia el sur, recargado en el barandal metálico del corredor de la Escuela, en el mismo lugar donde el joven lo hacía. Al observarlo, Varita lo reconoció, era el escultor Javier Mayagoitia de la Misión Cultural Especial número 6; a quien había conocido cuatro años antes en Ciudad Manuel Doblado, Gto. El mismo que hiciera el busto de Don José Antonio Torres, "El Amo Torres", héroe insurgente nacido en este municipio, a quien el "Padre de la Patria" le encomendó encendiera la chispa de la independencia en el Estado de Jalisco; con alegría y respeto, el joven saludó al maestro

Mayagoitia con quien dialogó amablemente en esa ocasión y en otras posteriores. El Maestro José Santos Valdés, amigo del Maestro Mayagoitia y compañero de trabajo en Misiones Culturales lo invitó a la Normal de San Marcos para que hiciera el busto de Don Benito Juárez. Busto que fue develado el veintiuno de marzo del mismo año en el jardín de Loreto, frente a la Presidencia Municipal.

LOS APODOS

En el internado eran muy pocos los alumnos que se escapaban de que se les pusiera un apodo. Hasta algunos maestros eran identificados por su apodo. Mote que se asignaba en razón de su aspecto físico, origen, cualidades o debilidades de cada bautizado. En el grupo de segundo de complementario a donde se integró Varita, entre los más conocidos apodos encontró: al chorizo, al loco, la sonrisa, el buitre, el bordonero, el pichuto, la zorra y el melodias; pero entre el alumnado en general se conocían tantos apodos que podrían contarse por muchas decenas. Entre los más populares, todo mundo conocía a: el orejón, el balazo, a la tecola, a el cabezón, el bizco, la queta, la muerte, la vela, el postre, el charrito, la ganzúa la guaparra, la guayaba, el tayoltita (originario de Tayoltita, población minera del Estado de Durango), el tacanhuitz (nacido de ese municipio de San Luis Potosí), a cañada honda (originario de una comunidad del Estado de Ags., el catrín, el pachuco, el chímila (porque al jugar básquetbol, en vez de decir écheme la pelota decía "chímila"), o también apodos que formarían un amplio zoológico: la chiva, el perro, el caballo, la

mula, el burro, el coyote, la tigresa, la puerca, la gata, la tuza, la marmota, la culebra, el tapir, la lagartija, la gallina, el pollo, el pájaro, el búho, el sapo, el mordullo, la chinche, el piojo, la pulga, etc.

Hubo compañeros tan relajistas que hacían mofa de su propio mote, "La Guayaba", (Toño Rodarte), que mostraba en su cara pequeñas cicatrices causadas por haber padecido varicela; a la hora de la comida, cuando el maestro de guardia estaba alejado de la mesa donde aquél comía, se trepaba a una banca y golpeando la mesa con su mano, gritaba: "del cielo cayó un granizo, se lo comieron los pollos, yo también soy cacarizo, que no me miran lo hoyos?"; lo que provocaba risas en algunos compañeros y al grito de: ¡cállate guayaba!, le lanzaban algunos migajonazos. La Guayaba salía corriendo del comedor. Otro alumno, "El perro", al llegar a media noche de sus frecuentes fugas a Loreto, al entrar a la amplia puerta del dormitorio, (galeras grandes), gritaba: ya llegó su padre hijos de su... María Morales; en la oscuridad de la noche y guiados por el grito, zapatazos le sobran, por lo que se alejaba corriendo, aullando como un verdadero perro. Otro compañero, presumiendo sus elementales conocimientos de química, al estar comiendo en la mesa, le decía a un novato: muchacho con cara de bruto, pasadme el cloruro de sodio; al no saber qué era eso de cloruro de sodio, el novato no le pasaba nada. - ¡La sal común, muchacho animal! El presumido y sus compañeros de la mesa festejaban con risas la broma.

En poco tiempo de convivir en el internado, sus compañeros de grupo le empezaron a llamar "Metrios" y el mote original de aquel

joven campesino, al que sus primos hermanos bautizaron como Varita y, que sólo él y su hermano sabían, quedó en el pasado.

MAESTRO JOSE SANTOS VALDÉS

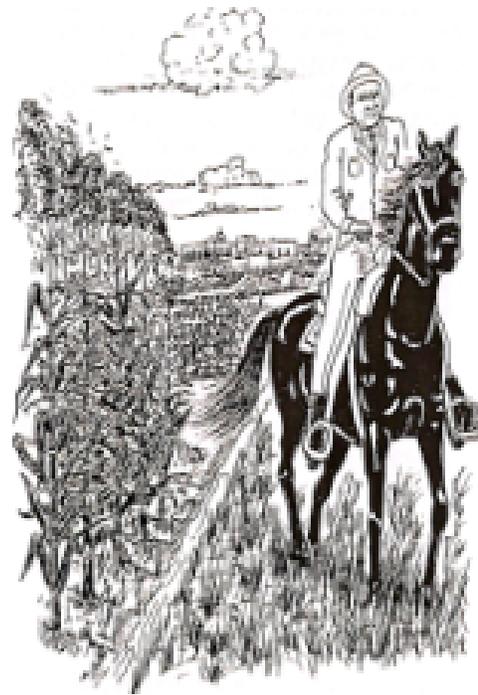


Varita me contó que uno de sus compañeros de segundo de complementario, (sexto grado de educación primaria), le platicó que el Maestro José Santos Valdés llegó como Director de la Normal en marzo de 1948. En ese año la Escuela cumplía quince años y por iniciativa de él, se festejó el XV aniversario de su fundación con una serie de actividades cívico-culturales y deportivas, eligiéndose el día tres de septiembre, fecha en la que oficialmente inició sus labores la Institución.

Para la Escuela Normal Rural de San Marcos, fue una verdadera fortuna que un hombre de la talla del Maestro Don José Santos Valdés

García de León, se hiciera cargo de la Dirección de este internado, pues para entonces ya era un verdadero pedagogo, filósofo, escritor, periodista, poeta y luchador social; con una larga y rica experiencia en el campo de la educación: profesor, director e inspector de educación primaria, Jefe de la Misión Cultural Núm. 18 de Veracruz, Querétaro y Tabasco. Jefe de Brigada con tres Misiones Culturales y un Instituto de Investigaciones Científicas, que operó en la Laguna; Inspector de Misiones Culturales (1945, 46 y 47). En su desempeño ya había recorrido muchos Estados de la República. Como catedrático y director de instituciones educativas tan diversas como La Escuela Central Agrícola de Tamatán, Tamps., escuelas regionales campesinas, como la de J. Guadalupe Aguilera; éstas se convierten en Escuelas Normales Rurales; varias de ellas dirigidas por tan ilustre Maestro: Galeana, N. L., Tenoría, Edo. De México; Chicontepec, Ver.; San Marcos, Zac.; El Mexe, Hgo.; Cd. Victoria, Tamps.; Catedrático de la Escuela de Agricultura de Chapingo donde escribió su libro de Civismo. Ya jubilado fue comisionado como Supervisor Especial de las Escuelas Normales Rurales.

Desde su arribo a la Normal Rural de San Marcos se instaló en un local interior del edificio principal; local sumamente humilde pues sólo contaba con dos piezas de reducido tamaño; una que ocupaba como dormitorio y la otra como baño, en donde habitó por espacio de siete años. Desde antes de las cinco de la mañana y después de las diez de la noche, horario en que había luz eléctrica respectivamente, su habitación estaba iluminada por dos quinqués de petróleo; porque además de cumplir sus funciones como Director y catedrático, tenía que



elaborar los artículos que le publicaban en periódicos y revistas de carácter nacional.

Con cierta frecuencia montado en su caballo prieto azabache, vestido con su característico saracof color beige en vez de sombrero, ropa sencilla del mismo color y altas botas de cuero, recorría y observaba los sembradíos en las parcelas de la escuela; en el mismo caballo a veces se trasladaba a Loreto a la oficina de correos o de telégrafos, además en su calidad de inspector, recorría las escuelas primarias de la zona de influencia de la Normal, a la vez que impartía asignaturas como: Lógica, Ética, Problemas económicos Dibujo hecho por el profesor Roberto Mata Dávila políticos y sociales de México y Técnica de la Enseñanza en grupos del ciclo profesional.

Como luchador social orientaba a los campesinos en sus problemas de propiedad de la tierra u otros problemas. Apegado a la

verdad y a la justicia también orientaba a los jóvenes estudiantes y a quienes le consultaban sobre cualquier tipo de problema.

En el año de 1949 un nutrido grupo de personas, que se supone eran sinarquistas, con palos en sus manos y enajenados llegaron hasta el portón de la muralla con el propósito de atacar a la Escuela, porque se mantenía la idea de que era un nido de comunistas, seguramente, instigados por gente reaccionaria. Al saber la noticia los estudiantes pretendieron salir en defensa de la Institución, mas el maestro Valdés los contuvo pidiéndoles que permanecieran alejados y, él personalmente, salió al encuentro a dialogar con el líder que los encabezaba; lo convenció de que era un acto de provocación que no convenía a la Escuela, ni a ellos y ni a la propia sociedad, explicándoles que la Escuela era un centro de* estudio y trabajo que beneficiaba no sólo a la región sino al país entero; pues los profesores egresados de ella irían a las comunidades rurales, no solamente, a enseñar a los niños a leer y a escribir sino también a orientar y ayudar a los campesinos en la resolución de sus problemas.

El Maestro José Santos Valdés como solidario de las luchas justas apoyaba moral y materialmente a personas que eran perseguidas en sus países de origen, como fue el caso del maestro Luis Hugo Dupeirat, perseguido político de la hermana República de Perú; quien al amparo del Maestro, fungió como catedrático en la propia Normal, a la vez que por cuenta de su anfitrión tomaba sus alimentos en el comedor del internado, más una reducida remuneración a cambio de sus servicios docentes.

Docente, no docente y alumnado tenían voz y voto en las asambleas de Comunidad Escolar; conocer y analizar la problemática del internado, proponer, acordar y realizar las soluciones adecuadas para la buena marcha del trabajo. A partir del arribo del Maestro Valdés, la Institución empezó a experimentar una serie de positivos cambios en todas las actividades necesarias para instaurar un modelo de una educación democrática, dando como resultado un autogobierno donde personal.

“El Maestro Valdés”, como generalmente se le identificaba por el personal que laboraba en la Escuela o, como “Papá Titos” entre el alumnado; en todas y cada una de las actividades de palabra o de obra, fomentaba en los estudiantes y personal de la Institución, un nacionalismo revolucionario.

Su pensamiento filosófico quedó plasmado en lo que se conoce como EL ESPIRITU DE SAN MARCOS: “Sentido de responsabilidad/ Apego irrestricto a la verdad/ Insobornable amor a la libertad/ Acendrado amor a la patria/ Respeto a la dignidad humana/ Vocación de servicio y vinculación a las luchas populares.”

Toño, hermano de Metrios y éste, durante un año fueron Secretario General y Secretario de Actas y Acuerdos, respectivamente del mencionado Comité. A partir del año de 1949 antecedieron a Toño en esta responsabilidad: Misael Macías Velásquez, J. Jesús Cisneros Villegas, Ernesto Iracheta Guajardo, Modesto Contreras Siria y Ventura Medina Muñoz. A Antonio Rodríguez Orozco, le siguió como Secretario General del respectivo Comité, el alumno Luis Gallardo Salazar.

Responsabilidad que a la vez que era un voto de confianza de sus compañeros estudiantes, era un honor para quienes alcanzaban esa distinción. Las respectivas asambleas, con asistencia obligatoria para todos los alumnos, se realizaban bajo un riguroso orden del día y los importantes acuerdos que en ellas se tomaban, cuando era necesario, se planteaban por escrito a la Dirección del plantel a cargo del maestro José Santos Valdés; quien

siempre estaba al pendiente de que todo en la escuela marchara de la mejor manera.

Como la Escuela no tenía un himno propio, las asambleas concluían con el canto de un himno pacifista, el de la Unión Internacional de Estudiantes: (UIE); compuesto por el poeta ruso Lev Ivanovich, musicalizado por Vano Muradeii de la misma nacionalidad; himno cantado por todo el alumnado.

Himno de la Unión Internacional de Estudiantes

Nuestra canción cubre al mundo en su vuelo,
los estudiantes la mano se dan;
porque el sol claro y el límpido cielo,
humos de incendios no oculten jamás.

La firme fe, la voluntad,
la fortaleza de nuestra amistad,
no hay bombas que, puedan vencer,
noble y justa es nuestra causa por la paz;
pleno de luz y de amistad
une el camino a la felicidad.

En el trabajo la lucha aprendemos,
nuestra es la ciencia que tiende a la paz,
ciencia creadora que sirve a los pueblos,
fuente de dicha y bienestar.

La firme fe, la voluntad...

Nuestra canción se formó en los combates,
la tierra en llamas no cabe olvidar,
en pie estudiantes para el gran examen,
con nuestra lucha salvemos la paz.

La firme fe, la voluntad...

El diario contacto del personal con el alumnado, en las diversas actividades propias de la Institución, creaba un ambiente de confianza y mutuo respeto que daba la sensación de convivir en una gran familia; máxime cuando muchos alumnos ingresaban a quinto y sexto grados de primaria e inclusive, a primero de secundaria a escasos once o doce años de edad que, al separarse de su propio hogar; la inmensa mayoría procedente de comunidades rurales, recibían de los maestros y trabajadoras domésticas apoyo y consejo, en ausencia de sus padres, en esta gran familia que era la comunidad escolar. El propio Director de la Escuela, Maestro Valdés, a todos y cada uno de los alumnos, dentro y fuera del aula, los llamaba “hijitos” y, en correspondencia muchos de éstos lo reconocían como “papá Titos”. Lo mismo sucedía con algunas trabajadoras domésticas que, a los estudiantes les daban el trato afectuoso de “hijos”.

Pocos profesores que laboraban en la escuela tenían la plaza básica de 22 horas, plaza que otorgaba el Departamento de Educación Normal; sin embargo todos los docentes trabajaban en el aula más de la cantidad de horas de las que señalaba su nombramiento, debido a que la Secretaría de Educación Pública no cubría las plazas necesarias acordes a las necesidades del plantel. De hecho todos los maestros estaban de tiempo completo al servicio de su escuela, sin medir esfuerzo o esperar recompensa económica.

El vivir en el internado, tanto para el alumnado como para el personal que ahí laboraba, tenía muchas ventajas porque la cercanía de las aulas, dormitorios, comedor, talleres, etc.; así como la de los hogares de los

profesores favorecía el cumplimiento máximo de su encomienda, al no tener que recorrer grandes distancias.

ACTIVIDADES EXTRA-ÁULICAS

El calendario de clases y actividades extra-áulicas, que abarcaba de lunes a sábado, siempre estaba a la vista en un tablero mural. Las actividades extra-áulicas debían realizarse por todo el alumnado. Todo organizado en un bien armado horario que preveía que no se empalmaran grupos y comisiones. En dicho calendario se contemplaba las horas de tomar los alimentos; la hora de estudio de las veinte a las veintiún horas de lunes a viernes, vigiladas por el maestro asesor del grupo, hora de descanso de las nueve a las diez de la noche y toque de silencio a esta última hora.

Mientras algunos grupos estaban en las aulas en clase otros, realizaban actividades extra-áulicas. Por equipos y en forma rotativa eran distribuidos para asistir a cumplir su comisión en los talleres de: imprenta, mecánica, carpintería, herrería, panadería, curtiduría y talabartería; así como en el sector agropecuario, para realizar el trabajo agrícola propio de la temporada o comisionados al establo para la limpieza, alimentación y cuidado del ganado. Talleres y sector que estaban a cargo de los maestros: Carlos Robledo, Vicente Solís, Carlos Llamas, José Díaz Rodríguez y el señor Andrés Pérez a cargo de la panadería. Los dos últimos talleres bajo la dirección del célebre maestro

Secundino Martínez Arzola, respectivamente; así como J. Jesús López López Velarde (Camarillo) y el respetable señor don Manuel López, (Vacotas), en ganadería y, el señor Elías Mata Hernández, responsable de los trabajos agrícolas.

ACONTECIMIENTOS LAMENTABLES

Como en toda agrupación humana, no obstante las normas que la rigen y el acatamiento de las mismas por la inmensa mayoría del grupo, determinadas circunstancias predisponen a algunas personas, a cometer actos contrarios a dichas normas; actos que en algunos casos resultan delictivos. Durante su estancia en el internado, Metrios fue testigo de este tipo de acontecimientos.

En la segunda quincena del mes de septiembre de 1949, aprovechando que maestros y alumnos gozaban de las vacaciones de dos semanas que marcaba el calendario escolar, un reducido grupo de alumnos que no salieron a vacacionar, atacaron a un anciano comerciante que tenía su hogar y su tiendita dentro del área de la muralla que circunda a la Escuela. Por la noche entraron a su casa, lo hirieron gravemente a golpes y le robaron monedas de oro producto de su trabajo que él después de muchos años ahorró. Esta fue la sorpresa mayor, la increíble noticia para quienes regresaban de vacaciones; pues se trataba de jóvenes distinguidos y de grados de profesional que ya, en los últimos días de vacaciones, habían sido descubiertos. El

sargento de la banda de guerra de la Institución, joven inteligente, corpulento, jovial y carismático encabezaba al grupo delictivo.

_En medio de una valla formada por el alumnado y al rítmico redoblar de los tambores destemplados, los delincuentes fueron llevados por el Maestro José Santos Valdés, Director de la Escuela, hasta la puerta principal de la muralla para ser entregados a la autoridad judicial quien afuera, de este lugar, los esperaba para que purgaran su culpa por los delitos cometidos. Toda la comunidad escolar se conmocionó, discretas lágrimas rodaron por las compungidas caras de muchos adolescentes, al sentir el impresionante acto de expulsión de sus compañeros. El rostro del propio Director, hombre de una recia personalidad, no ocultaba su pena.

-Dos compañeros integrantes del comité de raciones fueron expulsados por "robo comprobado". Al ser comisionados para comprar algunas mercancías en Loreto, a la vez que, de recoger de la estación del ferrocarril dos tambos de la leche en polvo, que se consumía en el internado. Ingenuamente se quisieron pasar de listos pues, ambos tambos traían marcada la misma cantidad a pagar, mas ellos ignoraban que había que pagar por los dos, sólo el costo de uno. Creyeron que el cobrador de la oficina de ferrocarriles se había equivocado y, de conformidad se repartieron el dinero equivalente al costo de un tambo. Cuando el Director hizo el balance correspondiente de fin de mes, descubrió el desfalco. Llamó a los jóvenes comisionados quienes avergonzados y arrepentidos, confesaron su culpa; de tal

suerte que conforme al Código Disciplinario, fueron expulsados por “robo comprobado”.

Posteriormente se expulsó a cuatro estudiantes por problemas de homosexualidad. La Institución era muy rigurosa en la formación integral de los educandos por lo que, el aspecto moral formaba parte de esa integralidad, donde se cultivaban actitudes y valores éticos, razón por la cual aquellas faltas graves cometidas en desprestigio de la Escuela, no contempladas en el Código Escolar, eran ampliamente analizadas tanto en el Comité de Honor y Justicia como en asambleas de Comunidad Escolar, siendo ésta la máxima autoridad en la toma de decisiones.

Otro caso individual que también fue del conocimiento de toda la Escuela fue la expulsión, de un alumno que cursaba el último grado de estudios, por amenazar a un compañero con un arma blanca, al cual estuvo a punto de herir. Al paso del tiempo, de labios del propio expulsado, se supo que el Director de la Normal, lo apoyó para que terminara sus estudios en otra Escuela Normal Rural.

EL COMEDOR

Todos los estudiantes tomaban sus alimentos a la misma hora: almuerzo a las ocho quince de la mañana, comida a la una y media y cena a las seis y media de la tarde. Personal doméstico preparaba la comida y tenía la loza de aluminio disponible. En largas mesas de madera con cubierta de lámina galvanizada y bancas de madera sin respaldo, para dos

personas, fabricadas en la carpintería de la Escuela. Por orden alfabético se integraban dieciocho o más mesas rectangulares para veinte comensales cada una. La última era de los banderos, pues a ellos además de la comida ordinaria se les daba huevo y leche extra. Por rol y por afinidad dos compañeros durante una semana, de lunes a lunes, desempeñaban la comisión de meseros en cada mesa. Al escuchar el conocido toque de corneta para servir las mesas, los comisionados, prestos recogían la loza del lugar donde la lavaban y se almacenaba, recibían los alimentos que les entregaban las cocineras en vasijas de aluminio con veinte raciones cada una, más la cantidad determinada de tortillas para cada comensal; acomodaban los platos y vasos a lo largo de la mesa y servían la ración correspondiente a cada interno, cuya medida era un cucharón de cada comida. El Maestro y alumno de guardia vigilaban que todo estuviera listo y en su momento desde la puerta de entrada al comedor, le hacían una señal al corneta de guardia para que tocara “rancho”, toque que era del agrado de todos porque invitaba a pasar a tomar los alimentos. Los alumnos más hambreados desde con tiempo aguardaban ansiosos en la entrada al comedor, (“en sus guardias”), para entrar rápido y saciar su apetito, con el pretexto de que las “balas” (frijoles), las “municiones” (lentejas) y los discos (tortillas), no se enfriaran se apresuraban a entrar. Al alumno que entrara corriendo al comedor se le reportaba por indisciplina. Había compañeros que aprovechaban la ausencia de alguien que no se presentara a comer y se comían la ración del ausente, eran los famosos “dobleteros” o “escamochoeros”. Personal supernumerario recogía la loza sucia y hacía el aseo del comedor.

El diario menú alimenticio de los internos era elaborado por la ecónoma de la Escuela en el almacén de raciones y, en asamblea general de la sociedad de alumnos se elegía semestralmente a tres compañeros de distintos grupos para integrar el comité de raciones; responsables de auxiliar en la provisión, vigilancia y entrega cotidiana de la materia prima (frijol, café, huevo, papas, azúcar, verduras, etc.), a las cocineras para la preparación de los alimentos. Compañeros que cumplían su encargo mañana y noche en horas extras, quedando exentos de otras comisiones pero sin faltar a ninguna clase.

LAS CLASES

A semejanza de una laboriosa colmena, cientos de jóvenes diariamente, al despuntar el día, a las seis de la mañana de lunes a sábado, acudían presurosos a las aulas a recibir las enseñanzas de sus maestros que, a pesar de las limitaciones materiales y pedagógicas para realizar su labor docente con la mayor eficiencia, se esforzaban lo más que podían para hacer accesible, amena y provechosa su clase. El pizarrón y el gis eran los principales recursos didácticos; se carecía de los laboratorios, aparatos e instrumentos necesarios, por lo que, los maestros se las ingeniaban, aprovechando los recursos naturales que el medio les ofrecía. A diario se aprendía de los maestros no solamente los conocimientos propios de su asignatura sino también las actitudes y hábitos positivos que ellos cultivaban.

La asistencia y la puntualidad era la norma que regía por igual a alumnos y profesores, cuando los estudiantes llegaban al aula ya el

profesor los estaba esperando. El riguroso pase de lista generalmente era previo al inicio en todas las clases. La mayoría de los maestros escribía en el pizarrón el tema a tratar y los respectivos subtemas para continuar su clase en forma expositiva y dialogada. No se perdía el tiempo en divagaciones como cumpleaños del director, maestros, alumnos o en la preparación de tales o cuales festejos. La preparación de festivales escolares se hacía fuera del horario de clases. Las clases de cincuenta minutos se cumplían al cien por ciento, el corneta de guardia siempre estaba atento a dar los toques de entrada y salida de una clase a otra. La convivencia en el internado, la cercanía de las aulas a los dormitorios y al comedor facilitaba al alumnado cumplir puntualmente con su cometido, mas el trato diario con los maestros y personal no docente de la escuela creaban un ambiente de familia que ocasionaba un mutuo afecto y respeto. No se puede negar que entre tantos alumnos, de vez en cuando, aparecía algún alumno díscolo con sus compañeros o con los propios maestros.

MIS MAESTROS DEL CICLO PROFESIONAL

Las clases de los tres años del ciclo profesional fueron ya más directamente enfocadas a la formación docente, inculcando en los futuros profesores el amor por la profesión magisterial y la necesidad de ejercerla de la mejor manera posible, poniendo en alto el nombre de la Escuela que los formó. Desde el primer año del ciclo se empezaba a llevar al grupo a observar las

clases que se impartían en la escuela primaria, anexa a la Normal, para ver la forma en que el maestro del grupo trabajaba y a la vez para que fueran familiarizándose con los niños.

Excelentes maestros les impartieron cátedras que, a través de sus enseñanzas dejaron una huella imborrable y un ejemplo a seguir. Cómo olvidar, dice Metrios, las clases de Lógica y de Problemas Económicos, Políticos y Sociales de México que impartía, de manera sencilla, amena e instructiva el Maestro José Santos Valdés. Hombre que con su sola presencia educaba: puntual, aseado, sencillo en el vestir, muy preparado, respetuoso, comprensivo y con un oportuno sentido del humor que contagiaba a sus alumnos a los que conducía a investigar, reflexionar, analizar, exponer en clase y concluir sobre diversos fenómenos que se presentan en la naturaleza y en la sociedad, para concebirlos desde un punto de vista científico y entender las causas que los motivan y las consecuencias que éstos ocasionan. En esta asignatura, en su calidad de educador, escritor y periodista introducía a sus alumnos al estudio del amplio panorama de la problemática del país: la tenencia de la tierra, el agua, el petróleo, la pesca, los ferrocarriles, las comunicaciones, la población, los grupos étnicos, la educación, el analfabetismo, los partidos políticos, etc.

Su elevado sentido de responsabilidad y sencillo humorismo se manifestaba en todo momento. Hubo ocasiones en que la planta que generaba el alumbrado eléctrico de lunes a sábado, a partir de las cinco a las siete horas, se descomponía; a las seis de la mañana, hora en que el Maestro Valdés tenía sus clases en el grupo donde estaba Metrios,

llegaba puntualmente con dos quinqués o lámparas de petróleo con sus respectivas bombillas de vidrio, para alumbrar el aula. La exigencia en el cumplimiento de su deber era ejemplo a seguir por sus alumnos y por quienes laboraban bajo su dirección. En una ocasión en que sufría un ligero resfriado, causado por el clima propio de las frías mañanas invernales, congestionado y con cierta dificultad para hablar, sonriente inició su clase con esta frase: "traigo un catarro marca Silvio", en referencia a un alumno del grupo que padecía un catarro crónico y una moquera permanente. Nunca caía en la rutina, al iniciar sus clases, siempre despertaba el interés de sus alumnos con algo inesperado. En una de sus clases de Lógica, con su hermosa letra palmer y con grandes rasgos, escribió en el pizarrón: "Rosa María, la monja de los cabellos rubios y la mirada clara, soñó que era la reina de mil esclavos nubios, de los que cruzan el desierto del Sahara." Para hacer un ejercicio de conceptualización gramatical, dirigiéndose a Metrios le pidió que fuera conceptualizando cada palabra de las ahí escritas, quien muy seguro afirmó:

--Rosa María... (nombres propios de mujer, se escriben con mayúscula, género femenino, etc.) --la... (contracción de los artículos (al y del), --monja... (nombre común), etc. etc.; pero cuando llegó a la palabra, "nubios" no supo qué contestar. --¿Por qué crees que el poeta escribió --nubios?, pregunta el Maestro, la respuesta del ignorante alumno, --pues... sería para que rime con rubios...--"; Qué barbaridad, hijito ponte a estudiar !"

En sus clases y en sus pláticas con la comunidad escolar hacía conciencia sobre la responsabilidad de la Escuela en la

formación de profesores competentes; especialmente en sus clases de Lógica, insistía en que educar es una tarea de filósofos, por lo que el profesor debe ser un filósofo, planteándose el qué, el cómo y el para qué va a enseñar a sus alumnos y no proceder de una manera improvisada, sino de una forma bien planeada conforme a las normas que dicta la técnica de la enseñanza; afirmaba que nadie puede enseñar lo que no sabe y que el ejemplo educa más que las palabras. Que los profesores egresados de una Normal Rural tenían el compromiso de ir a laborar al medio campesino, al medio de sus hermanos de clase, es decir, a donde la Patria los necesitara.

Un detalle chusco que recuerda Metrios, es que en una clase de demostración respecto al "Método Natural" "(método de enseñanza global para llegar a la lecto-escritura, partiendo de la oración o frase que lleva a las sílabas, enseguida a las letras para concluir en los sonidos)", que realizaba uno de los catedráticos de Técnica de la Enseñanza, en un grupo de primero de primaria, preguntó a los niños: --¿qué hace la gallina cuando pone un huevo? Todos los chiquillos fijaban su vista en el maestro, mas ninguno se atrevía a contestar; por lo que el profesor dirigiéndose a uno de los niños más inquietos del salón, le dice: --Orenday tú si sabes, --¿Qué hace la gallina cuando pone un huevo? - --"Se le abre el culito", fue la respuesta del ingenuo niño. Los alumnos observadores, que estaban parados en derredor del aula, cerca de la pared, contuvieron una escondida sonrisa; el catedrático ligeramente sonrosado rápido advirtió: --No Orenday, la gallina sale de su nido cacareando y aleteando. Como siempre, de regreso al aula de la Normal, se hacía la evaluación de la clase del catedrático o del

alumno practicante, resaltando los aciertos y los errores. Respecto al incidente sucedido en la clase, el maestro explicó al grupo, cómo una pregunta mal hecha ocasiona una respuesta equivocada o hasta un disparate como lo que sucedió en su clase.

LOS CONCURSOS

La formación de los futuros profesores se iba modelando de manera integral desde su ingreso a la Normal; pues todas las actividades que se realizaban en el internado propiciaban la adquisición de conocimientos, hábitos, actitudes y habilidades.

En el Plan Anual de Trabajo Escolar, se contemplaba la realización de diversos concursos durante todo el año en donde participaban de manera obligatoria, todos los alumnos, desde los de primero de complementario hasta los de tercero de profesional. Había concursos de: escritura, lectura de rapidez, de calidad, de comprensión; de ortografía, oratoria, declamación, de puntualidad, de higiene, de composición en verso y en prosa, de canto del Himno Nacional, así como de encuentros deportivos y de festivales escolares.

La Dirección de la Escuela programaba interesantes conferencias de carácter histórico, educativo, político, filosófico o de temas de actualidad que, catedráticos y/o personas ajenas a la institución dictaban.

Una característica muy propia o distintiva de los profesores egresados de la Escuela

Normal Rural de San Marcos, era su letra palmer o muscular, su ortografía, su habilidad para dirigir el Canto Patrio y para hablar en público. Metrios participó con éxito en varios de estos concursos.

Los Planes de Estudio, tanto del Ciclo Secundario como el de Profesional contenían una serie de asignaturas cuyo objetivo era conformar el perfil más completo científico, pedagógico y socialmente posible, de los futuros profesores que irían a la campaña mexicana a llevar la luz del alfabeto, orientar y ayudar a los campesinos en la resolución de los problemas más sentidos de la comunidad.

PRÁCTICAS PEDAGÓGICAS INTENSIVAS

En tercero de profesional había dos períodos de prácticas pedagógicas intensivas, en donde cada alumno tenía que trabajar en forma individual en un grupo, desplazándose por espacio de dos semanas a las comunidades circunvecinas de la zona de influencia de la Normal y, radicar en ellas, para poner en práctica los conocimientos recibidos en las aulas, así como para conocer y experimentar en la realidad lo que era la vida y el trabajo de los profesores, tanto urbanos como rurales. Metrios practicó durante esas jornadas docentes en la Escuela Primaria urbana “Adolfo Ruiz Cortines”, de Rincón de Romos, Ags. con un grupo mixto de cuarto año, cuyo maestro responsable del mismo era el Profr. Téllez y, en la Escuela Primaria, Rural Federal “Héroes de

Chapultepec” de la comunidad del Puerto de Juan Alberto del municipio de Noria de Ángeles, Zac.; a donde fue a abrir la escuela pues no había profesor en ésta; atendió a niños de primero a cuarto grado. En aquellos años el horario de clases era discontinuo (de 9 a 12 y de 15 a 17 horas).

FIESTA DE GRADUACIÓN Y CLAUSURA DE CURSOS.

Como cada año, el festejo de graduación y clausura de cursos, se realizó de manera muy sencilla en el patio central de la Escuela, pues lo que es el actual teatro “Belisario Domínguez”, era el taller de carpintería. Tal acto se efectuó el 24 de junio, de 1955, año en que entró en vigor el calendario escolar de tipo “B”, para iniciar las clases en el mes de septiembre y no febrero como lo estipulaba el calendario de tipo “A”. En el programa especial de graduación participaron compañeras de la generación 1950/1955 de la Escuela Normal Rural de Cañada Honda, Ags., con quienes se tenía relaciones de amistad y reuniones de intercambio pedagógico. A cada uno de los que se graduaron se entregó su correspondiente carta de pasante y su biblioteca personal, un lote de cuatro libros básicos como bagaje profesional. No había anillos ni misas de graduación, como tampoco la costumbre de vestir traje en la ceremonia.

El programa también contemplaba la entrega de libros y/o reconocimientos a los ganadores en los concursos de oratoria, ortografía, lectura, y escritura; así como a quienes

conservaron conducta intachable durante todo el año escolar.

El padrino de esta Generación fue el Maestro Enrique Olivares Santana, destacado exalumno de la propia Normal y a la sazón Secretario General de la Sección I del SNTE., en el Estado de Aguascalientes.

A Metrios y a Toño los acompañó como padrinos de generación, los profesores José Villa Moreno y J. Guadalupe Rodríguez Moreno, respectivamente, catedráticos de la Escuela, acompañando a los hermanos, su padre el señor Pedro Rodríguez Rubio.

En otras generaciones los bailes de graduación se realizaban en dos largos dormitorios (galeras grandes) que se adaptaban como pistas de baile, acomodando las camas en otros lugares. Dormitorios que



eran decorados con sencillos arreglos. En los bailes generalmente actuaban las orquestas, ya fueran: la Valle de Santiago, Gto., la Cruz Blanca de San Fco. del Rincón, Gto, la Swin Club de San Luis Potosí o la de Villa González, Zac.; cuyo pago se cubría con las aportaciones de todos y cada uno de los alumnos, con los descuentos que mes a mes se les hacía de su PRE. Bailes que siempre estaban vigilados por catedráticos de la Escuela.

PREPARACION DE LA TESIS PROFESIONAL

El Director de la Escuela, Maestro José Santos Valdés, tuvo el acierto de que todos los alumnos que culminaran sus estudios profesionales con el plan de estudios de seis años se titularan antes de ir a ejercer su labor docente, para ello gestionó ante la Dirección General de Enseñanza Normal que las becas de estos alumnos continuaran durante los dos meses de vacaciones de fin de curso, permaneciendo en la escuela ese tiempo para elaborar su Tesis Profesional, previa asesoría de uno de sus catedráticos. Con esta favorable gestión todos los alumnos egresados de 1948 a 1955 presentaron su Examen Profesional.

El asesor de la Tesis de Metrios (La Labor Social del Maestro en la Comunidad), fue el culto y estimado maestro José Villa Moreno. En esas vacaciones Genaro Andrade, Toño y Metrios vivieron en la casa del maestro de talabartería Secundino Martínez Arzola, quien salió a vacacionar al estado de Durango; en privado podían trabajar en su cometido sin que nadie los interrumpiera.

Como el comedor de la Escuela permanecía cerrado durante este período vacacional, la alimentación la tomaba todo el grupo, con el costo de su propia beca, en la casa del señor Manuel de Lira, cuya esposa, la amable señora Sofía Orenday, era una excelente cocinara y finísima persona. Casa que estaba dentro del perímetro del internado y en la que los compañeros de la generación que egresaba eran tratados como hijos de familia.

Revisada y aceptada la Tesis debía escribirse en máquina y entregarse a la Dirección de la Escuela quien nombraba el Jurado necesario para el Examen Recepcional.

El nombre de la Tesis que elaboró Metrios, "La Labor Social de la Escuela en la Comunidad", se inspiró en las enseñanzas y consejos de sus maestros al insistir en sus alumnos sobre el papel trascendente que el maestro juega en las comunidades rurales a donde se le asigne su comisión; además se basó en la labor de carácter social que realizó durante su breve estancia (dos semanas) en la comunidad de Puerto de Juan Alberto, del municipio de Noria de Ángeles, Zac.; en su reciente práctica pedagógica intensiva, lugar en donde levantó un censo de población, un censo escolar, visitó la casa de cada uno sus alumnos, promovió la limpieza de la escuela que tenía algún tiempo sin maestro y con los propios alumnos realizó la limpieza pública.

Hizo amistad con algunos vecinos del lugar y asistió a una asamblea de carácter ejidal a donde fue invitado por los campesinos. Para la culminación de sus prácticas pedagógicas intensivas organizó y realizó con los niños de su escuela un atractivo festival al que concurrió toda la comunidad. También se dio

cuenta de los problemas más sentidos que tenía el poblado, pero no pudo participar en su solución, acompañando a los vecinos, por el poco tiempo que permaneció en ese lugar.

La lectura de libros sobre el tema de su elección fue indispensable. Un trabajo sencillo como el de todos sus compañeros de grupo; escrito a máquina, con pastas de cartulina impresas en la imprenta de la propia Normal.

EXAMEN RECEPCIONAL

El 15 de septiembre de 1955 Metrios presentó exitosamente su Examen Recepcional. El Jurado estuvo integrado por los catedráticos José Villa Moreno, Javier Borja Vargas y el Profesor Ezequiel Madrigal Moreno, Director de la Escuela Primaria Federal "Jaime Torres Bodet", de Loreto, Zac., donde el sustentante, realizó prácticas pedagógicas ordinarias. Metrios fue aprobado por unanimidad, tomándosele la protesta de rigor. Después de este acto el joven tuvo sentimientos encontrados: una gran emoción invadía su cuerpo, ya estaba facultado para ejercer su profesión pero la nostalgia de tantos recuerdos gratos invadía su pensamiento. Nostalgia y desasosiego al sentir que a partir de este significativo acto, ya no escucharía los sabios consejos de sus maestros, ya no sería alumno, ya no gozaría de su beca; extrañaría la experiencia de convivir en la comunidad escolar, de aquella convivencia fraterna en donde por tantos años abrigó sus sueños y sus esperanzas; de los momentos felices de su estancia en el internado y, por otra parte la

incertidumbre de su futuro inmediato...

Por largos seis años y ocho meses, que les parecieron cortos, Metrios y su hermano Toño convivieron con cientos de compañeros, muchos de fraternal afecto, en aquel templo del saber en donde abrevaron los conocimientos, hábitos, habilidades y actitudes que les permitieron no sólo desempeñarse responsable y exitosamente en su profesión sino también, para resolver múltiples problemas que se les presentaron en su vida.

Con paciencia y decisión a esperar las órdenes de trabajo... ¿En donde? ¡El futuro lo depararía!

MEMORIAS DE UN MAESTRO NORMALISTA RURAL

Tan pronto me gradué solicité trabajo a tres estados de la República: Guanajuato, Durango y Jalisco. Como Jalisco y Guanajuato trabajaban con Calendario tipo "A", me contestaron que solamente hasta en julio, cuando sabrían cuántas plazas quedarían vacantes.

El día 27 de septiembre de 1955, estando en mi terruño, recibí un telegrama urgente del Estado de Dgo., de la Dirección de Educación Federal; se me pedía que me presentara lo más pronto posible a la ciudad de Durango para recibir mis órdenes y poder trabajar como profesor; de inmediato abordé el autobús que salía más pronto, llegando a la ciudad Aguascalientes a las nueve de la noche, el camión, un Ómnibus de México, salía para Durango a las 11:00 am, el asiento era cómodo, invitaba a dormir, pero mi estado de ánimo era contradictorio: despedirme de mis padres, de mis hermanos menores, de mi pueblo, sin volvería a verlos, cargado de incertidumbre a lo desconocido, no dormí en toda la noche. El Ómnibus llegó a la ciudad antes mencionada a las 5:00 de la mañana del siguiente día a la terminal, que estaba instalada en la plazuela Vaca Ortiz; todavía esperé ahí hasta que amaneció para poder localizar el domicilio donde estaba la oficina de Educación Federal.

Me presenté y mostré el telegrama que llevaba en mi mano; me recibió cortésmente el Director de Educación, el profesor Luis G. Medellín Niño, quien sonriente me preguntó:

- ¿de dónde vienes muchacho?, ¿en qué normal estudiaste?,

- En la Normal de San Marcos Zac.

- De esa gente quiero, de la de Santos Valdés.

El maestro Medellín G, Niño, trabajó en Misiones Culturales y bien sabía de la calidad y trabajo de su amigo Santos Valdés.

El secretario del director era de La Piedad, Mich., me preguntó que, si en este mi pueblo conocía a su tío Lucio Flores y a la maestra Chabelita Flores, le dije que sí y se alegró.

Me entregaron un oficio para que me fuera a presentar a trabajar a Tayoltita, Dgo., pero que antes tenía que ir a los Servicios Coordinados de Salud, para que me hicieran la filiación. Ese día me tocó la suerte de encontrarme con mi querido compañero, de mi generación, duranguense, Genaro Andrade Herrera, quien me preguntó cuándo había

llegado, si ya había ido a la Dirección, si ya me habían entregado mis órdenes de trabajo, a dónde. A todas sus preguntas di respuestas: A Tayoltita, Dgo., y me dijo:

- No supiste lo que hiciste; hay que ir hasta Mazatlán, son 12 horas las que hace el camión sobre el espinazo del diablo, en una carretera angosta y sin pavimentar. De Mazatlán hay que ir en una avioneta, que solamente vuela 2 veces a la semana.

- ¡Rájate como los meros machos!, que al cabo hay muchos.

En las Dependencias oficiales se trabajaba de manera discontinua, empezando a las nueve de la mañana hasta las dos de la tarde en el turno matutino, en el vespertino, se trabajaba de las cuatro a las seis.

El maestro Medellín se retiró de su oficina poco antes de las dos de la tarde, momento que aproveché para platicar con el maestro Jesús Flores, le comenté que solamente traía dinero para llegar a Mazatlán; me dijo que no me preocupara, que volviera al día siguiente y que de alguna manera se arreglaría mi problema. También le comenté que iba a llegar un hermano mío que se llamaba Antonio, que andaba representando a la Normal de San Marcos, concursando en oratoria en las Jornadas Culturales y Deportivas que se realizaban en ese año, en Hecelchakán, Campeche; que ojalá pudieran mandarlo también al lugar que me asignaran a mí. Me pidió que cuando fuera a mi pueblo, les saludara a sus tíos Lucio y Chabelita.

Mi amigo Genaro y yo regresamos a la Dirección de Educación a las cuatro de la tarde y le dije al maestro Luis la problemática que me había comentado

mi compañero de generación, me respondió:

- ya te di tus órdenes,

(volteando a ver al profesor Jesús y recalcó)

- ven mañana. El maestro Jesús me hizo una señal positiva.

Al día siguiente que regresé, ya me tenían las órdenes de trabajo como maestro de grupo, comisionado como director de la Escuela Primaria Rural Federal "Ponciano Arriaga" de Cieneguilla, Villa Unión, Dgo.

-Allí te va a ir muy bien, muchacho, me dijo el director, al entregarme mis órdenes.

- Allí matan y entierran.

- Maestro un tanto nervioso, le conté en mi tierra también son muy matones y nunca me han matado ni enterrado; frunció la ceja y se sonrió.

Le dije:

- Maestro, si yo nunca he sido profesor cómo voy a ser director, deme un folleto para dirigir mejor una escuela;

- "El mejor libro es el trabajo, a trabajar muchacho".

-Pasa con el maestro Jesús.

Éste me indicó que primero viera al inspector de la novena zona escolar, el profesor Agustín González Figueroa. Quien vivía en la calle 5 de febrero número 302, allá fui, me recibió muy amable. El maestro Agustín, me dijo que lo esperara un poquito para que saliera del baño, porque quería platicar

conmigo detenidamente; nos fuimos, a invitación de él, a comer al restaurant Shangháí ahí pidió pescado blanco para ambos y una cerveza, cruz blanca, para cada uno; yo nunca había tomado cerveza y me la estuve tomando y haciendo gestos. Él me previno que me cuidara mucho de dos tipos de la comunidad de Cieneguilla (Pablo Rueda Ríos y Luis Fiscal), porque eran personas de peligro, y me señaló que cuanta maestra iba a trabajar ahí, se metían con ella o la violaban.

Durante dos noches me quedé a dormir en la casa de los papás de la Mtra. Ma. Guadalupe Valdez, a petición de mi amigo Genaro, cuyos padres vivían en Durango; su papá, Cecilio Valdez, trabajaba en la escuela internado de primera enseñanza "Juana Villalobos", para niños de primaria, en la ciudad Capital.

Al siguiente día, domingo, por la mañana salí para Villa Unión. Mi compañero de viaje era un veliz mediano de piel que yo hice "con mis propias manos" en la talabartería de mi Normal, con dos cambios de ropa, y los libros que me habían entregado cuando me gradué.

En Villa Unión estaba una troca de redilas que era la que transportaba las gentes que iban al mandado. Me presenté con ellas y les dije que yo era el nuevo maestro de la comunidad.

La troca de redilas en que viajábamos, salió rumbo al norte; empecé a trabar amistad con un señor de Cieneguilla llamado J. Jesús Carriola. La troca salió de Villa Unión por una polvorienta brecha, entre una hilera de mezquites y nopales; antes de llegar a la comunidad subió una ligera loma a la que llamaban el cerrito de la Cruz, y empezó a bajar a

la comunidad compuesta por una sola calle ancha y arenosa, en donde desembocaban varios callejones.

Mi amigo, Jesús Carriola, llegando al lugar me llevó a presentarme con el Presidente del Comisariado Ejidal, su cuñado, señor J. Ascensión Freire; enseguida me llevó con el Delegado Municipal, y ambas autoridades me contactaron con el Presidente de la Sociedad de Padres de Familia de la Escuela, el señor Eulogio Serrato, quien me recibió amablemente y me entregó un llavero con las llaves de entrada de la puerta principal, que daba a la ancha y arenosa calle; puerta hecha de barrotes de madera verticales a la que se le ponía una cadena y un candado; también en ese llavero venían las llaves de la casa del profesor y las llaves de cada uno de los candados de las aulas. Me indicó en donde podía tomar los alimentos, en la casa cercana a la escuela de un ejidatario llamado don Jesús Fiscal, y su esposa doña Marianita Saucedo, era quien nos servía los alimentos a los tres profesores recientemente llegados a la comunidad.

En una ocasión al final del almuerzo, la señora me preguntó si me gustaba el "macho canelo",

- yo le contesté que no.

Al final del almuerzo le pedí que por favor me prestara un plato hondo, leche y calabaza cocida, y con una cuchara y empecé a preparar mi "mingorote" sorprendida ella me dijo:

- ¿no que no le gustaba el macho canelo?

Yo le contesté:

- ¿esto se llama así?,

y me dijo: -sí.

En mi tierra se llama mingorote y en otras partes "taninole" o "manacate" en Michoacán.

La escuela "Ponciano Arriaga" tenía una serie de arcos sostenidos por columnas de ladrillo, lo que me hizo recordar inmediatamente a mi querida escuela de San Marcos, Zac.; eso me alegró mucho. También tenía un amplio patio encementado al centro, donde se rendían honores a nuestro lábaro patrio y un monumento a nuestra bandera con su respectiva asta bandera. En ese patio diariamente se formaban los alumnos para revisarles el aseo de sus manos, y para saber qué grupos eran acreedores a los banderines de asistencia y puntualidad.

Habían transcurrido pocas semanas de mi llegada a la comunidad y ya sentía mi ánimo confortado; ya me nutría con el desinteresado y filial afecto que brotaba de la sonrisa infantil de mis alumnos, con el gesto agradecido y tímido de las madres de familia, con la atrevida y dulce mirada de las muchachas maquilladas por el sol..., con el fuerte y franco saludo de las toscas y tostadas manos de los campesinos duranguenses... Aquí, se quería a los profesores, se les respetaba, se les admiraba.

La casa del maestro estaba dentro de la zona perimetral de la escuela. En esta casa mi hermano y yo dormimos durante 8 meses en una mesa cortada de las patas, que servía de cama, sobre una colchoneta en vez de colchón y un mesa banco que servía como mesa para preparar nuestras clases.

Cuando empezamos, a trabajar mi hermano Antonio y yo nos pusimos de

acuerdo para enviar a nuestros padres la mitad de nuestros sueldos y con la otra mitad pagábamos nuestra alimentación y cubríamos los gastos necesarios.

Ya estando los 6 compañeros presentes, que formábamos la planta docente, nos reunimos y elaboramos un Plan de Trabajo, en el cual se contemplaban actividades inter escolares, así como actividades extraescolares a realizar. Comenzamos a trabajar conforme al plan elaborado, siguiendo todo lo que en él estaba previsto dándole preferencia al trabajo académico.



ESCUELA PRIMARIA "PONCIANO ARRIAGA"



DE IZQUIERDA A DERECHA DIRECTOR Y PERSONAL



A MI IZQUIERDA MI AMIGO JESÚS CARRIOLA

CENTROS DE COOPERACIÓN PEDAGÓGICA

Los Centros de Cooperación Pedagógica se llevaban a cabo tres días antes de las vacaciones de diciembre y tres días antes de las vacaciones de Semana Santa.

El equipo estaba conformado por técnicos de la S.E.P., el maestro Salvador Hermoso Nájera era quien dirigía este equipo formado por De izquierda a derecha director y personal A mi izquierda mi amigo Jesús Carriola los maestros de danza, Antonio Lerma, Joaquín Velázquez y el maestro de música, Agustín Limón. Quienes nos enseñaban bailables, coros, cantos escolares y canciones; a veces, este equipo era reforzado por el maestro Basurto, intelectual especialista en matemáticas; también hubo ocasiones en que participó el maestro Manuel M. Serna.

Los Centros de Cooperación se realizaban en las escuelas de las distintas localidades de la zona escolar conformada por cuatro municipios: Nombre de Dios, cabecera de la novena zona escolar, Súchil, Vicente Guerrero y Poanas, cuya cabecera municipal era el pueblo de Villa Unión.

A pesar de ser tan grande la zona no éramos más de 100 maestros con un espíritu social y de servicio a toda prueba; la mayor parte de ellos estudiaban en el Instituto de Capacitación del Magisterio; titulados habíamos no más de 5 ó 6.

Siempre participé en estos Centros con

dramatizaciones del maestro José Villa Moreno: El Maestro de México, Tierra y Libertad, El conejito blanco, etc.; también llevándoles la novedad de los concursos de asistencia y puntualidad, explicándoles a los compañeros los resultados que habíamos obtenido en nuestra escuela primaria de Cieneguilla. Lo que aprendíamos en los Centros de Cooperación Pedagógica era material fresco para llevar a nuestras escuelas y ponerlo en práctica.

A los centros de cooperación pedagógica asistía un ingeniero, ya grande que trabajaba en la Secretaría de Agricultura del Estado, el ingeniero Gamaliel y siempre nos decía: Maestros planten árboles Escolta De Centro de Cooperación. Maestros en Centro de Cooperación. frutales, no maderables; los árboles frutales nos ofrecen belleza, sombra, frutos con la gran ventaja de que absorben el bióxido de carbono que pulula en la atmósfera, al igual que los maderables.

Había otros eventos importantes, como los Centros Magnos de Cooperación Pedagógica, que reunían a los profesores de tres o cuatro zonas escolares en la ciudad de Durango y nos impartían las clases para concluir con un festival donde participábamos cien o más parejas, en una de las más amplias avenidas de la ciudad. Se suspendía el tránsito mientras duraba el festival.

ACTIVIDADES EXTRAESCOLARES:

La actitud de los maestros frente a la comunidad fue de respeto. Yo como director de la escuela adopté la actitud de saludar a todo mundo, mostrarles una sonrisa de amistad. Me respondían de la misma manera.

Asistencia a reuniones con ejidatarios. En mi calidad de director de la escuela me invitaban los campesinos a acompañarlos en sus reuniones y a realizar los trámites para las necesidades más sentidas de la comunidad. Esta, comunidad eminentemente agrícola cultivaba trigo, se regaba con el agua de pozos profundos. Esto me dio margen para que mis alumnos de 5° y 6° aprendieran la fórmula del anillo del círculo, para resolver qué cantidad de metros cúbicos que se necesitaban para rellenar de arena el pozo, en torno al tubo de fierro ranurado.

Los ejidatarios debían pagar al gobierno del Estado la cantidad de \$20. 00 por tonelada cosechada; pero el gobierno dispuso que ahora se pagara \$40. 00 . Esta arbitrariedad hizo que realizáramos un minucioso estudio, desde cultivar la tierra, riego de las plantas, hasta su cosecha. Por escrito presentamos este estudio al señor gobernador del Estado Lic. Francisco González de la Vega; quien se negó rotundamente a llegar a un acuerdo.

Al tomar yo la palabra me preguntó:

- ¿quién es usted?

-Soy El profesor de la comunidad.

- Su trabajo es estar con los niños y no andar alborotando a la gente.

El periódico el Sol de Durango se negó a publicar el escrito, no obstante que ya nos había dicho que nos costaría \$500. 00 su publicación. Me quejé, a través de una carta, con el maestro José Santos Valdés, quien me contestó que era lo menos que nos podía pasar a los maestros; que le enviara el escrito y que, él lo publicaría en distintos periódicos. El título de tal escrito fue: "Cieneguilla, espejo de México". El artículo que escribió el maestro entrecomillaba párrafos del escrito que nosotros habíamos elaborado y enseguida hacía un comentario, después citaba entre comillas otro párrafo y hacía el comentario correspondiente. De esta forma publicó el artículo de referencia, que entregué al líder de los campesinos, aunque no hubo ninguna respuesta positiva del gobierno.

Decían los ejidatarios en forma de burla, que la carne de ingeniero estaba más barata que la de burro, porque en el Banco Ejidal, que le decían "bandidal", porque comentaban que todos los que ahí trabajaban decían que eran ingenieros, pero "cómo robaban".

Actitud frente a bailes en la escuela. Cuando el presidente del comité de fiestas patrias me avisó que realizaría un baile en la escuela para recabar fondos, me negué y de inmediato le avisé al señor inspector de la zona, quien me dijo que los dejara porque era una costumbre añeja. Ellos que se encarguen de que haya orden y de que no se vendan bebidas embriagantes. Rentaban el tocadiscos de Don Miguel Mercado.

Yo le sugería a Manuel, presidente del Comité de fiestas Patrias, que era más decente poner distintivos a los varones, y él me contestó que no era costeable porque se cobraba \$1^{oo} a cada caballero que bailaba, una tanda; los que traían \$2^{oo} bailaban 2 tandas, y el que traía \$20^{oo} podía bailar hasta que se acabara el baile.

Mañanitas a las madres en su día, frente a sus hogares. Para tal fin la noche anterior las niñas se quedaban en los salones con su respectiva maestra, igual sucedía con los niños, para levantarse temprano e ir a cantarles las mañanitas a las madres en sus domicilios.

El día 10 de mayo de 1956 sucedió un trágico acontecimiento para la comunidad; aún no empezaba el festival dedicado al día de las madres cuando entraron dos borrachitos a la escuela, llevaban estirando un caballo. Empezaba a tocar el único tocadiscos que había en el pueblo, del señor Miguel Mercado, para que las madres acudieran al festejo.

Habíamos preparado cerca de 1000 tamales y café suficiente para darles a todas las mamás en su día, teníamos una gran cantidad de regalos para para rifar entre ellas cuando, al salir los borrachitos a la calle, estirando su caballo, se escucharon balazos cerca de la escuela, los niños corrieron rápido a la calle para conocer lo que ocurría, yo y otros maestros salimos corriendo a meter a los niños para el patio de la escuela por el peligro que implicaba la balacera. Se acabó el festival con este lamentable acontecimiento y nos dimos cuenta de que en el hogar que estaba frente a la escuela, habían matado a balazos a un joven llamado Constantino Nava, y herido a su abuelita en la cabeza, entre pelo y piel y también estaba herida de una mano una

hermana del muerto que vivía cerca de la casa de doña Pepa, ambos eran nietos suyos.

De rato supimos que en la subida del cerrito de la Cruz estaba muerto el padre de Constantino. También se supo que uno de los borrachitos iba herido de un cachete, por una bala de un rifle calibre 22, según dijeron Constantino disparó primero.

Pronto llegó la troca de redilas rojas con la defensa rural para recoger al muerto, también acompañaban al dueño de la troca, don Raymundo Fernández, el juez del lugar, señor Felipe Lavalle, quien me pidió que lo acompañara para levantar las actas correspondientes. Estos actos de barbarie me hicieron recordar las regiones del cuerpo humano para poder precisar dónde entraron y salieron las balas. Por la noche todo mundo o toda la comunidad guardó silencio. Noche lóbrega.

En Cieneguilla a pesar de tener 1200 habitantes solo había 1 policía, el señor Felipe Dosal.

A los 3 meses de que ocurrieron los sucesos del 10 de mayo, recibí un citatorio de un licenciado de la capital del Estado; me presenté en el domicilio, me pasó con mucha atención a su casa. Platicamos sobre diversos temas, inclusive de religión; me dijo que él era el defensor de los hermanos Ibarra, me pedía de favor, que cambiara mi declaración que le entregué al juez de Cieneguilla; que dijera que yo había visto que quien disparó primero fue Constantino y, me llevó a la cárcel donde estaban presos los hermanos, quienes eran los autores del zafarrancho conocido. Delante de ellos, me insistió el licenciado en la misma petición; ellos me dijeron que si no

hacía yo una nueva declaración como lo señalaba su defensor, que tarde o temprano saldrían en libertad y que no sabrían lo que pudiera suceder. Esto lo tomé como una amenaza, y fue una de las razones por las que solicité el cambio de adscripción a otra comunidad.

Después de lo acontecido el 10 de mayo de 1956, Don Juanito Cisneros Galván, esposo de la señora Mariquita me pidió que nos fuéramos a dormir a su casa; que tenían un cuarto disponible para nosotros, por el peligro que implicaba estar solos en la casa del maestro.

IMPREVISTOS:

VISITA DEL INSPECTOR.

En una ocasión nos visitó el inspector de la novena zona escolar, Mtro. Agustín González Figueroa. Me pidió que le mostrara parte del archivo de la escuela, a la vez que, también me solicitó que le prestara por un rato mi grupo para ver cómo andaba; cuando terminó, antes de retirarse, me dijo que era la primera y última vez que venía, porque aquí todo está bien y de nada servía venir a llevarse la tierra, el polvo de Cieneguilla.

CAMPAÑA CONTRA EL PALUDISMO.

El médico Salvador Luna, encargado de la campaña, llegó a la escuela y platicamos sobre esta campaña, me dejó unas pastillas llamadas "Palomex" para en caso de que algún alumno u otra persona presentara los síntomas

característicos de la enfermedad, las consumieran y podían repetir la dosis de una pastilla diaria durante tres días en caso de seguir presentando malestares.

CAMPAÑA ALFABETIZADORA.

A finales del mes de octubre del año de 1955, se presentó un señor comisionado en la campaña contra el analfabetismo para solicitar que levantáramos un censo de analfabetos. Logramos registrar a 40, de los cuales solamente se inscribieron 23. En la semana siguiente, el comisionado, nos trajo las correspondientes cartillas. Personalmente se le entregó a cada uno su cartilla de alfabetización; los atendí durante media hora a partir de las 8 de la noche los lunes, miércoles y viernes; pero no todos mostraron interés por aprender, no siempre se presentaban todos los inscritos, algunos empezaron a desertar o se iban de braceros. Solamente uno aprendió a leer y escribir, (Genaro Martínez Cisneros). Resulté muy mal alfabetizador.

IMPLEMENTO DE PROGRAMA.

La Secretaría de Agricultura y Ganadería del Estado de Durango implementó un programa para que se llevaran a efecto una serie de actividades en las escuelas primarias del Estado; a Cieneguilla llegaron un ingeniero y un técnico para que se construyeran gallineros y conejeros; estos personajes venían constantemente a revisar el trabajo. Se hizo el local para el gallinero, pero; ni gallinas ni conejos trajeron.

CORTE DE PELO.

Con cierta frecuencia me cortaba el pelo don Francisco Arrollo, hombre maduro, alto, blanco, soltero, carismático, con semblante franciscano... Siempre, siempre cordialmente, contestaba a mi saludo de cada medio día, cuando, de mi jornada matutina de trabajo escolar regresaba a mi hogar, mientras el "charqueaba" el agua del turbio hilito que bajaba escondiéndose entre las piedras del río o abrazaba la pastura que introducía a su hogar.

Vivía solo en su casita blanca enjarrada de lodo y de empedrado rústico. Al entrar había una vieja y quejumbrosa puerta de mezquite que franqueaba el paso a toda gente de buena voluntad. Casita humilde..., limpia como el agua cristalina que bajaba del "ojito" después de las lluvias de julio. Lucía un fresco y adornado patio con coquetas trenzas de vid y vetustas macetas, colmadas de flores multicolores, en donde, en periodos cronométricos, desgranábanse los cantos que, a manera de lamentos o sonrisas cosquillosas lanzaban las palomas "torcazas" que, sueltas, deambulaban por el piso alfombrado de hojitas y pétalos de rosas olorosas a perfumes naturales y sabrosa humedad. Huerto invadido por el run-run de laboriosas abejitas que labraban rica miel, con la que don Francisco deleitaba los glotonos paladares de sobrinos, amigos conocidos y compadres que, en "fila india" no dejaba de llegar. En el patio, en un rincón jugueteaban los conejos, unos negros, otros blancos, como bolas de algodón.

Alambrado improvisado, en el mismo y único patio impedía a las gallinas ensuciar aquel vergel, las que instintivamente al cumplir con su deber, cacareaban su producto para

aprovecharnos de él. En ocasiones don Francisco me obsequiaba huevos y miel.

En otro espacio reducido, rumeaba una vaca joven que, amamantando a su retoño, reservaba amorosa la ración de rica leche para su bienhechor; quien mañana a mañana, con infinito afán conseguía el alimento para la gran familia de su pequeño hogar.

Alternaba esta doméstica vida, este singular personaje, cortando el pelo, en su propia casa a quienes solicitábamos este servicio. Sentado en una hechiza "silla de peluquero" que el mismo implementó, sentía yo el peine acariciándome el pelo y escuchando el monótono tric, tric, tric, de la máquina manual.

Y comentaba:

- ¿Cómo ha estado profesor?... ¿le gusta este rancho tan feo?... ¡yo a los profesores los quiero mucho!

Como le digo a mi comadre Mariquita, a Raulito mi ahijado y a mi compadre Juan Manuel Terrones, debemos de ayudar a los profesores porque ellos se friegan mucho y discúlpeme, el término, con esa bola de muchachos latosos. ¡Hay Dios mío!... mucho burros... mucho perjuiciosos, mucho cochinos; algunos hasta jambaos, que ni siquiera se bañan... y los pobres profesores hay aguantándolos... Y la gente tan fea que no sabe comprender el bien que nos están haciendo. Le digo esto... porque yo también fui profesor. No como usted, estudiado... pero si ya sé lo que se sufre con la gente macetona.

- ¿Se acuerda cuando el gobierno nos llamó y nos dijo que todo el que supiera leer y escribir, tenía que enseñar a uno que no supiera?

- pues ándele que yo les dije, déjenme a mi compadrito Enrique... ahí lo tengo a un lado y me agarra cerca..., pues ahí tiene, profesor, que nos dieron un libro que se llamaba "Cartilla de alfabetización". Aquí en el patio de la casa me traje a mi compadre Enrique, con su sombrero puesto, todo apestoso a sudor y con su cigarrote de hoja, que hasta me quería ahogar con su humo.

-Compadre, le dije, póngase muy listo para que pronto aprenda...

- ¡hey!

-Mire esta es la "A"... ¿la "Ve"?

- ¡hey!...

- Mire: esta es la "A", la "E", la "I", la "O", la "U" ...

- ¿Se fijó?

- ¡hey! (con una fuerte chupada a su cigarro, seguramente para aprender más pronto, formó una nube de humo que me impidió respirar).

- ¡Pero no fume!... porque me va a hacer que me basquié.

- A ver repita: A, E, I, O, U.

- ¡Ahg, Ehg, Ihg, Ohg, Uhg,

- Ni puede hablar tiene el gazzate lleno de su cochino humo!

- ¿Verdad que está fácil, compadrito?

- "Hey".

- Verá que ahora que aprenda a hacer una

- ¡Hey!

- Ahora dígame donde está la (GCU) de cocina? ...

Una lluvia de trocitos de pelo caía sobre la sábana que me cubría, mientras meditaba no sin antes sonreírme, por la gracia del narrador, de la ineficiencia de este raro método didáctico carta, hasta le van a dar ganas de buscarse una novia*...

- ¿Y mi comadre Silvestrita qué?

- Ahora fíjese: aquí está la "C" (GCU), de cocina; aquí está... "Q"(GCU) de queso; aquí está "K" (GCU) de kiosko. Por eso están aquí en el libro... fíjese aquí está la cocina, aquí está el queso y aquí está el kiosko...

- ¿se fijó?...

- ¡Hey!

- No se le olvide, tenemos tres (GCUS)... a ver aquí en el libro enséñeme donde está la cocina, donde está... el queso... donde está el kiosko?

- Con su dedote, señaló los dibujos de la cocina, del queso y del kiosko.

- ¡Muy bien!... - ¿verdad que está fácil?

- Aquí... y apuntó con su dedo todo mugroso.

- ¡No!, compadre... no sea tan menso esa es la (GCU) de queso... ¡tan grandote y tan cabezón...!

- Ya tiene la cabeza bien dura... ¡mejor váyase a cuidar a sus burras

Pensé para mis adentros... ¡excelente conversador, pero mal profesor!

-“Gracias don Francisco”.

- “De nada, profesor”

- ¿Cuándo regresa?

- Un día de éstos.

ESCUELA NORMAL RURAL “J. GUADALUPE AGUILERA” DE CANATLÁN, DGO.

Me inicié en el sistema de enseñanza Normal con las 8 horas con mi nombramiento de maestro de enseñanza agrícola. Impartí varias materias hasta completar 28 a la semana. También me asignaron la comisión de asesor del Comité de Jardines. En el parque Guadiana de la ciudad de Durango compré 10 costales grandes de un zacate llamado carpeta y 600 arbolitos para adornar los prados que estaban frente al edificio y en el interior de la escuela, formando setos. Le saqué a mi carro los asientos traseros para traer del vivero de la escuela arbolitos de tuyas, que medían menos de un metro de altura; las trasplantamos en torno al monumento de la bandera en forma circular.

Cuando ingresé a la escuela de Aguilera me tardaron 5 meses en cubrirme mis sueldos. Mi hermano Antonio que trabajaba en Súchil, autorizó para que en la tienda donde se vendían productos alimenticios a los maestros, yo sacara los alimentos necesarios cada 15 días. También mi padre me estuvo ayudando en ese tiempo.

En una de sus visitas de supervisión a esta escuela, el maestro José Santos Valdés me preguntó si ya no tenía clase, yo le contesté que ya había terminado mis clases que eran a temprana hora. Me invitó a que fuéramos a la Coyotada, en San Juan del Río, lugar en que nació mi general Francisco Villa. Emprendimos el viaje en su carro, cuando

llegamos a San Juan del Río, el río iba crecido y no pudo pasar su carro; el maestro y yo, por unas piedritas que pusieron a propósito en el agua pasamos el río, para ver una escuelita primaria federal, “Ramón Valdés”, recién pintada y con muchas plantas floridas en su alrededor, nos detuvimos a leer la placa que estaba en la entrada de la escuela. Yo le dije al maestro que hermosa escuela, impecable y él me contestó: sí, está impecable, nada más que no se le ha ocurrido limpiar las telarañas que están en una esquina de la placa. Fue una lección para mí por mi incapacidad para observar los más mínimos detalles de las cosas.

El maestro Valdés iba con cierta frecuencia a Aguilera a supervisar el trabajo que se realizaba en el plantel. En ocasiones, pedía al maestro de la escuela anexa que le prestara su grupo. Momento que yo aprovechaba para ver la forma en que trabajaba el Maestro.

Lo acompañábamos a caminar por un lado de la carretera que conduce a Canatlán, los profesores Ángel Nieto, Albino Mateos y yo. A veces le comentábamos también cosas de los alumnos o del director de la escuela y, nos contestaba: ya se les olvidó que fueron jóvenes a la vez, que nos decía que todos los jefes exigentes caen mal a sus subalternos.

La carretera tenía una curva cerca de la Normal, en una ocasión, una troca cargada de

manzanas de Canatlán se volcó; algunos alumnos salieron corriendo a donde estaba el accidente y en fundas de almohadas recogieron muchas manzanas.

Laboré hasta los días últimos de septiembre cuando el Maestro Valdés, Inspector General de Normales, me dijo de una permuta que la maestra, esposa del profesor Ramiro Vargas, quería hacer, de la Escuela Normal de Santa Teresa, a Aguilera.

Los maestros que laborábamos en estas instituciones éramos todólogos pues la SEP no enviaba a los maestros especialistas correspondientes.

En la Normal impartí Biología, Técnica de la Enseñanza, Lógica y Escritura.

ESCUELA NORMAL RURAL "RAFAEL RAMÍREZ", DE SANTA TERESA, COAH.

A finales del mes de septiembre de 1961 me cambié a trabajar a la Escuela Normal de Santa Teresa, Coah., El Director era el maestro Teodoro Aguilar Bermea, que había sido mi maestro en San Marcos, Zac., muy estricto.

Cuando llegué a trabajar a la normal de Santa Teresa, dejé a mi familia en la normal de Aguilera, por 15 días.

El hecho de encontrar compañeros conocidos me dio mucho gusto pues ya conocía al director, al Maestro Teodoro Aguilar Bermea, a Manuel Aranda Olvera, José de Jesús Montañez y Manuel Morín, los tres últimos



eran egresados de la normal de San Marcos; me sentí en familia. Por la tarde de ese día contemplé que a lo lejos se miraba cierta neblina, como humo, pero me dijo el “paisita” Aranda que era el polvito que se levantaba con cualquier vientecito que soplara.

La vegetación predominante en la escuela y cerca de ella era de pinabetes completamente forrados de polvo.

Al poco tiempo después de haber llegado a Santa Teresa, el maestro Aranda me invitó a trabajar en una secundaria, por cooperación “Miguel Alemán”, que funcionaba en Chávez, un municipio de Coahuila. Ahí, impartí Biología 2 o 3 semanas porque pensé que no me pagarían ni para la gasolina; además quería estar en la normal para preparar mis clases.

En el año de 1961, que se cumplían 25 años de la entrega de la tierra en La Laguna, tuve el privilegio de conocer al general Lázaro Cárdenas Del Río, que visitó esta comarca.

En Luchana, una comunidad que está al norte de la normal, como a 1 kilómetro de distancia, se le ofreció una cena al General, consistente en chicharrones y frijoles en la escuela primaria del lugar. Me senté frente a él y no probé alimento por estar mirándolo a una distancia de 70 centímetros. Uno de los mejores presidentes que ha tenido México.

Después de la cena se realizó un baile con un tocadiscos, en la cancha que estaba frente a la escuela; anduve bailando cerca de él, porque no creía semejante experiencia. Nadie lo cuidaba, no traía guaruras, la gente lo cuidaba.

A los 15 días regresé por mi familia a J. Guadalupe Aguilera; ya me había hecho amigo de un trabajador de campo de Santa Teresa

Manuel Almaraz, quien me ofreció un cuartito en su casa, fuera de la muralla de la normal por no tener dónde hospedarme; el cuartito, medía más o menos 4 por 3 metros, con piso de tierra y completamente oscuro. Por esta razón, y por única vez de todo el tiempo que trabajé en Normales me quedé dormido, no escuché el levante con la banda de guerra, y cuando llegué al aula ya se habían ido los alumnos. Como al mes de dormir en aquella obscuridad me cambié a una casa de múltiples cuartos que le llamaban el “Hotelito”, donde habitaban tres familias.

Posteriormente me cambié a una de las casas nuevas que se construyeron atrás de los viejos salones que servían para dar clase a los alumnos. En 1962, en esta casa tuve el honor, en las vacaciones de semana santa, de tener como huésped al distinguido Escritor y Periodista, Licenciado y Maestro, exrector, de la Universidad de Monterrey, Don José Alvarado, invitado por el maestro Bermea para que dictara unas conferencias a maestros y alumnos.

El maestro de música, Julio Antonio, joven chilango, excelente pianista, llegó un día a temprana hora a invitarme a que fuéramos a caminar para hacer ejercicio; yo le propuse que mejor fuéramos a aprender una nueva experiencia: pizcar algodón. Le avisé a Lalo, perito agrícola encargado de las parcelas de la escuela, se rio mucho cuando le avisé que queríamos aprender a pizcar algodón. Al siguiente día nos presentamos temprano en la parcela donde íbamos a pizcar.

Nos amarró de la cintura unos costales muy largos con amplia boca, nos colocó dichos costales en medio de las piernas, nos señaló que nos colocáramos en una raya y que nos quedarían dos surcos para cada uno.

Empezamos a pizcar el algodón y seguido nos lastimábamos los dedos de las manos con la cáscara dura que protege al capullo de algodón. Yo pizcaba más rápido que Juan Antonio, quien se quedaba atrás y yo tenía que regresarme a ayudarlo. De repente me habló alarmado porque una lagartijita de las que allá llaman "chivitas", estaba encima de su guarache haciéndole señas como que quería ascender a su pierna; él con mucho miedo le decía: --¡bájese cabrona!

En cinco horas yo pizqué 20 kilogramos, él no llegó a más de 7 kilogramos; Lalo se rio de lo que habíamos pizcado y comentó que el maestro Juan Antonio no había ganado ni para una cajetilla de cigarros. Nosotros dejábamos el algodón limpio, sin hojitas ramas o terrones.

Lalo nos comentó que casi lo llevábamos despepitado.

El maestro Santos Valdés visitaba las escuelas de todo el país y tanto en Aguilera como en Santa Teresa me sorprendía, ya que en la primera hora en que yo tenía clases; al llegar al aula ya estaba sentado al fondo del salón, leyendo. En Aguilera me tocaba impartir una clase de Biología; llevé el material necesario; al terminar la clase lo saludé y le comenté que me había puesto nervioso con su presencia.

Con una sonrisa a flor de labios me dijo

– ¿Todavía impongo?

En el año de 1963 después de estar en Santa Teresa quise permutar a San Marcos, pero el director de esta Normal se negó a firmar la permuta; fue hasta el 3er año, 1964, cuando me permitió permutar con el profesor Jesús Zamora, para trabajar en mi querida Escuela donde yo estudié.



ESCUELA NORMAL RURAL "GRAL. MATÍAS RAMOS SANTOS" DE SAN MARCOS, ZAC.

Cuando me cambié a San Marcos, solicité al pagador de Torreón que, por favor, me radicara mis sueldos en la pagaduría de Aguascalientes. Pasaron las primeras y segundas quincenas de los meses de septiembre, octubre y primera de noviembre y nada que me llegaron mis sueldos. Hablé a Torreón y me dijeron que allá estaban mis cheques; viajé a Torreón para recogerlos, llegando me dijeron que ya los habían mandado a México. Me dirigí al D.F., y allá me dijeron que mis cheques estaban en Torreón; nuevamente viajé a Torreón con el fin de recogerlos. Efectivamente allá estaban. Viajé de continuo varias horas del día y la noche, mal comiendo y mal durmiendo. Regresé a San Marcos y al día siguiente, veinte de noviembre, me levanté antes de las seis de la mañana a honores a la bandera, muy cansado. Honores que se rendían a las seis de la mañana. Por la tarde salí a visitar a mis padres a ciudad Manuel Doblado, Gto.

En Doblado, al siguiente día, amanecí gravemente enfermo, con mucha fiebre y un dolor agudo en el vientre. Fue hasta después de ocho días que un médico le ordenó a mi padre que me sacaran de inmediato del pueblo, porque necesitaba una operación de emergencia; me trasladaron a la ciudad de Irapuato en una ambulancia. En el hospital regional del ISSSTE me operaron de abscesos hepáticos; estuve un mes hospitalizado; me extendieron una licencia por un mes más pero cuando llegué a trabajar.

El director era el bondadoso maestro J. Guadalupe Rodríguez Moreno, y al presentarme con él me dijo: Por mi cuenta tómate una semana más para que descanses en tu casa.

A temprana hora tenía clase con grupos en los salones de arriba de la nueva unidad, frente al comedor. Dos de mis alumnos, Abelardo

Aldana y Miguel Saucedo, cada uno de un lado mío, me subían por el graderío para ascender al aula.

Eran pocos los maestros que en la normal se escapaban de que les pusieran un mote. Después de la operación quedé muy débil, muy delgado y me bautizaron con el nombre de "la calambrina", y también a otros maestros y empleados les tenían sobrenombre, como el "hinchao", de "manolín y chilinsky", del "preñao", de "escarchita", porque éste cantaba en algunos programas de los viernes culturales "escarcha". Había un maestro que impartía español y que le decían "licuantes" porque hablaba mucho de palabras licuantes (combinación entre diferentes letras consonantes); un día un novato quería ir a Loreto y le dijeron que no se podía ir sin pedirle permiso al maestro de guardia; le aconsejaron que con mucho respeto fuera y le dijera:

-Maestro "licuantes", permítame ir a Loreto,

el maestro le contestó, muy ceremoniosamente al alumno:

- Sépalo que no me llamo "licuantes", sino León Arredondo Olvera, pero los muchachos malvados mal aconsejan a los novatos.

En mi clase que tenía a primera hora, se presentó un alumno, sin peinar y envuelto en una cobija; cuando le dije

- Polito, regrésate a tu dormitorio, deja la cobija y péinate me contestó muy corajudo,- ¡repórteme!

y se salió del aula, ya no regresó; solamente lo reporté por faltar a clase y no por faltarme al respeto.

Otro joven, hijo consentido de maestros, que vivían y trabajaban en Aguascalientes, que cursaba el tercero de profesional, reprobó el examen final de Psicotécnica Pedagógica; le apliqué una prueba extraordinaria y tampoco la pasó, por petición del director le puse un 6 de calificación.

Desde que llegué a San Marcos a trabajar me asignaron una casa en muy mal estado, que solamente tenía dos cuartitos y el servicio sanitario pésimo. Cuando regresé de Irapuato mi compañero Humberto Berthaúd Castrellón, me dejó su casa, que estaba en mejores condiciones que en la que yo vivía con mi familia antes de que me operaran.

Cuando llegué a trabajar a San Marcos, todavía había varias personas que conocí en mis años de estudiante: mis maestros Armando Díaz Ortega y J. Guadalupe Robles Guel, la enfermera Lupita Orenday y los trabajadores de la panadería Chito y Rafa (la troca).

En 1967 tuve el honor de ser presidente de la Asociación Nacional de Exalumnos "Emiliano Zapata de San Marcos". El director de la escuela, maestro J. Guadalupe Rodríguez Moreno y yo tuvimos el gusto de recibir a la generación que egresó en 1942, misma que vino a festejar sus bodas de plata. Invitaron a la maestra Francisca Huerta, quien era la directora de la normal cuando ellos terminaron sus estudios. Me distinguieron para que entregara a tan honorable invitada un reconocimiento.

En el festival de fin de cursos del mismo año estuvieron presentes: el maestro José Santos Valdés; a quien entregué un reconocimiento por acuerdo de asamblea de la respectiva asociación. Estuvo

acompañado por el ingeniero José Isabel Rodríguez Elías, Gobernador del estado de Zacatecas, por el maestro J. Refugio Esparza Reyes, presidente Estatal del PRI en el Estado de Aguascalientes y por otras personalidades.

Posteriormente llegó como director el profesor Gilberto Lozano Montañez, compañero de

mano dura, de un carácter fuerte, porque las órdenes venían de arriba. El Presidente Díaz Ordaz como todos los Presidentes neoliberales han considerado a las Normales Rurales, como un nido de comunistas de allí que, él, Díaz Ordaz, haya convertido muchas de las normales rurales en escuelas secundarias.



Reconocimiento a la maestra Francisca Huerta



Reconocimiento al maestro José Santos Valdés

El personal de la escuela no lo recibió con mucho agrado; en la primera reunión que tuvimos con el maestro Gilberto, para organizar el trabajo, nadie quiso asesorar al Comité de Acción Social. Yo acepté, durante 2 años estuve al frente de esta comisión, el joven Arturo Chávez Izaguirre, era el representante del alumnado; siempre estábamos al pendiente de auxiliar a los grupos que presentaban los viernes culturales, cada 15 días; ese mismo programa que se presentaba los viernes, se llevaba los domingos a las comunidades de la zona de influencia de la escuela. A estas comunidades iba un veterinario que enseñaba a los campesinos a conocer los síntomas de las enfermedades más comunes que se presentaban en sus animales, enseñarlos a inyectar a su ganado. Un peluquero que cortaba el pelo gratuitamente a los que lo requirieran de sus servicios. En este aspecto, la escuela realizó una gran labor, muy importante.

Yo era el Maestro de guardia cuando se presentó el accidente en el que murió el joven Rubén Ávila. Como a las 11 de la noche de ese día, llegó el velador, don Lencho, a despertarme y a decirme que decía el director que me fuera de inmediato a la curva de la Martinica donde estaba el accidente en que murió el joven estudiante. Se llamó a reunión general, con la banda de guerra, a medianoche, para informar a la comunidad del gravísimo acontecimiento y se instaló el cadáver del joven en la biblioteca de la escuela, donde se le rindieron Honores. Al día siguiente maestros y alumnado lo llevamos a sepultar a su tierra, Los Campos, Zac., con tambores destemplados y el tétrico silencio del corneta de guardia que nos hacía estremecer a todos.

En la Normal de San Marcos impartí clases de Biología, Geografía de México, Civismo,



Psicotécnica pedagógica, Administración y Organización Escolar, Educación para la Salud.

En mi escuela tuve muchísimas participaciones: fui Secretario General de la Delegación del SNTE, presidente de la comisión de exámenes profesionales, formé parte de varias sinodalías en exámenes profesionales, asistí a México a la primera reunión de Psicopedagogía y fui el responsable de este departamento, etc.

En el H. Ayuntamiento de Loreto, fungí como síndico municipal con carácter de agente de misterio público, en ausencia del titular, en donde tuve que levantar heridos y cadáveres, así como mediador entre vecinos que tenían problemas.

Por las tardes impartí clases de Biología en la secundaria por cooperación "Francisco Goytia" de Loreto, Zac.; fui subdirector a petición del director, profesor Carlos Martínez Rodríguez, por escasos 2 años.



ESCUELA NORMAL RURAL "RAÚL ISIDRO BURGOS", DE AYOTZINAPA, GRO.

En febrero de 1972 partí para Ayotzinapa, Gro. A donde había sido designado director mi estimado amigo profesor J. Jesús González Rivas, quien me invitó como subdirector de la Escuela Normal.

Salí para el D.F. a recibir mis órdenes de trabajo. Cuando llegué a Chilpancingo, casi oscureciendo, ya me esperaban en la terminal de Flecha Roja, en el que viajé del D.F. a esa capital del estado de Guerrero, mi amigo J. Jesús González Rivas, director de la escuela de Ayotzinapa y el joven chofer de la escuela Toño.

Viajamos en una mediana troca de redilas propiedad de la Normal por una angosta carretera sin pavimentar que estaba construida en la cresta de una alta montaña, llagamos a la escuela y me hospedé en la casa donde vivía mi amigo.

Ese domingo murió el maestro de música originario del estado de Oaxaca, de apellido García, con un gran parecido a don Benito Juárez. Me comisionó el director para que junto con el maestro Patio Central de la Escuela Profesores: Demetrio y J. Jesús González Elpidio Vargas, (Pillo) me encargara de hacer los trámites necesarios y dar sepultura al maestro, quien vivía en Tixtla en una pobreza extrema. El maestro Pillo arregló todo y yo nada más lo acompañé.

Pillo era una persona muy simpática; su padre tenía una herrería donde fabricaba toda clase de herramientas.



Un día llegó el maestro Pillo con un largo machete que le regalaba al director. Le pidió que leyera el pensamiento que tenía grabado el machete: "A mí me la pela el muerto y sus cuatro cargadores". El director le dijo a Pillo que ese letrero estaba muy grosero, Pillo se llevó el machete y al día siguiente se lo volvió a entregar al director con un nuevo letrero que decía "A mí me da pena el muerto y sus cuatro cargadores".

La escuela de Ayotzinapa es muy hermosa; fue fundada por el maestro Raúl Isidro Burgos, nombre que ostenta esta Normal. Está construida en la falda de un cerro, es de dos plantas, tiene en la primera planta las oficinas de la dirección y subdirección y dos salones de clase, en la parte alta estaba la biblioteca y la contaduría.

Tiene un amplio patio donde se rinden honores a la bandera, con un monumento al centro.

La entrada principal está al poniente; los alumnos y personal ascienden a este patio central por una larga escalera de gradas de cemento protegida a ambos lados por altas paredes.

Los dormitorios de los alumnos, las casas de maestros, los talleres y la lavandería están en la parte de abajo, adjuntos a la escuela.

El histórico pueblo de Tixtla estaba como a un kilómetro de la escuela, asentado en un valle cerrado. Los sembradíos de los ejidatarios se reparten por surcos debido a la poca extensión del terreno disponible.

Mi amigo González Rivas me platicó que cuando llegó a hacerse cargo de la escuela, la ecónoma le confió que el director anterior y

ella trabajaban de común acuerdo manejando dos blocs de recibos; de esta manera tenían reservas para gastos imprevistos; le entregaba al nuevo director los dos blocs, pero él se negó a recibirlos y solamente cogió uno.

Un día me invitó a Tixtla para conocer el estado de cuenta que llevaban "Los Perlitos", cuya tienda muy grande "La Perla" a quien le depositaban los cheques que enviaba la federación. Le señalaron que ya tenían el corte de caja y que había \$18,000. ^{oo} a su favor, que se los podrían entregar en ese momento. Él se negó y les pidió que le surtieran implementos agrícolas. En broma, me decía que si los aceptaba corría el peligro de ir a la cárcel y, que yo, no le llevaría ni una cajetilla de cigarros.





ESCUELA NORMAL RURAL "MIGUEL HIDALGO", DE ATEQUIZA, JAL.

Cuando llegué a esta normal me recibió muy amablemente el maestro Manuel Costilla, quien era el director de la escuela.

La zona de influencia de la normal de Atequiza abarcaba muchas comunidades rurales y urbanas, de los municipios de La Barca, Atotonilco, Tepatitlán, Chapala y Benito Juárez. El grupo que se me asignó fue el 3° "B" de profesional. Mis alumnos realizaron prácticas pedagógicas intensivas en la escuela "Ramón Corona", de La Barca Jalisco, y en una escuela de una comunidad muy pequeña, que era una granja avícola, que se le llamaba "El Chispiadero", y que está como a 5 kilómetros de la carretera que va de Tepatitlán a Guadalajara.

El maestro José Salas y yo encontramos en esta comunidad a una singular maestra, "La Prieta Aguirre", que atendía a niños desde 1° al 6° grado con el apoyo de sólo una maestra, la mayoría de los niños viajaban de Tepatitlán a esa comunidad. A ambos nos pareció algo increíble: tenía banda de guerra, proporcionaba desayunos escolares, tenía una amplia biblioteca en donde guardaba celosamente la bandera nacional, hacía concursos de lectura y ortografía; cada año al terminar una generación, los premiaba llevándolos gratuitamente a una playa. Era la única persona que "mordía a los mordelones", por su autoridad moral, pues los Policías de tránsito, que siempre estaban estacionados en la gasolinera que se encuentra como a cinco kilómetros de Tepatitlán, cada ocho días le entregaban una determinada cantidad para su escuela.

En una ocasión nos invitó a comer carnitas con "Los Gordos" de Tepatitlán; ella en la conversación que teníamos defendía al régimen porfirista; nosotros defendíamos al

régimen surgido de la Revolución Mexicana;

hubo un momento en que nos dijo: discutamos sobre otro tema, por ejemplo, sobre los perros del mal, porque en política y en religión ni me van a ganar ni yo los voy a convencer a ustedes.

La Prieta Aguirre en verdad que era una maestra única....

En Atequiza, como en todas las normales donde impartí técnica de la enseñanza, les daba a mis alumnos clases de demostración para que vieran cómo cualquier material nos es útil para ilustrar nuestras clases. Con niños de 3ro de primaria les di una clase sobre la rabia, para ello llevé una película de transparencias fijadas para proyectarles el tema citado, pero a la hora de iniciar la proyección se cortó la corriente eléctrica. Yo también llevaba un periódico que hablaba sobre la rabia y traía un dibujo de mediano tamaño en donde decía que el mejor amigo del hombre es el perro. En otra clase de demostración con niños de 1° de primaria utilicé un juguete, un payasito ciclista, vestido de blanco que tenía círculos de colores: verde, azul, amarillo y rojo

Un juguete que le había comprado a mi hijo más pequeño; en ese tiempo había un método que a través de colores se enseñaba a los niños de primero.

En el grupo de 3° de profesional, en donde yo daba clase de técnica de la enseñanza, en el segundo semestre les impartí Informe Recepcional. Para que recibieran una buena información de cómo debía ser su informe, les recomendé un libro llamado "Para Ser Maestro" del inteligente sacerdote y después maestro, Profesor Gabriel de la Mora, quien realizó su práctica intensiva en la escuela primaria "Ramón Corona" de La Barca, Jal. Todos y cada uno de mis alumnos compraron el libro y siguieron al pie de la letra las instrucciones que en él encontraron.



Escuela Miguel Hidalgo.



Prof. Demetrio, "la Prieta Aguirre" y José Salas

CENTRO REGIONAL DE EDUCACIÓN NORMAL DE AGUASCALIENTES (CRENA)

En las vacaciones de verano, en 1974, me habló de México el maestro Francisco Díaz Cárdenas, para decirme que había oportunidad de cambiarme al CRENA, pues que yo le había platicado que me gustaría vivir en Aguascalientes.

Me envió las órdenes de cambio a esta institución firmadas por don Víctor Hugo Bolaños Martínez, Coordinador General de Enseñanza Normal. El maestro José Salas Rodríguez también recibió sus órdenes de cambio al mismo centro.

Nos presentamos en el mes de agosto y le entregamos al director del CRENA, profesor Álvarez Nieto, nuestras órdenes; él las vio y

nos dijo que nos presentáramos hasta el 17 de septiembre. Al preguntarle qué clases nos asignarían para irnos preparando, nos dijo que eso era asunto de la subdirectora, persona que no se encontraba en la ciudad.

Antes de terminar el mes de agosto nos volvimos a reunir con el director, quien nos dijo que nosotros no teníamos cabida en el CRENA, que ya tenía el personal completo, y que además él no nos había invitado a trabajar allí. En esa institución reinaba un verdadero nepotismo.

Ese mismo día partimos a la ciudad de México, para tratar de hablar con el maestro Víctor Hugo Bolaños Martínez, Coordinador General



de Enseñanza Normal, quien nos indicó que nos regresáramos al CRENA con las mismas órdenes y que, si el director se oponía a recibirnos, le avisáramos de inmediato. De mala gana el director acató las órdenes y nos puso muchas trabas para trabajar.

El maestro Salas Rodríguez se regresó, en diciembre, a Atequiza, Jal.

Yo impartí de las 8 de la mañana a la 1 de la tarde clases de Psicología General a 6 grupos de primer grado.

En el siguiente semestre me levantaron un falso, de que yo había aconsejado al grupo en donde trabajaba el maestro Alejandro Sifuentes, impartiendo Técnica de la Enseñanza. Tanto el director como la subdirectora me pidieron que fuera a hablar con el grupo, yo me negué a ir y, como venganza me entregaron un oficio en donde se me ordenaba substituir al maestro Sifuentes en la asignatura que él servía. Era un grupo difícil, muy indisciplinado; además de Técnica de la Enseñanza, impartí Lógica a los 3 grupos de educadoras.

Otra situación incómoda que se presentó en el CRENA fue que en la institución se extendían fichas de calificación a fin de año, firmadas por el director y el secretario general de la delegación del SNTE (profesor Regalado); cuando me entregaron la mía venía rebajada en 22 puntos, le dije al secretario general de la delegación que no la recibía hasta que me explicaran en qué aspecto había fallado, tuvieron que hacer otra ficha donde me calificaban con 100 puntos.

Me entrevisté con el maestro Humberto Olivares, que ocupaba un puesto en la SEP y, con el profesor Salvador Martínez, secretario general de la Sección I del SNTE, para

informarles de la persecución de que era objeto en el CRENA; ambos me dijeron que no tuviera pendiente que contara con ellos.

En 1975 hubo una jornada cultural y deportiva en el CRENA, a la que concurren estudiantes de Oaxaca, Cd. Guzmán, Jal., e Iguala, Gro., con tal motivo me asignaron la comisión de mobiliario; tuve que conseguir y traer camas de la escuela Normal Rural de Cañada Honda, Ags.

Durante dos años estuve asesorando a grupos en sus prácticas intensivas en la escuela primaria "Rafael Ramírez", aquí en la ciudad; en el primer año era director de la escuela el maestro J. Jesús Orenday y en el segundo era directora la maestra Julia Espinoza. Yo estaba presente para supervisar el trabajo de mis alumnos desde antes de las dos de la tarde, hasta después de las 19 horas. Mis alumnos no sabían dirigir el Himno Nacional y tuve que ensayarlo con ellos, tanto la letra como el compás que se requiere para dirigirlo. Participaba en todas las actividades que se realizaban en la escuela, incluso hasta en las kermeses.

En el año de 1975, la SEP creó la Licenciatura para educadoras y profesores de primaria que, "por amor al arte" atendimos algunos maestros; inicialmente en aulas del CRENA luego pasamos a dar clase en aulas de la secundaria "Benito Juárez". Esta licenciatura posteriormente, recibiría el nombre de UPN.

La primera directora de esta Licenciatura fue la maestra Paula García.

Posteriormente, en el año de 1976, pasamos a ser personal exclusivo esta Licenciatura los compañeros Paula García, Mario Llamas, Bertha González, Jesús González Rivas, Ignacio Ruelas y, su servidor, Demetrio Rodríguez Orozco.



MAESTRO FRANCISCO DÍAZ CÁRDENAS



PROFESORES ROSALÍO, JOSÉ Y DEMETRIO



ESCUELA NORMAL SUPERIOR FEDERAL DE AGUASCALIENTES" PROFESOR JOSÉ SANTOS VALDES"(ENSFA)

Parece ser que el Secretario de Educación Pública, Fernando Solana, se oponía a que se creara otra normal superior federal; pero la amistad que tenían el maestro Víctor Hugo Bolaños Martínez, Coordinador General de Enseñanza Normal y el maestro J. Refugio Esparza Reyes, Gobernador Constitucional del Estado de Aguascalientes y su insistencia en este aspecto, con el auxilio del Comité Nacional del SNTE, fue posible hacer esta realidad.

Tocó al maestro Nathanael Pérez Alvarado ser el primer director de la Normal Superior.

Él y yo éramos los únicos que traíamos órdenes de adscripción para el nuevo plantel.

La inauguración de los cursos ordinario de la nueva Institución fue el 27 de noviembre de 1977; en el módulo de Ciencias Naturales que fue el único que se construyó primero.

Estuvieron presentes los maestros Víctor Hugo Bolaños Martínez y J. Refugio Reyes Esparza, Coordinador General de Enseñanza Normal y Gobernador del Estado, respectivamente, y dos grupos de alumnos que se habían inscrito, uno en Ciencias Naturales y el otro en Ciencias Sociales. Tomó la palabra el profesor alumno, Carlos Vela Martínez para agradecer el beneficio de la creación de esta escuela, no solamente en beneficio de Aguascalientes si no para todo el país. También agradeció la presencia de tan distinguidas autoridades.

Enseguida llegó el maestro Mario Llamas y su esposa, maestra Bertha González.

El maestro Nathanael había sido maestro en la Normal Superior de Tepic, Nay., y el profesor Manuel Flores Delgado, que era el líder estudiantil, había sido su alumno en aquella escuela, se pusieron de acuerdo para que un grupo de maestros que trabajaban en secundarias, fueran invitados a laborar en la ENSFA, para que se subsanara el problema de falta de maestros.

Cuando la SEP dispuso que maestros que trabajaran en el sistema de Normales pasaran a prestar sus servicios a la Normal Superior y creó las plazas suficientes para otorgarlas a maestros preparados para trabajar en la Normal Superior. El maestro Nathanael admitió a gentes preparadas para otro servicio: profesores, médicos, químicos, laboratoristas, licenciados, ingenieros, trabajadores sociales; con excepción de dos o tres persona que sentían amor por la docencia, la mayoría no satisfacía el trabajo que se le encomendaba; los profesores que había traído el maestro Flores Delgado se retiraron.

El maestro Salvador Méndez Noriega sucedió al profesor Nathanael; posteriormente fueron comisionados para trabajar en la Normal Superior, Maestros que trabajaban en el

CRENA: Paula García, J. Jesús González Rivas, Lupita De La Rosa, Hilario Santillán y Francisco Sánchez López.

Durante cinco años tuve a mi cargo la Coordinación de Ciencias Naturales; a medida que se fueron construyendo más módulos, más o menos con el mismo diseño del primero, hasta llegar a seis, se fueron nombrando las coordinaciones de las respectivas licenciaturas. El profesor Antonio Rodríguez fue coordinador de la licenciatura de Ciencias Sociales; quien había sido invitado a trabajar en la normal superior, por el maestro Nathanael, el profesor Antonio Morano en la coordinación de español, la maestra Paula García en la coordinación de Psicología, en la de Matemáticas el Ingeniero Carlos Espejo y en la coordinación inglés a cargo del profesor Hilario Santillán.

Siendo director de la Normal Superior el maestro Salvador Méndez Noriega, recibimos al presidente de la República Lic. José López Portillo, quien vino a darle carácter oficial a la Institución.

Estuvo acompañado por el gobernador del estado, Profesor J. Refugio Esparza Reyes, el secretario de Educación, Lic. Fernando Solana, el maestro Mario Aguilera Dorantes y, como invitado de honor, el maestro José Santos Valdés. Nombre que ostenta la Escuela.

En ésta impartí diferentes clases: Biología, Ecología, Corrientes Actuales de la Pedagogía y Tecnología Educativa.

El Maestro Méndez Noriega me llamó para que me hiciera cargo del Departamento de Control Escolar.

Aquí estuve trabajando bajo la dirección de diferentes directores.

De los 15 años que laboré en la Normal Superior, 13 trabajé en cursos ordinarios e intensivos. En los cursos ordinarios había pocos alumnos, pero en los intensivos, que se realizaban en verano durante los meses de julio y agosto, los grupos eran muy numerosos. Hubo 1 año en que los estudiantes de verano fueron más de 1000.

Venían a estudiar profesores de los estados de Aguascalientes, San Luis Potosí, Zacatecas, Durango y Jalisco.

El reglamento de control escolar señalaba que para poder aceptar a los profesores que venían a estudiar, debían ser titulados o tener carta de pasantes y tener 2 años de experiencia docente. Eran muy rigurosos en este aspecto; venían de la ciudad de México a supervisar que no se violara esta disposición, también venían grupos de maestros de la SEP, a supervisar el trabajo que se realizaba en la Escuela.

El jefe de la oficina de Cursos Intensivos en México era el ingeniero Carlos López, quien en una ocasión, por presiones del SNTE, me ordenó que inscribiera en la licenciatura de español a una maestra que no cumplía con los requisitos que señalaba el reglamento, pero cuyo esposo era muy influyente en la Sección I del sindicato; le pedí Parte del personal de la oficina, C. Intensivos que me mandara la orden por escrito y se negó, solamente me mandó el número de control para que la agregara a la lista de la licenciatura antes mencionada.

El reglamento de control escolar estuvo en vigor durante unos 6 ó 7 años, luego se admitió a bachilleres en cursos intensivos. Se notó gran diferencia entre los grupos formados por maestros en servicio y los bachilleres recién egresados del bachillerato; con la excepción de toda regla, entre los bachilleres,

unos cuantos sentían amor por la profesión docente. Varios comentaban que, como no se habían quedado en la universidad, ya de perdido estudiaban para "profes".

En marzo de 1987, era director de la Normal Superior, el maestro Alfredo de Velazco Dávila.

En ese año hice un viaje a Cuba en compañía de varios maestros sanmarqueños por invitación que nos hizo el maestro Misael Macías Velázquez. Fue un viaje de intercambio educativo. El embajador de México en Cuba era el distinguido sanmarqueño, el maestro Enrique Olivares Santana.

A mí me tocó exponer el tema de la creación y fines del Instituto Federal de Capacitación del Magisterio, considerado como la Escuela Normal más grande del mundo.

Nos atendieron un grupo de destacados funcionarios del Ministerio de Educación. Visitamos desde las casas de cuna, los pioneros, hasta las universidades.

Teníamos la intención de conocer y saludar al líder de la revolución cubana, Fidel Castro Ruz, pero sólo pudimos reunirnos con el Ministro de Educación, o sea El Secretario de Educación Pública en México.

Dialogamos con el Ministro y comprobé que sabía más de historia de México que muchos de nosotros, hombre muy culto.

Cuando regresé a la Normal Superior comentamos con los compañeros, la diferencia tan grande que hay entre nuestro sistema educativo y el tipo de sistema educativo socialista.

Ese mismo año cursé un Diplomado de

Planeación y Evaluación de la Práctica Docente en la UPN. Los maestros que nos atendían nos daban diariamente la tarea de que leyéramos, en los cuadernos impresos, que nos entregaban para que al día siguiente comentáramos sobre lo que habíamos leído.

Consideré que esto era pura teoría y que era necesario salir de los libros para comprobar la teoría con la realidad. El maestro asesor me dijo -que yo que proponía y le contesté estas tres cosas: que fuéramos a visitar una escuela primaria que está en una granja agrícola llamada "El Chispiadero", a 5 kilómetros de Tepatlán rumbo a la carretera que va a Guadalajara; en donde hay una maestra que realmente sorprende por su trabajo. En segundo lugar, que fuéramos a visitar La Escuela Normal Experimental de Nieves, Zac. Para que viéramos lo que ahí se hace y en tercer lugar que realizáramos un viaje a Cuba para conocer el sistema educativo de carácter

socialista y compararlo con el nuestro. Nunca se realizó este viaje hasta que faltando un mes, para concluir el curso los Reunidos con el ministro de Educación propuse a mis compañeros que yo ponía mi camioneta y que ellos pagaran la gasolina para ir a conocer lo que se hacía en la escuela Normal Experimental "Rafael Ramírez" de Nieves Zac. Se sorprendieron de lo que en ella vieron. Ningún maestro asesor nos acompañó.

En 1993 fue el último año que trabajé en la Normal Superior cuando el maestro J. Jesús González Rivas, era director de ésta. Tuve que arreglar el desbarajuste que en la oficina dejó el maestro Max, pues, faltaban actas de exámenes profesionales, Títulos con faltantes de firmas oficiales, y otras cosas.

En ese año (1993) nos jubilamos el maestro González Rivas, Antonio Rodríguez Orozco, Lupita de la Rosa y su servidor.



MAESTRO, SALVADOR MÉNDEZ NORIEGA



PERSONAL DOCENTE DE LA ENSFA



SE OFICIALIZA LA ENSFA



PORTE DEL PERSONAL DE LA OFICINA, C. INTENSIVOS



MTROS: ALFREDO, DEMETRIO, TOÑO Y ROSALBA



REUNIDOS CON EL MINISTRO DE EDUCACIÓN

MAESTRO DEMETRIO RODRÍGUEZ OROZCO G. 55

ANTONIO ORTIZ GARAY G.69

Iniciábamos el ciclo escolar 64-65, estábamos en segundo de secundaria en la Escuela Normal Rural "Gral. Matías Ramos Santos" de San Marcos, Loreto, Zacatecas, éramos un grupo numeroso, pero también muy homogéneo, una mañana vimos entrar a nuestra aula a un maestro nuevo, era joven, con una sonrisa contagiosa y una manera de hablar agradable, de esas que infunden confianza, nos dijo que se llamaba Demetrio Rodríguez Orozco y que venía de la Normal Rural de Santa Teresa, Coahuila, (lo que en particular me dio gusto, pues yo provenía de un ejido muy cercano) también nos dijo que era exalumno de San Marcos, que había egresado en la generación de 1955 y que la clase que nos iba a impartir era Geografía de México, durante ese periodo disfrutamos de sus clases, pues nos invitaba a investigar, a participar y a aclarar dudas, pero lo más importante para mí, fue la confianza que nos brindó y que como adolescentes necesitábamos, motivo por el cual siempre lo respetamos y lo apreciamos... no sé por qué, pero ya no volvió a darnos clase, sin embargo, el aprecio y el respeto perduraron.

El tiempo pasó muy rápido y egresamos en junio de 1969, cada uno nos fuimos por distintos rumbos, algunos nos olvidamos de regresar a nuestra alma máter otros de vez en cuando y muy pocos a colaborar con la Asociación de Exalumnos, ahí en algunas reuniones me encontraba con mi maestro y nos abrazábamos con gran afecto.

El trabajo y la vida hicieron que le perdiera la



impresión en Zacatecas y yo que pedí a los sanmarqueños para costear su edición, pusimos en su mano el último de sus libros, "Memorias de un maestro normalista rural", el escultor Pedro Cajero le regaló un retrato al carbón y uno de sus yernos puso también en sus manos un libro con las biografías de los

El 29 de noviembre estuvimos festejando su 91 aniversario que fue muy emotivo porque ahí, el maestro Ruperto que se encargó de la pista por un buen tiempo, nada sabía de él, pero un buen día mi hermano de generación J. Francisco López López Velarde se encargó de ponernos en contacto y de ahí “pal rial” nos frecuentamos de manera constante, disfrutamos de amenas conversaciones, desayunos, de comidas, de bohemias, de paseos, de visitas a familiares, de aniversarios de nuestra generación a donde en ocasiones también nos acompañaban el Profr. J. Jesús González Rivas, el Profr. Roberto Mata Dávila y el Profr. Ruperto Ortiz Gámez.

Un día antes del festejo del 55 aniversario de haber egresado, nos reunimos en el restaurant del Hotel Las Trojes algunos integrantes de la G. 69, ahí, nuestro compañero y hermano José Escobedo Coronado sugirió que le hiciéramos un reconocimiento al maestro Demetrio por su rica trayectoria profesional, lo que nos pareció muy acertado, comprometiéndonos a hacerlo así y lo calendarizamos para el día 26 de julio, día que estuvo anegado Aguascalientes pues sus calles parecían ríos, la lluvia no amainaba, parecía que el cielo también se alegraba con el festejo al maestro.

hombres ilustres del estado de Guanajuato, donde aparece la del maestro Demetrio, en un momento que hubo la oportunidad, me dijo que se había caído al entrar al lugar del festejo, que se había golpeado la cabeza y la boca, sin embargo, él estaba muy emocionado, pues un dueto le cantó las canciones que siempre le gustaron.

Al empezar a oscurecer, mi esposa y yo nos dispusimos a retirarnos del lugar, pero antes de hacerlo me dijo que deseaba que nos reuniéramos en su casa para comer algo que

preparara su esposa Cuquita y que nos llamaría con anticipación, esa llamada nunca llegó... por tal motivo me comuniqué con su esposa y entonces me comunicó que estaba internado en un hospital, tratamos de estar con él pero nos dijeron que no se podía pasar.

Por cuestiones familiares regresamos a Castaños, Coahuila el día 8 de diciembre, estábamos descansando del viaje cuando recibo la llamada de Cuquita para darnos la infausta noticia del fallecimiento de nuestro querido maestro Demetrio, aturridos y llorando, nos dispusimos a regresar para acompañarlo a su última morada, no podíamos ni debíamos fallarle.

Fue un gran sanmarqueño, un gran maestro y un gran hombre, fue mi amigo y hay quien dice que Pancho López y yo éramos sus chiqueados y en verdad me trataba como uno más de sus hijos, en los últimos años fuimos confidentes, porque algo tuve que ver con sus dos últimos libros, la pauta siempre fue la sinceridad y el respeto.

LA ENERGÍA DE MI MAESTRO DEMETRIO RODRÍGUEZ OROZCO VIBRA EN UNA FRECUENCIA SUPERIOR Y DESCANSA EN PAZ... UN SANMARQUEÑO DISTINGUIDO MÁS AL FIRMAMENTO.

MAESTRO DEMETRIO RODRÍGUEZ OROZCO

JOSE FRANCISCO LOPEZ LOPEZ VELARDE
G 69

A pocos días de la partida del maestro a otra dimensión, hago una reflexión sobre la trayectoria de su amistad con mi familia, con sus exalumnos, con su Escuela, con la Asociación de Exalumnos, personas conocidas y con todos los que lo tratamos, pienso que la mayoría lo admirábamos, algunos lo tratamos de imitar en algunas cosas que él hacía, era un eterno enamorado de la vida... Miguel Juárez Ávila en la presentación de su último libro, expresó: ¡A mí no me impartió clase... me dio lecciones de sabiduría, de respeto, de amistad, de responsabilidad, de gratitud, todo con su ejemplo al conducirse en la vida!

En lo particular me asombraba su bondad con todos los que le rodeábamos, era muy interesante escucharlo, siempre daba más de lo

que podía, el dinero nunca le importó, decía con frecuencia hay que dar hasta que duela, que tu mano derecha no sepa lo que da la izquierda. Era un hombre fuera de serie y, era así porque sus padres así lo enseñaron desde niño hasta que llegó con esos valores a la escuela de San Marcos, Zac., me parecía que era un ser de otro mundo, que era un iluminado, sus compañeros de generación lo tenían como un ejemplo y otros gozábamos con su amistad, siempre nos enseñaba algo, con su hechos, fue gran admirador del maestro José Santos Valdés, pues fue su alumno cuando estudiante y abrevando de su fuente.



Al igual que muchos sanmarqueños, cuando estaba cerca de él, yo no hablaba...sólo lo escuchaba, era un tipo excepcional, único y muy inteligente.

Juntos Antonio Ortiz Garay, Ruperto Ortiz Gámez, Gustavo Meza Medina, Roberto Mata, Cuco Esparza Reyes y yo lo visitábamos con frecuencia, lo invitábamos a desayunar, a comer, a veces pagaba él o el maestro Cuco.

A las reuniones de nuestra Generación G 69 siempre que pudo nos acompañó, pues la mitad del grupo fueron sus alumnos en segundo de secundaria en los cuales sembró afecto, cariño y respeto.

Le gustaba ir a la Saturnina restaurante que está en la calle Venustiano Carranza, frente a la Casa de la Cultura en la hermosa ciudad de Aguascalientes, su partida fue muy sorpresiva, unos ocho días antes estuvimos en su cumpleaños que le organizó su hermosa familia, destacando que en dicha fiesta su yerno Abel, esposo de su hija Imelda, que vive en Manuel Doblado Gto., consiguió un libro, editado por el Gobierno de Guanajuato, su

estado natal, donde se nombran los personajes más sobresalientes y distinguidos, estando entre ellos nuestro amigo y maestro Demetrio Rodríguez Orozco, siendo este un homenaje muy hermoso y merecido de parte del estado antes mencionado y el cabildo de Manuel Doblado, Gto.

Pedro Cajero, arquitecto y escultor muy destacado en nuestra ciudad, autor de muchas obras en el estado y autor del busto al Maestro, Refugio Esparza Reyes ubicado en el palacio de justicia de Aguascalientes, amigo de todos los anteriores le regalo al festejado un retrato de él hecho al carbón con un marco muy bonito, el maestro estaba feliz, ahí mismo, Ruperto Ortiz Gámez y Antonio Ortiz Garay hicieron entrega y pusieron en sus manos su último libro "Memorias de un maestro normalista rural" que fue impreso con el apoyo económico de muchos de sus exalumnos y amigos, siendo para el maestro Demetrio una sorpresa muy agradable

El maestro Demetrio fue unos de los consentidos del maestro José Santos Valdés, me permito comentar una anécdota de la que yo fui testigo: un día que el maestro Santos Valdés estuvo presente en la Normal Superior de Aguascalientes, que atinadamente lleva su nombre, al término del evento, le dijo al maestro Demetrio: --Mira Demetrio, te quiero regalar esta lámpara de escritorio, tiene un perrito pastor alemán en bronce, muy bonita, ésta me alumbró cuando elaboraba mis escritos que titulé "A BALLETA CALADA " y en otros que hice , está en tus manos. Se la entregó y se dieron un abrazo. Al poco tiempo el maestro Demetrio la regalo al museo que en honor al maestro Santos Valdés se encuentra en la ciudad de Lerdo, Durango, promovido por compañeros de la Región Lagunera.

"POLVO QUE PIENSA, NO PUEDE IRSE A LA NADA" SUS HECHOS LO COLOCAN EN UNA SITUACION ESPECIAL, ESTÁ EN UN LUGAR SELECTO DE LA GENERACION 55, EN UN LUGAR ESPECIAL EN LA GENERACION 69, EN UN LUGAR CERCANO A LA ASOCIACION DE EXALUMNOS "EMILIANO ZAPATA" Y EN TODAS LAS REUNIONES DE LA MISMA ESTARÁ SIEMPRE PRESENTE CON SU COOPERACION, SIEMPRE PRESENTE COMO LO DIJERON RUPERTO ORTIZ GAMEZ Y MIGUEL JUAREZ AVILA, EN LA PRESENTACION DE SU LIBRO "MEMORIAS DE UN MAESTRO NORMALISTA RURAL" EN LA MARAVILLOSA ESCUELA DE SAN MARCOS ZACATECAS, ESTARA PRESENTE HOY MAÑANA Y SIEMPRE.

UN ABRAZO Y UN BESO HASTA DONDE ESTÉ, SIENDO UNA ESTRELLA MÁS EN EL UNIVERSO.

LA PLUMA INVITADA

HOMENAJE AL MAESTRO

Por Juan Salvador López López Velarde.

IN MEMORIAM.
PARA EL MAESTRO DEMETRIO RODRÍGUEZ OROZCO.

UNA INTRODUCCIÓN OBLIGADA.

Como los entero líneas abajo, el maestro Demetrio, (dicho por él), nació el 29 de noviembre, misma fecha en que nació la señora Celia López Velarde Robles, madre de quien esto escribe y madre de todos los López López Velarde, incluyendo a nuestro hermano mayor Francisco, a quien ustedes conocen e identifican fácilmente. Esta circunstancia favoreció la cercanía de los López López Velarde con el maestro Demetrio, pues el que cumplieran años el mismo día, nos permitía invitarlo de manera invariable al festejo que preparábamos año con año para mamá y para él, que siempre atendía gustoso nuestra invitación, por lo que siempre existió un gran acercamiento con él, que sentíamos como un miembro más de nuestra familia, que él aceptaba con naturalidad y agrado.

El 21 de septiembre del año 2023,- pasada la pandemia del covid, con algún motivo lo invitamos a desayunar y en esa fecha le hice una entrevista de cuyo texto les comparto en este escrito que quiere ser un homenaje a su memoria.

Por favor lean, este es el texto:

Jslv.- Maestro, cuando y donde nació.?

DRO. -Nací el 29 de noviembre de 1933 en Cuidad Manuel Doblado, Guanajuato, adelantito de León.

Jslv.- quienes fueron sus padres.

DRO.- mi padre fue Pedro Rodríguez Rubio y mi madre Consuelo Orozco, fui el mayor de la familia, fuimos 15 hermanos. De los cuales sólo quedamos 8 los demás ya murieron. No me queda en decirlo, pero mi padre fue un hombre exageradamente trabajador.

Jslv. - ¿y usted cuando decidió ser maestro?

DRO. - bueno, mi padre fue el del empeño de que estudiara, en el 48 fuimos a Tacámbaro, Michoacán donde había un internado de segunda enseñanza para hijos de trabajadores, pero no nos quedamos, yo califique para

quedarme, pero lamentablemente mi hermano Toño no, la idea de mi padre era que quedáramos los dos, pero no se pudo.

Jsliv. -¿entonces usted donde estudio para profesor?

DRO.- En San Marcos, Zacatecas.

Jsliv.- ¿de qué generación es?

DRO.- Llegamos en el 49 a San Marcos y presentamos examen para primero de secundaria, pero el secretario que inscribía nos dijo que andábamos muy mal que debíamos inscribirnos en sexto porque si reprobábamos en primero de secundaria perderíamos la beca entonces yo hice sexto 3 años, en mi tierra termine en 47, y en 48 mi padre se empeñó en que fuéramos otra vez a sexto y en 49 en San Marcos nuevamente en sexto. En esa fecha acababa de llegar el Maestro Santos Valdés, entonces nos dio clase en la asignatura de problemas sociales y políticos de México.

Jsliv. -¿quiénes eran sus compañeros en la Normal, que se acuerde?

DRO. -éramos un grupo reducido de 22 compañeros

Jsliv.- ¿de quién se acuerda?

DRO.- Me acuerdo de todos,

Jsliv.- a ver

DRO .-era, por ejemplo, Carlos Martínez Rodríguez, Saúl Gutiérrez Romo, Silverio Echeverría Lozano, Jesús Zapata Rodríguez, Antonio Rodríguez Orozco, Carlos Javier Pérez Castillo, Pedro Ramírez, Humberto Berthaud, Roberto Mata Dávila y otros más .

Jsliv.-¿cuando terminó la normal, a dónde lo mandaron a trabajar?

DRO.- a Durango, en Cieneguilla de la Villa Unión, pertenece al municipio de Villa Unión limítrofe con Zacatecas trabajé en una escuela de organización completa como director.

Jsliv.- ¿en qué año empezó a trabajar de profe?

DRO.- en 55, en Cieneguilla, del 55 al 58 Jsliv.- ¿entonces cuantos años estuvo en el magisterio?

DRO.- en total trabajé 38 años

Jsliv.- y ¿cuántos años duro en Normales.

DRO. - 15 años, más 18 en la Normal Superior de Aguascalientes, aunque también trabajé en la Universidad Pedagógica Nacional y en la Escuela Normal de Educación Física de manera gratuita, luego también trabajé en el complejo educativo Rafael Ramírez aquí en Aguascalientes.

Jsliv .- oiga ¿y para usted, que representó ser maestro, que es para usted eso?

DRO.- yo quería ser médico, pero mi padre me dio el consejo de que terminara primero de maestro y después podría seguir estudiando, pero con un título que me amparara. Cuando empecé el primero de profesional me nació el cariño por los niños y luego las clases que nos dio el maestro Santos Valdés, nos inclinaron más por la profesión, ya en la comunidad se afirmó la vocación. era la época en la que el maestro vivía en la propia comunidad en la que trabajaba. Era el horario de las 9 a las 12 y de las 3 a las 5, y el resto del tiempo era para trabajar en la comunidad.

Jslv.- ¿qué mensaje daría a los maestros jóvenes?

DRO.- yo les diría que, aunque los tiempos han cambiado que tengan amor por la camiseta que llevan puesta, especialmente los Sanmarqueños. Que pongan en alto su escuela y en la medida de lo posible hagan un trabajo en favor de la comunidad. Que no se encierren en las cuatro paredes del aula, es momento de apoyar a las gentes, empezando por los más pobres, que no permitan el avance de la corrupción que es el cáncer de México, que no pierdan el rumbo, ya que son servidores públicos al servicio del pueblo. El pueblo nos paga, entonces que le echen ganas.

Les comparto finalmente el texto del poema titulado DESPEDIDA, de la autoría del poeta Alejandro Aura, que con su libro volver a casa, fue el ganador del Premio de Poesía Aguascalientes en el año 1973.

Este es el texto:

DESPEDIDA

*“Así pues, hay que en algún tiempo cerrar la
cuenta pedir los abrigos y marcharnos
aquí se quedan las cosas que trajimos al siglo
y en las que en cada una pusimos nuestra
identidad,
se quedan los demás, que cada vez son otros,
y entre los cuales habrá de construirse lo que
sigue
también el hueco de nuestra imaginación se
queda
para que todos se encarguen de llenarlo
y nos vamos a la nada, limpiamente como las
plantas,
como los pájaros, como todo lo que está vivo un
tiempo
y luego, sin rencor, deja de estarlo.
Nos vamos,
hago una caravana a las personas que estoy
echando ya de menos,
Y digo adiós”*

ACRÓSTICO A MI MAESTRO

Evaristo Velasco Álvarez
G. 71

Determinado y muy serio
Equilibrado en sus quehaceres
Maestro muy dedicado
Emocionalmente fuerte, de
Trato intransgresible
Razonadamente entero
Impoluto y preparado
Opulento de conocimientos

Rígido, firme, fuerte, de
Opiniones incuestionables
Democrático
Resoluto
Inigualable en su actuar
Generador de saberes
Ufano de ser docente
Enriquecedor de saberes
Zagal surgido del campo

Otorgador de amistades
Resguardo de disciplina
Orondo de su actuación, y
¡Zaz! Soy su producto...
¡Cuánto me prodigó!
Olvidarle no me es posible.



CUATRO POEMAS

JOSÉ ESCOBEDO CORONADO

G. 69

NOVENTA ANIVERSARIO

Llega a los Noventa Años
Nuestro dilecto, Maestro;
Con salud y mucha dicha
El muy querido, Demetrio.

¡Brillante estela de luces!
Ha dejado en su trayecto;
Y sigue aportando, diario
Granos, de conocimiento.

Un ilustre...Sanmarqueño
De trato alegre, y directo;
Reconocido es por todos
¡Por su saber e intelecto !.

Es amable...y bondadoso
En enseñanza arquitecto;
Ha pulido...varias mentes
Creando Seres derechos.

¡Mucha ternura, reparte!
Tiene un corazón abierto;
¡Y por ser noble y atento!
¡Posee infinitos afectos!.

¡Mi Generación lo Adora!
Goza de nuestro respeto;
Su limpio...actuar de vida
¡Es para todos, ejemplo!.

MI GRAN MAESTRO
DEMETRIO, ADIÓS.
Maestro Demetrio Rodríguez
Orozco. Q. E. P. D.-.

Hacia el plano...superior
Va el Maestro, Demetrio;
Está de luto San Marcos
¡Por este triste suceso !.

Sembró a diario el saber
Fue un Ser, de provecho;
En diferentes, Normales
Impartió...conocimiento.

Ah, el Normalismo Rural
¡Le da reconocimiento!
¡Reconoce su esfuerzo!
Y entrega de su talento.

Dio a todos los alumnos
Su sabio, conocimiento;
¡Y por su visión de vida!
En enseñar, fue experto.

Hoy vuela, hasta lo alto
Seguro se va, contento;
¡En tierra, el ciclo vital!
De luz...lo dejó cubierto.

¡Aquí deja su recuerdo!
El regalo de su aprecio;
La bondad, de su Amor
¡Y su límpido, ejemplo!.

Por su descanso eterno
Doy minuto, de silencio;
¡Nuestro Maestro está!
Con el Real, Arquitecto.

MI INOLVIDABLE, MAESTRO
DEMETRIO.

-Maestro Demetrio Rodríguez
Orozco. Q. E. P. D.-.

Me dirijo a Aguascalientes
A un muy sentido evento;
¡De un Ser muy Adorado!
Oh, ayer se dio su deceso.

Por ser, muy fina persona
Se ganó, nuestro aprecio;
¡Su partida, hacia lo alto!
En verdad cómo la siento.

¡Escuchando su palabra!
No sentíamos...el tiempo;
Llenos de ánimo y felices
¡Lo oíamos, satisfechos!.

Y por sus ricas, vivencias
¡Nos tenía, muy atentos!
¡Y lo afirmo, convencido!
Gozábamos, el momento.

¡Con tristeza, en el alma!
Por el pronunció, un rezo;
Y digo desde muy dentro
Adiós, Maestro Demetrio.

CON EL PESAR EN EL ALMA,
REGRESO DE
AGUASCALIENTES.

-En memoria, del Maestro
Demetrio Rodríguez Orozco-.
Q. E. P. D.-.

Regreso de Aguascalientes,
después del último encuentro;
la última vez que estuve, con
el Maestro Demetrio.

Hoy se inicia el día sin él,
quedó a resguardo su cuerpo;



su espíritu se elevó al cielo,
aquí nos deja el recuerdo.

Valorar su obra grandiosa,
su capacidad e ingenio;
será tarea de ex-alumnos,
de su vasto semillero.

Extrañaremos su voz,
su transparente criterio;
pues él sube a las alturas,
¡a conocer sus misterios!.

Ya no habrá conversaciones,
¡ni diálogos placenteros!
Mas, lo oiremos disertar,
con su legado tan cuerdo.

Deja en letras su existir, en
actos todos sus sueños; ahora
descansa en paz,
nuestro ilustre Sanmarqueño.

UN DÍA TRISTE PARA EL NORMALISMO RURAL MEXICANO

10 DE DICIEMBRE DE 2024

Mario Cruz Palomino G. 73

Una Institución en el ámbito de la educación rural y urbana, ha iniciado el sueño inacabable, el viaje sólo de ida, el trayecto hacia la luz infinita.

Nacido casi a la par que la Escuela Normal que lo formó como Profesor de Educación Primaria. A casi un siglo de su nacimiento y a unos días de haber disfrutado con familia y amigos su cumpleaños número 91; sorprende a todos los que lo conocimos, la inesperada partida del distinguido Maestro Demetrio Rodríguez Orozco.

Qué complicado para quienes deseamos hacer un panegírico a alguien que ha partido del plano terrenal, pues se agolpan tumultuosos los recuerdos, hechos, características, virtudes, dichos y todo aquello que vistió a la personalidad del aludido, por ello, acudo a cosas simples, sencillas y humanas de quien en esta ocasión es motivo de mis palabras.



Maestro de Biología.

Siendo su alumno en La Escuela Normal Rural "Gral. Matías Ramos Santos" de San Marcos, Zac., recibí clases tuyas en la asignatura de Biología.

Con claridad y sin aspavientos desarrollaba su cátedra para enseñarnos que la Biología es la ciencia que trata sobre la vida en nuestro planeta, que la célula es la unidad fundamental en cualquier organismo, que en su interior se encuentra un microcosmos donde se realizan las funciones primordiales de los seres vivos, tal como sucede en un organismo macroscópico; que las células, dan origen a tejidos, órganos y aparatos, que la célula se reproduce, se desarrolla, vive un tiempo y luego muere. A ese fenómeno le llamaba el Ciclo de la Vida.

Con sencillez, el Maestro, nos hacía saber que todo ser vivo, por esas mismas condiciones, muere en algún momento después de cumplir su misión en la conservación de las especies y en la continuidad de la vida al haber transmitido su herencia genética a sus descendientes.

Nuestro querido Mentor, después de una fructífera vida magisterial, familiar, literaria y de amistad, cede el paso a las nuevas generaciones representadas en sus hijos, nietos y bisnietos, quienes, gracias a las enseñanzas y su ejemplo, sabrán dar sentido y honorabilidad a esta nuestra especie que hace llamar Humanidad. Con su partida, nos ejemplifica de manera definitiva lo que nos enseñó en el aula, en la asignatura de Biología.

El sendero que deja el maestro es claro, sin escollos ni recovecos, para que lo recorramos

sin tropiezos, sin equivocaciones y continuemos por él, hasta encontrar el nuestro y continuar la obra inconclusa de su vida, porque es sabido que nadie se va sin dejar algo pendiente.

Un ejemplo claro de lo que afirmo, es el siguiente:

-La presentación de su, ahora sí, último libro, que paradójicamente ya está terminado y no tuvo la oportunidad de presentarlo.

-El día que fue internado le llevaba yo el regalo por su cumpleaños: Una sudadera con el logotipo de La Cofradía, un libro que acabo de publicar y un pequeño caracol, logo de La Cofradía. No los recibió por estar restringida la entrada a su habitación.

No puedo decir si en su tintero quedaron más cosas pendientes, sin embargo, eso no habrá de ser motivo de angustias, porque a nuestro querido y admirado maestro, ya no le corresponderá finiquitarlos.

Imaginemos mejor, que la influencia benéfica de su espíritu seguirá sobre nosotros por el resto de nuestra existencia, igual en la vida de su apreciable familia, a quien expresamos nuestras condolencias, rogando por la pronta resignación, apoyados en la esperanza de un mejor destino en el arcano de tiempo.

Acciones trascendentales del Maestro Demetrio Rodríguez Orozco: De las que conozco.

Destacado maestro rural.

Funcionario docente

Pionero del grupo literario La Cofradía en Aguascalientes

Promotor de la publicación de la obra del Maestro José Santos Valdés

Cofundador de la Asociación de Exalumnos de La Escuela Normal "Gral. Matías Ramos Santos" de San Marcos, Zac.

Autor de varios libros autobiográficos.

Formar y educar a una gran familia.

Descanse en paz, querido Maestro de Maestros.

REMEMBRANZAS

Norma Rodríguez Camarena

Egresada de Cañada Honda, Ags.

(Sobrina)

Remembrante es el recuerdo de quien deja huella en el camino, fortaleza en los recuerdos y alegría vivida en el corazón. Cuánta añoranza y esencia surge en nuestras vidas, el resonar de su eco en todos y cada uno de los lugares que transitó. Recuerdos de sus experiencias, anécdotas y pensar a su paso por nuestras vidas.

Este invaluable ser del que con orgullo compartimos su sangre y recordamos con tan grato sabor de boca, lo multifacético de su persona y el cómo en cada uno de los que le conocimos y amamos, somos de alguna manera su reflejo al seguir su consejo, compañía y aprecio; que algún día salió de sus labios, de la sabiduría y amor que nos transmitió siempre con asertivismo y entusiasmo.

Además de ser nuestro orgullo, nuestra sangre es gratificante recordar y reconocer todo lo que sembró día a día transmitiendo su catedra y amor en diversidad de aulas, escuelas y normales pero sobre todo por la infinidad de mentes transformadas en sabiduría que segura estoy le agradecen y llevan en el recuerdo con el aprecio y respeto que forjó en su enseñanza a tanto estudiante, ¡representando dignamente y con la frente en alto en cada uno de sus actos

a su querida Patria! digno de llamarse “maestro” al enseñar con calidad, humanidad, alma y corazón.

Esto e infinidad de más acervos es el recuerdo que nos invoca al expresar su nombre: Demetrio Rodríguez Orozco, el mayor de 9 hermanos, hijo legítimo de Consuelo Orozco y Pedro Rodríguez el primogénito que tuvo un lugar tan importante no sólo por haber antecedido a todos sus hermanos; sino porque siempre tomó el papel del líder que acompañaba con el ejemplo, que abrazaba, cobijaba y hacía todo por cubrir las necesidades de los demás con cariño y responsabilidad, no sólo materiales sino de amor, fortaleza y apoyo. Siempre nos compartió lo mucho o poco que tenía, caracterizándose por su energía contagiosa e infinita; nunca llegó con la familia, amigos o conocidos con sus manos vacías, pues siempre encontraba el detalle, recuerdo o, en su defecto, el abrazo y la sonrisa que siempre lo caracterizó, para compartir. Todo lo que implica su persona y esencia revive al recordarlo con infinidad de gratos momentos compartidos.

Su recuerdo nos vivifica y se torna original e indescriptible la huella que deja en

nuestras vidas; lo que fue como ser humano pero sobre todo lo que nos hereda a quienes le conocimos y tuvimos la dicha de tenerlo entre nosotros. Recordarlo trae a nuestra memoria a un ser humano íntegro, sabio e invaluable que no escatimaba al transmitir lo que era y sabía pues no sólo lo atesoraba para sí, siempre soñó y luchó por sembrar y cosechar con orgullo parte de su reflejo en quienes le rodeaban, buscó que fuésemos cada vez mejores, motivando, alentando, como sólo lo hacen los grandes maestros; transformar se tornó su meta, siempre fue y será el gran maestro no sólo de la escuela sino de sus hijos, hermanos, conocidos y familiares; el que curaba, auxiliaba e incitaba a conocer nuevos saberes, nuevos horizontes en todos los sentidos aconsejando y guiando con ahínco para que todos viviéramos la posibilidad de nuevos horizontes, arropándonos con cariño, como si fuera el padre no sólo el hermano mayor no sólo el primogénito siempre será inolvidable en el dulce sabor de nuestros recuerdos, por ello se siente fortaleza en el alma y añoranza en nuestro recuerdo y corazón.

Si recordar es volver a vivir entonces... sigue vivo transmitiéndonos y contagiándonos de su buen vivir

En hora buena, seguimos compartiendo con amor su esencia y reviviendo a probaditas las líneas que plasmaron sus manos guiadas por su mente, alma y corazón que sea su vida el letargo de nuestras memorias y la honra a quien se lo ganó.



Sinopsis de la vida familiar, estudiantil, laboral, matrimonial y de retiro de la docencia, así como su aportación como escritor del distinguido y ameritado profesor don Demetrio Rodríguez Orozco

AL EGREGIO MAESTRO DON DEMETRIO RODRÍGUEZ OROZCO 1933 - 2024

En este fragmento literario se sopesa que el ser humano es una conjunción de energías producto de la interacción del universo: alma, conciencia y espíritu son otorgados por el Dador de la vida que rige desde las profundidades del cosmos, ese micro universo llamado hombre con una asombrosa maquinaria en todo su cuerpo; principalmente, la parte que gobierna la mayor extensión del organismo, que es la computadora llamada cerebro, la cual sigue asombrando a los estudiosos de su funcionamiento porque en muchas de sus partes interiores se han descubierto millones de neuronas que se comunican entre sí y además sus conexiones para un trabajo armónico y sus asombrosos nexos con el poderoso universo.

Podría seguir describiendo esa fantástica ingeniería biológica y me perdería en sus vericuetos, pero el objetivo primordial es hablar de un grandioso ser de luz, a quien se dio la sacrosanta misión de sembrar entre sus congéneres para ascender a otra dimensión; ya que, el cuerpo solamente es un vehículo en este plano físico y que, al llegar al término de su recorrido, la fértil funda queda en la tierra y la energía que lo conforma regresa con el Creador.

Vamos a tratar de hacer una pequeña radiografía de este maravilloso ser que, desde su nacimiento, se le consideró por la Deidad Superior como un ente privilegiado.

¿Cómo fue que en un rictus de sabiduría de la fuente universal y con la santa venia del Dador de la vida, las turbulentas energías que confluyen en el ingente cosmos, otorgaron a este diminuto ser, existir desde el inmarcesible poderío del universo?

Cuando don Pedro y doña Consuelo unieron sus destinos para transitar los avatares de la vida, en el primogénito eclosionaron las misteriosas fuerzas de la gran conformación de los Arcanos, para dotar a ese ansiado vástago de un alma apacible, diáfana, amorosa, dócil, con un sentido humanístico, de justicia, plena de amor hacia sus semejantes, dispuesto a llevar y entregar -la luz del saber- a todos sus pupilos.

De esta forma todos los grandes creadores del proyecto humano asintieron de manera tajante que esa alma pletórica de dones, llegara a la humilde choza donde habitaba el incipiente matrimonio formado por don Pedro y doña Consuelo, que ya esperaban a su retoño. De

esa forma fueron bendecidos con el regalo de un alma mágica para su hijo que llevó el nombre de Demetrio y que fuera por veredas y caminos a cumplir la fantástica encomienda de ser un incansable sembrador de grandes dones. Comentando sobre su vida matrimonial, se unió en primeras nupcias con la maestra Rosaura Hernández con quien procreó cinco hijos: Pedro †, que falleció joven, María Elena, Imelda, Luis Demetrio y Víctor Hugo a quienes enfiló hacia el término de una carrera. Se casó en segundo matrimonio con la maestra María del Refugio Frausto Ruiz-Esparza (Cuquita) quien se desempeñó como secretaria en una preparatoria.

Al gallardo ser que muchos lo llamaron cariñosamente Varita o Metrios.

Dentro del génesis de una hermosa aurora boreal, en los confines de las oscuras lejanías del Universo donde se asignan las almas por los Dadores de la vida, allí estaba predestinada la gran conjunción insólita que al eclosionar, sería como un surtidor en la gama de tonalidades contenidas en los diferentes rubores que forjan el misterio del arco iris con la santa lluvia, cada uno de estos cuerpos de esa sacrosanta luz de los divinos haces incandescentes, sabedores de la sacra misión de amor y bienaventuranza que amorosamente y sin remilgos de ninguna especie deberían llevar a buen puerto, en donde las vicisitudes no son tomadas en cuenta sino solamente los logros de los inquilinos que, por divino mandato, se desplazan en esas estructuras de carne y hueso, les acompañan en el trayecto de la existencia humana y que, al final, son abandonadas cuando cumplen el abrupto sendero.

Siendo en la gélida noche del veintinueve de noviembre del bendito año del Señor, mil

novecientos treinta y tres coincide con la cábala de aquellos arcaicos tiempos cuando la Atenas Zacatecana arribó a estos áridos suelos así, bajo un cielo invadido de borrascas que con discreción, dieron cobijo a la plateada luna que dócilmente se ocultó, luego al unísono el ejército de heraldos muy presurosos hicieron sonar sus agudas trompetas en el domo estelar para convocar a los emisarios a cumplir la sacra misión de entregar esa pulcra alma en ese rincón -muy apartado- de la campiña guanajuatense, en aquel caserío muy pobre asentado cerca de un rancho grande que ostentaba el nombre del padre de la Iglesia católica señalado como piedra angular de la religión impuesta por aquellos sanguinarios españoles, San Pedro Piedra Gorda, nombre del poblado a donde fueron a la escuela Varita y Antonio, su hermano que, más tarde se transformó en la pujante y bella Ciudad Manuel Doblado.

Con esa sacrosanta tarea de hacer entrega de aquel especial regalo marcharon hacia las feraces tierras del estado de Guanajuato, para cumplir el especial encargo de dotar de un alma pura al ser que estaba por gestarse en las entrañas de doña Chelo.

Pasado el tiempo de maduración del feto se acercaba pronto el momento en que haría su arribo el primogénito muy ansiado, llegaron los enviados al humilde jacal para entregar al nuevo ser aquella cincelada alma pletórica de infinitos y grandiosos dones con la que el neófito ser debería transitar la marcada y abrupta vereda.

Así comienza el viacrucis del infante que tendría un futuro luminoso desde su estancia en el hogar.

El pequeño empezó a mostrar visos de ser un niño vivaracho con esa chispa que se dejaba entrever que, en las sinuosidades del cerebro, guardaba como caja de Pandora ingenio, reflexión, sensatez, profundo sentido común tanto en su familia como a sus semejantes, justicia y, obre todo, una inmediata defensa de los desvalidos en contra del abuso que, en su primera infancia, también logró atesorar en sus vírgenes entrañas, las amorosas enseñanzas de su santa madrecita que fueron amalgamando esos valores, valores que, por cierto, le caracterizaron los sabios consejos de su padre que forjaron su sentido humanístico desde su más tierna infancia.

Los dulces años de su parvulez trascurrieron arropados por el cálido abrigo del amor maternal además bajo la vigilancia de la mirada pletórica de afecto de su amado padre quien, cada vez que llegaba agobiado por las faenas del campo, se solazaba mirando a su retoño, viéndolo entretenerse con humildes juguetes elaborados con su chispa ingeniosa recolectando materiales de la región, luego llegó Antonio con quien hizo un maravilloso equipo para juegos, travesuras y posteriormente emprender el sinuoso camino del estudio para prepararse en las lides de la instrucción de nivel elemental, en dos escuelas estatales de San Pedro, donde hicieron los inicios educativos los consanguíneos Demetrio y Antonio, emprendiendo de esa manera su trascendental formación educativa; luego, en la Escuela para Niñas tuvieron que ir a concluir su instrucción primaria y, gracias a la Misión Cultural que llegó a su terruño, en la que laboraba el diligente y bondadoso maestro J. Jesús Hernández Ortiz, quien en mil novecientos cuarenta y nueve ayudó a que consiguieran una beca para hacer estudios de secundaria y normal en la augusta y magna

escuela normal rural, asentada en este suelo feraz que arribó a estos contornos el sacro año de mil novecientos treinta y tres mismo tiempo en que este insigne personaje vio la luz primera en suelo natal y años más tarde bebió la sabiduría desarrollada en este centro del saber identificado como la Augusta y Magna Escuela Normal Rural "Gral. Matías Ramos Santos", de San Marcos, Loreto, Zacatecas.

Y, aplicada por la recia personalidad del ameritado maestro, egregio pilar del Normalismo Mexicano, don José Santos Valdés García de León porque, con la llegada del ejido, toda la familia se dedicó con gran amor a las labores del campo, pero su padre quería que sus hijos estudiaran por ello siempre les apoyó y los llevó en el cuarenta y nueve al examen hasta los suelos zacatecanos, en tren, único medio de transporte durante ese tiempo el cual fue una asombrosa experiencia para los dos hermanos Rodríguez Orozco en el que, los ilusionados consanguíneos, vivieron infinitas e incontables peripecias.

En la familia de Varita, hubo varias mujeres que no tenían acceso al estudio. Durante su estancia en su muy querida "Alma Mater" el joven Demetrio junto con su hermano Toño, se dedicaron a beber la sagrada savia del saber vertida por sus apasionados maestros, quienes deseaban formar profesores comprometidos con la realidad del México en desarrollo; pero además, se nutrieron de la gran sabiduría del incansable hombre que dirigía con mano firme los destinos de la gran Atenas Zacatecana así que, en mil novecientos cincuenta y cinco, henchidos de fuerte orgullo, salieron jubilosos del lugar con dirección a la misteriosa, hermosa y prometedora campiña mexicana, a la abrupta sierra, los feraces valles de caudalosos ríos y grandes cañadas a dónde

llegaron, a las comunidades más alejadas de las grandes ciudades a llevar la luz del conocimiento a esos sitios inhóspitos cobijados por la miseria, hasta esos puntos que, a veces, ni figuraban en los mapas de la geografía nacional.

A esas inhóspitas campiñas llegó, lleno de ilusiones, el joven Demetrio con su alforja de quimeras a compartir esa bendita antorcha del silabario y sus mágicas y soñadoras letras que los infantes de piel cobriza absorbían como esponjas muy reseca.

En sus ojos vivarachos se reflejaba la febril ansia por absorber esos signos que formaban palabras, frases y oraciones con sonidos bellos y melodiosos, con sus significados tan novedosos y toda la riqueza guardada en esos feraces parajes incomunicados, cobijados por la santa madre naturaleza y fertilizados por los grandes anhelos del novicio profesor, arropado por el inmenso amor que le regalaron los agradecidos y nobles habitantes al mirar la increíble pasión con la que se entregaba sin reservas a esa grandiosa actividad de la docencia, con una entrega inspiradora, estoica y mística en todo su esplendor.

Sin embargo, en los recónditos vericuetos de su ingenioso cerebro bullían rescoldos de sus metas superiores que se guardaban en cofres lacrados de infinitos idealismos: esos superiores anhelos de un hombre singular que fue programado por el destino para ascender a las esferas superiores del conocimiento educativo por ello, en cuanto descendió de las abruptas montañas, ávido de seguir adentrándose en las novísimas teorías del hermoso quehacer educativo, fue en la pintoresca Escuela Normal Superior "Nueva Galicia", de Guadalajara, Jal., donde encontró

un fértil banco pródigo, para seguir abrevando sus intensidades en el grandioso campo de la educación.

Ya cuando llevaba acreditadas tres cuartas partes del plan de estudios de dicha institución, se estrenó como bisoño docente en la educación media básica; de ese modo, nuestro buen Metrios hizo sus cruciales pininos con los inquietos jóvenes del nivel de secundaria.

Más tarde le llegó la memorable oportunidad de regresar a su "Alma Mater", la Augusta y Benemérita Escuela Normal Rural "Gral. Matías Ramos Santos", de San Marcos, Loreto, Zacatecas, donde formó un gran semillero de maestros ansiosos por ir a sembrar la simiente esperanzadora que cambiaría los anhelos de un México pujante, que cincelaba un futuro cimentado con ardor por todas las clases sociales que se adentraban en una nueva esfera de la vida nacional en la que se avizoraban las profundas novedades de la Patria: un extraordinario cambio inyectado con la enjundia y la pasión con la que abrazaban la hermosa carrera de la docencia en todos los confines de nuestra naciente y vigorosa República en la que se amalgamaban los mayores ideales formativos muy propios de una infatigable escuela mexicana esa, que redime, que fortalece y que trasciende las cordilleras del extenso territorio nacional.

Nuestro incansable Demetrio, ya cuajado por la preparación y experiencia, sentía en sus adentros no haber satisfecho todavía sus más profundas aspiraciones; por ello, se lanzó de norte a sur a la conquista de su más elevado sueño: el de seguir perfilando la noble conciencia de los nacientes profesores, de esa forma y de muchas otras, fue maestro y directivo en varias normales del país dejando

su imborrable huella junto con su entrañable amigo, compadre y correligionario, el distinguido mentor y líder en el Comité Nacional de Escuelas Normales Rurales, me refiero al destacado maestro Don J. Jesús González Rivas a quien todos sus pupilos le guardan un especial afecto.

De esa manera, siguiendo con la luminosa trayectoria del ilustre y fino maestro Don J. Jesús González Rivas, el maestro Demetrio Rodríguez Orozco también trabajó en el Centro Regional de Educación Normal de Aguascalientes (CRENA) y en la Escuela Normal Superior de Aguascalientes “José Santos Valdés”, particularmente en el módulo de licenciatura de nivel primaria, en donde estampó la clara huella de la trascendencia precisamente en la capital hidrocálida, a donde se fue a radicar.

Es en ese lugar en el que se despidió de la tarea educativa y se dedicó a escribir sobre sus vivencias infantiles, de adolescente, de estudiante, laborales y de infatigable escritor, ya como jubilado.

Dicho lo anterior, nos dejó un gran legado en sus textos sobre el ejido donde vio la luz primera, su pueblo, que se convirtió en la bella y pujante población Ciudad Manuel Doblado.

En seguida escribió sus inolvidables añoranzas que narran los tiempos de cuando transitó, con gran dicha, por los pasillos y aulas de su “Alma Mater”, su muy añorada San Marcos, de donde plasmó en una linda edición de su puño y letra, el maravilloso libro “Memorias de un estudiante de Internado”. En ese texto perfiló con maestría vivencias y experiencias de su feliz estancia en la Augusta y Benemérita Escuela Normal Rural “Gral. Matías Ramos Santos”

de San Marcos, Loreto, Zac.

También de su etapa infantil y adolescente delineó sus peripecias en la bella obra titulada: “Manuel Doblado, Gto. Ayer”, allí, con fina pluma, pintó los azules horizontes de su inmarcesible terruño.

Otras de sus obras son: “Memorias de un maestro normalista rural” y “Chiquihuitillo con aventuras de Varita”. En esta última narra, con asombrosa maestría, sus bellos recuerdos cuando era un rapaz inquieto y también un soñador adolescente.

Este distinguido maestro después de tantas labores que realizó, llegó al final de su vereda siendo ésta el nueve de diciembre de dos mil veinticuatro.

DEMETRIO RODRÍGUEZ OROZCO (1933- 2024),

SANMARQUEÑO EXCEPCIONAL

Hallier Morales

Desde muy temprano la vida de Demetrio Rodríguez Orozco se enlazó con la escuela rural mexicana. El niño guanajuatense, oriundo de Manuel Doblado, abrazado a la vida familiar en el terruño, evocó el bullicio del bucólico mundo rural de los años 30 y el reparto agrario que conoció en su primera infancia.

A temprana edad, rememora, llegó a este mundo, no con torta bajo el brazo, sino con una alforja llena de curiosidades. Siempre le acompañó la imagen de la frondosa parcela de caña de castilla, quien junto a su padre labró con propias manos, esa tierra que tanto quiso, pueblo donde despertaba y dormía temprano, al canto de gallos y relinchos de caballos. Hijo mayor entre los 12 que compusieron su familia. En esta vida fue quien primero abrió paso, lo que significó, al mismo tiempo, futuro para sus hermanos.

Jesús Hernández Ortiz, Maestro integrante de la Misión Cultural, además de ser compadre de su papá, Pedro Rodríguez, le orientó para que enviara a sus hijos, Demetrio y Antonio, a estudiar a la Normal Rural de San Marcos, Zacatecas, lugar que, en palabras de Pedro, los convertiría en hombres estudiosos y de bien, maestros con futuro prometedor, capaces de



forjarse como ciudadanos, sin angustias ni pesares, quejumbres de campesinos de ese tiempo. El 31 de enero de 1949, comenzó la epopeya; Demetrio salió del pueblo con el sueño de convertirse en Maestro rural. A lomo de tren cruzó llanuras y cañadas, antes de descubrir el Valle de Loreto.

Los primeros días de febrero permitieron a don Pedro y sus vástagos, conocer la Normal Rural de San Marcos, aplicar examen de selección y aprobarlo. Durante la primera semana de clases, el director, Maestro José Santos Valdés llamó a cada estudiante de nuevo ingreso. El turno de Demetrio fue motivo para responder preguntas de quién se convertiría en su mentor y maestro de vida: ¿cómo te llamas, hijito?, ¿de qué lugar vienes?, ¿tu papá es campesino ejidatario?, ¿qué siembra tu papá?, ¿en qué grado te inscribiste?, ¿deveras tienes ganas de

estudiar?, “Metrios” -mejor conocido por sus amigos de generación-. Las respuestas de campesino y destacado estudiante, fueron auténticas. Desde ese momento, el joven alumno, no se separó del pedagogo, filósofo, escritor, periodista, poeta y luchador social.

Cursó los niveles de secundaria y profesional; sus memorias, evocan admiración por cátedras de profesores de la talla de José Santos Valdés, quien impartía Lógica y Problemas Económicos, Políticos y Sociales de México, así como, Técnica de la Enseñanza, a cargo de Armando Díaz y J. Guadalupe Rodríguez, otros de sus maestros. No faltó la clase de Música, impartida por el Maestro J. Guadalupe Robles Guel. Todo constituyó experiencias estudiantiles, matizadas por concursos, exámenes, cátedras, e incluso, materiales didácticos diseñados.

Al Maestro Demetrio lo influyó el pensamiento del Maestro José Santos Valdés; cada uno a su manera, fueron lo que adjetivamos c, hombre de acción. Escribían lo que pensaban y hacían lo que decían.

Sanmarqueño oriundo de ese no lugar cuya dirección está ubicada fuera del espacio y tiempo, colocado en la cartografía de los ideales, consecuente, en correspondencia de los sublimes símbolos que confeccionara su amigo, el Mtro. Roberto Mata en el escudo de la Normal Rural: águila en actitud desafiante, gladiadora, postura análoga del actuar profesional del Maestro Demetrio en su andar educativo; impronta de personalidad, mística de servicio, entrega y defensa por la escuela pública por todos los rincones patrios.

Durante décadas se entregó con pasión a la docencia; imprimió ahínco a cada tarea, lo mismo en la primaria de Cieneguilla, Durango que, como director en las Normales Rurales de Aguilera, Durango; Santa Teresa, Coahuila;

San Marcos, Zacatecas; Ayotzinapa, Guerrero y Atequiza, Jalisco, incluso, al formar parte de cuerpos académicos del Centro Regional de Educación Normal y Escuela Normal Superior Federal de Aguascalientes. Como jubilado, mantuvo inquietud distintiva por la investigación y recopilación de Obras Completas de su mentor, José Santos Valdés.

En 2020, durante la conmemoración del 87 aniversario de la Escuela Normal Rural “Gral. Matías Ramos Santos” de San Marcos, Loreto, Zacatecas, recibió el galardón de Exalumno distinguido.

Fungió como presidente del Consejo Directivo de la Asociación Nacional de Exalumnos “Emiliano Zapata” en dos ocasiones. En enero de 2024, a sus 91 años de edad, durante charlas de diversos temas, se abordó el de la Asociación y comentó: los tiempos han cambiado y es natural que surjan cambios. La Asociación, como tal, es una representación que cuenta mucho. A algunos de nosotros que nos ha tocado una larga vida, considero que, no debe de morir, no debemos dejarla olvidada. A los compañeros y compañeras de recientes generaciones y a los de lejanas generaciones, poco les interesa, entonces, tenemos la tarea de acercarlos.

El Maestro Demetrio es un libro abierto, siempre dispuesto para quien de él quiera aprender; inteligente, conversador de opiniones francas y serenas. En el libro, Memorias de un estudiante de internado, evoca el momento en que salió de su terruño con la frase: “dicen que las despedidas no son tristes, dile al que te lo dijo que se despida”. Con el mismo dolor al que el maestro alude, ahora que escribo estas líneas, hago mías sus palabras: ¡qué duro es decirle adiós a personas tan entrañables, tan valiosas y necesarias, como él! ¡Hasta siempre excepcional Maestro sanmarqueño, Demetrio Rodríguez Orozco!

CARTA A MI MAESTRO DEMETRIO.

Israel Mendoza Vázquez

G. 73

Ser maestro no es tarea para cualquiera. Pero usted lo fue en forma plena, pues si bien egresó de la Escuela Normal Rural de San Marcos, Zac., como profesor de primaria, su trayectoria, su visión de la educación, su filosofía y su forma de enseñar, así como su calidad humana, lo hacen merecedor de ese título, sobradamente.

Sé que muchos años atrás llegó a San Marcos, siendo adolescente, para estudiar, junto con su hermano Antonio. Se cuenta que procedían de una humilde familia campesina de Manuel Doblado, Guanajuato, de donde salieron, acompañados de su padre, con muy escaso dinero y sus únicos dos cambios en un costalito de ixtle. Vivieron toda una aventura. Desde las 5:00 de la mañana del día anterior, en un viejo camión a León, luego en un autobús Flecha Amarilla a Aguascalientes, donde pasaron la noche en las bancas duras de la estación del tren, y finalmente en esta máquina de hierro hasta Loreto, Zacatecas, de donde caminaron los 4.5 kilómetros que hay hasta la exhacienda de San Marcos, sede de la Escuela Normal Rural. Todo el viaje estuvo pasmado de asombro, ya que nunca había salido de su rancho, pues había demasiadas cosas que jamás había visto. Y también la grandeza de las instalaciones de su nueva escuela lo llenaron de admiración.

Ahí aprendió a vivir fuera de casa, a enfrentar lo desconocido, a tener fe en sí mismo, a luchar por la justicia social para el campesino, a ser profesor de primaria para llevar la luz del

saber al medio rural, a ser líder y buscar el progreso de las comunidades a donde se le enviara a cumplir su encomienda docente. Luego, en su afán de superación, estudió la Normal Superior, y un buen día, llegó como catedrático en su alma mater.

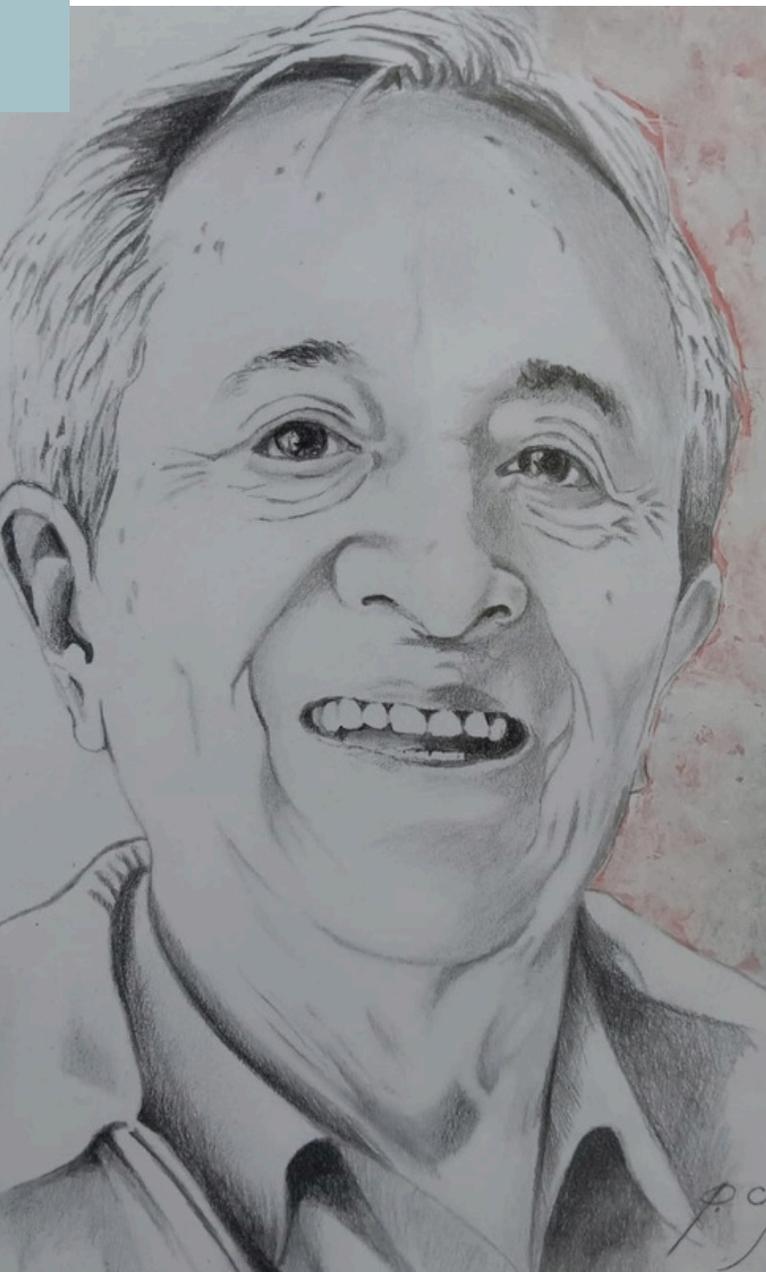
Ahí fue donde lo conocí, porque fue mi maestro en las aulas y fuera de ellas. Nos transmitía su saber por el estudio y también el adquirido por la experiencia. Nos hacía sentir que ser profesor rural era lo más grande a lo que se puede aspirar, aunque las condiciones de trabajo suelen ser de lo más adverso. Comunidades alejadas, sin caminos, sin agua, sin luz, sin higiene, sin alimentación adecuada, con vicios de alcohol, a veces, con violencia y, sobre todo, con mucha ignorancia. En ellas el profesor normalista salía adelante, imprimiendo su sello al lograr cambios que hacían progresos, aunque fueran pequeños y sin recibir una recompensa extra por ello, salvo su exiguo salario, pero adquiriendo experiencia y satisfacción por el deber cumplido.

Hace unos meses partió de este mundo. Con tristeza me enteré de ese suceso estando fuera del país, lo que me imposibilitó acompañarlo en la despedida a su última morada. Pero en mi interior le dediqué un pensamiento de gratitud y una oración. Porque el cielo ya lo tenía merecido y no había mucho que pedir en ese sentido. Hasta siempre, maestro Demetrio Rodríguez Orozco, lo admiraré y lo recordaré por siempre.

GALERÍA DE FOTOS

GRATITUD A MI ESCUELA Y MAESTROS

Eusebio Soto Ramírez
G. 75



Añoranza de nuestra dorada juventud
de San Marcos tomamos la semilla
libertaria
para sembrarla en el fértil campo a
plenitud
llevando en alto nuestra antorcha
luminaria

de mis maestros siempre reconozco
que aprendimos el eres pedagógico
Maestro Demetrio Rodríguez Orozco
bondadoso, sensible, lo mismo recio y
enérgico

Sanmarqueño, hermano y padre a la vez
llevamos tu imagen de Apostolado
Siendo en proceso, maestros en ciernes
atesoramos tus enseñanzas como legado

San Marcos gran trinchera luminosa
contexto de arte, pedagogía y didáctica
tu obra ha sido noble sublime y grandiosa
síntesis excelsa y magistral de teoría y
práctica

San Marcos Escuela Madre Visionaria
Prístino y brillante rayo de sol
Escuela vanguardista, combativa y
revolucionaria
alimentadora de ilusiones y sueños en
crisol.



















Con unión y trabajo forjemos,
compañeros destino inmortal
a San Marcos un himno cantemos,
sea de gloria y honor sin igual.